



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anson (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buerno, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaquer, Baralt, Barzanallana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Buano, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Acaño (D. Pedro), Camboamor, Camus, Canalejas, Cabete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Galvo y Martín, Casuro, Carvino, Chaste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Gasta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Acaño (D. Gonzalo), Cañamaque, Iacarette, Diaz (José María), Diaz Perez, Durán, Duque de Rivaz, Echevarria (J. A.), Esain y Guillen, Estrada, Eneazary, Eguilas, Ecaoz, Estrella, Ezate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gavancos, Gaiete de Moisés (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenz, Guerrero, Incensas, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins, (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Ordaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lasra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Rotes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Oiano, Rossell, Ruiz Aguirre, Sagaminaza, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selás, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Agosto de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Las literaturas regionales, por D. Emilio Castelar.—Cuarentenas anticoléricas, por D. P. V.—Los Historiadores modernos, por D. Eusebio Asquerino.—Comercio de la República Argentina, por D. P. de Navarrete.—La América prehistórica, por Mr. A. Vernier.—Estudios heráldicos, por D. Nicolás Diaz y Perez.—Frases, por D. Alfredo de la Escosura.—Bibliografía, por D. P. Ruiz Albistur.—La Radiofonia, por D. José Rodríguez Mourel.—El poeta moribundo, por Micrófilo.—Las mujeres delgadas, por D. Plácido Langlé.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

En suspenso las garantías individuales y con ellas la vida legal del país; expuesta a las iras de gobernadores más o menos delicados de epidemias la prensa, que es la opinion manifestándose abiertamente; mermados con disposiciones autoritarias los pocos derechos concedidos en épocas normales a todos los ciudadanos; precisamente en estos momentos en que tantas cosas tenemos que decir nos vemos obligados a callar, merced a la mordaza que puso en nuestra boca un decreto del Gobierno contra el cual no podemos alzarnos y que nos hace bajar la cabeza resignados en espera de tiempos más dichosos. La continencia, pues, ha de ser norma obligada de nuestra pluma en las presentes circunstancias. Semejantes al Tántalo de la leyenda mitológica, hémos aquí forzados a oír rumores, a recoger especies que no podemos transmitir a los lectores sin peligro de la propia conservación. ¡Si siquiera no ocurriese nada! ¡Si siquiera nos hallásemos en un uno de esos períodos de cansancio porque atraviesa la política, en los cuales no hay nada que contar!... Pero, lejos de eso, nunca ha sido, hace mucho tiempo, tan fecunda en sucesos de importancia la quincena. Cuestiones de toda índole solicitan nuestra atención, á cual más interesante y de importancia; problemas graves y de solución difícil parecen invitarnos á terciar en la discusión de sus fórmulas y en el exámen de sus datos; conflictos internacionales que parecen próximos á estallar, quién sabe si en perjuicio de la pátria, nos atraen con invencible fuerza; pero delante de ellos y con la prohibición en la boca, la amenaza en los ojos, el decreto de suspensión en el cerebro, la decision gubernamental opone su veto á la necesidad que sentimos de hablar ejerciendo uno de los derechos más santos concedidos por Dios al hombre libre.

No hay medio de resistir. Privados de la defensa que la Constitución del Estado da á todos los ciudadanos españoles; privados del escudo protector de las leyes, velada su estátua por el capricho del Gobierno, habremos de dejar para más adelante la discusión en que hoy entraríamos tan gustosamente. Queden, pues, para otra Revista general las consideraciones de todo género á que se presta el pasado movimiento militar, la índole y modo de ser de nuestro ejército, el estado de perturbación del país, el desusado mantenimiento de la suspensión de garantías que nos conserva bajo los rigores de una ley durísima, la situación del Gobierno, sorprendido por la revolucion hasta el punto de verse burlado en todos sus cálculos y en todas sus combinaciones; el viaje del rey á provincias, ya terminado á la hora que escribimos estas líneas, y el viaje á Alemania, que aun no sabemos si se realizará definitivamente: queden aquí todas estas cuestiones de tan diversa índole, que han de ser objeto de atención profunda en Revistas sucesivas: es tan grande su importancia, que nada perderán con el aplazamiento, antes bien ganarán con ello, pues así podrá el ataque reforzar sus argumentos y pensar mejor su plan de batalla. Y como preliminares precisos para seguir esa gran discusión que, días antes, días despues, ha de entablarse entre la oposicion, fuerte y decidida, y el Gobierno, débil y quebrantado, vamos á tomar nota en nuestras columnas de lo acaecido estos quince últimos días, sin permitirnos una sola frase de alabanza ó de censura, sin dejar escapar un comentario, ni aun el más insignificante; vamos á hacer una breve y compendiosa reseña de los sucesos, conteniendo con fuerza nuestra pluma para evitar que traspase, por movimiento involuntario, el estrecho recinto en que la arbitrariedad la encierra. Tarde ó temprano, cesará esta situación, insostenible por mucho tiempo, y entonces será hora de decir, y decir muy alto, para que todo el mundo lo oiga, todo lo que ahora nos vemos en la precision irremisible de callar.

Terminábamos nuestra anterior Revista dando cuenta de la insurreccion de Badajoz, totalmente terminada al tiempo de repartirse el número de LA AMÉRICA á nuestros suscritores. Desde un principio, y visto que ningun eco respondia en la península al grito subversivo dado tan imprudentemente en la provincia extremeña, consideróse el pronunciamiento de aquella guarnicion como un hecho aislado, y hasta hubo alguien tan pesimista, que lo juzgó desprovisto en absoluto de importancia. Tanto fué así, que el Gobierno no creyó necesario extender la suspensión de garantías á

los demás puntos de España; el Sr. Sagasta decidió continuar en Aguas-Buenas, y el mismo general Martínez Campos, algo más repuesto de la sorpresa que la noticia le causó, pudo ir á la Granja á dar al rey seguridades de que el órden estaba por completo restablecido. Pero esta satisfacción que los hechos proporcionaron al Gabinete no fué duradera, sino algo así como una preparación á noticias más graves todavía. Pronto se supo que la guarnicion de la Seo de Urgel estaba también sublevada al grito de ¡viva la república! y depuestas y expulsadas de la plaza las autoridades legítimas. El proceso de esta sublevacion fué el mismo que el de Badajoz: proclamacion de la nueva forma de Gobierno, espera de que el movimiento encuentre en otras partes acogida, desaliento al ver que nada ni nadie responde al grito, y abandono de la plaza por los rebeldes cuya tendencia principal, al ver fracasado su plan, parece haber sido la de evitar inútiles derramamientos de sangre. En los primeros momentos los sublevados se incautaron de todos los fondos de la Hacienda más bien para protegerlos—como su conducta posterior vino elocuentemente á demostrar—que con otra intencion menos pura, pero al salir de la plaza los devolvieron sin conservar ni un solo céntimo, no obstante partir para la emigracion en un país extraño y receloso más que amigo.

No fué esto sólo: un regimiento de caballería, el regimiento de Numancia, acantonado en Santo Domingo de la Calzada, cerca de Nablacres, salió de dicho punto á las órdenes de algunos sargentos y un teniente, Sr. Cebrian, ageno al cuerpo. Algun tiempo anduvo errante de un lado para otro como si él tambien aguardase el cumplimiento de compromisos contraídos hacia él, pero encontró á su alrededor el mismo vacío que encontraron sus compañeros de la Seo y Badajoz. El coronel y los oficiales, que al tener noticias del hecho se lanzaron en persecucion de los rebeldes, lograron darles alcance; arengó el coronel á los soldados, ya decaídos por la fatigosa marcha que llevaban y temiendo el castigo que con su culpa se habian atraído, y la mayor parte de ellos abandonando á los sargentos volvió á donde estaba su antiguo coronel; uno, más ganoso de conquistar benevolencia de sus compañeros de rebelion, salió de filas y mató de un tiro por la espalda al teniente Sr. Cebrian, alma y cabeza de la conspiracion en dicho punto, acto que el coronel premió con 25 pesetas, y más tarde el general Quesada, cuando tuvo noticias de lo sucedido, con 1.000 pesetas que se cargan á la caja del regimiento sublevado, la licencia ilimitada para que en su pueblo

pueda contar y envanecerse del origen de su fortuna, y una cruz pensionada con 750 pesetas mensuales, vitalicias; después de lo cual el coronel volvió con su regimiento, y al otro día, y como resultado del consejo de guerra formado con tal motivo se fusiló á cuatro sargentos aprehendidos y entregados por los mismos soldados que mandaban, terminando así esta tercera intentona militar.

Durante estos sucesos, el país ha permanecido indiferente á cuanto pasaba cerca de él: sólo en Sans, Hostafranch, y no sé si algún otro, levantáronse algunas partidas, bien pronto disueltas al sólo anuncio de que salían tropas en su persecución. Con los últimos telegramas recibidos de Santo Domingo de la Calzada terminó el movimiento insurreccional que tan grave se presentaba en un principio. Sagasta tuvo que abandonar sus baños, el rey que dejar la Granja y venir á presidir un consejo de ministros; ya algunos días antes el Gobierno había suspendido las garantías constitucionales.

Restablecido el orden, parecía lo natural que esta suspensión se levantase, pero los que pueden y deben hacerlo opinan de manera muy distinta. No niegan, —¡cómo habian de negarlo!— que el orden material nada deja que desear y que no hay miedo á nuevas algaradas por ahora, pero afirman que el orden moral aun no está del todo asegurado, distinciones metafísicas propias de los gobiernos, que como el presente tienen miedo á la libertad, sin ver que la libertad es hada benéfica en que no cabe mal ninguno.

Los últimos acontecimientos, demostrando que el general Martínez Campos no tiene, ni con mucho, la confianza del ejército, y señalando nuevamente en las filas la aparición de un mal que algunos hombres de buena voluntad creían extirpado por completo, inspiraron al poder moderador la idea de volver la vista á la población militar, visitarla, enterarse de sus necesidades sin duda alguna para satisfacerlas, dando al propio tiempo una prueba de confianza á los soldados, y se decidieron una serie de revistas militares que tenían por objeto estrechar los lazos entre el ejército y el rey, revistas de cuya oportunidad nada diremos por ahora. Madrid fué la primera capital que vió en formación todas las fuerzas de su recinto y sus cantones; al otro día salió el rey para provincias, y pasó revista á las fuerzas de Valencia, Barcelona, Zaragoza y Burgos. En todas estas partes fué acogido con demostraciones de simpatía, según se desprende de telegramas facilitados á la prensa en el ministerio de la Gobernación; en todas ellas los soldados dieron los vivas de ordenanza al desfilar delante del jefe supremo del ejército, y en todas ellas se presentaron á ofrecerle sus respetos representantes de los partidos políticos que apoyan ó quieren apoyar la dinastía. En Valencia, los mismos concejales posibilistas, presas de entusiasmo irreflexivo por las dos noticias que allí se recibieron juntas de haber desechado el Gobierno las pretensiones arroceras de Santander en beneficio de los arceos valencianos y de la visita del monarca, rasgos de habilidad que no sabemos á qué ministro deben la iniciativa.

Olvidaron la obligación que la comunión política impone á los hombres de partido, y salieron á recibir á Don Alfonso, llevando el palio bajo el cual entró éste en la catedral. Hubo un movimiento, primero de sorpresa y más tarde de alegría en los ministeriales al saber el acto de los posibilistas de Valencia, tan en desacuerdo con el último discurso del Sr. Castelar en el Congreso; pero su alegría — como todas las alegrías del Gabinete en estos últimos días — duró poco. Los entusiastas republicanos que tan mal entienden las exigencias del deber político, fueron expulsados del partido, y *El Globo* fulminó contra ellos la excomunión mayor en un artículo que terminaba así: «Las garantías individuales están en suspenso, pero la consecuencia política no lo puede estar.»

Restanos solo hablar del viaje á Alemania para haber trazado el cuadro completo de lo acaecido y pensado en España desde la última vez que nos dirigimos á nuestros habituales lectores. Hace tiempo que el rey había manifestado su propósito de ir á visitar al emperador Guillermo y presenciar las maniobras militares de otoño que pronto tendrán lugar en el imperio. Los españoles están poco acostumbrados á estos viajes de sus reyes, y ahí está la historia para probar nuestro aserto; desde Alfonso VI hasta Carlos I, siempre los reyes que han realizado alguno de estos viajes se han puesto frente á frente de la opinión de su país. Sacaron partido los periódicos oficiosos de este rumor para exigir la reunión inmediata de las Cortes que autorizasen al monarca para emprender el proyectado viaje; negaron los oficiosos que hubiera tal necesidad de convocatoria, y así estaban las cosas cuando estallaron las últimas rebeliones. Enseguida se puso sobre el tapete la cuestión de la marcha del rey, y en vista de las circunstancias, muchos políticos y muchos periódicos que antes se mantuvieron indecisos, se apresuraron á estar en contra. No fué esto todo. Imprudentes los periódicos alemanes, suspicaces los periódicos franceses, empezaron á hablar unos y otros, y la opinión, recelosa y ya inquieta de antemano, se dió á pensar y á deducir que se preparaba algo así como una alianza de España con Alemania, alianza que no tenía ni podía tener otro objeto que aislar á Francia, encerrándola en un círculo de hierro, rodeándola por todas partes de enemigos para cuando llegase la hora

terrible de una nueva guerra entre ambas naciones rivales, las dos fuertes y poderosas. El lenguaje de algunos diarios oficiosos de Berlin, atacando á Francia con motivo de un pretendido apoyo á los revolucionarios españoles, pareció dar á entender que Alemania nos protegía, y por muy bajo que hayamos caído empujados por nuestras torpezas, preciso es confesar que la idea de tal protección hizo subir los colores á la cara de todos los españoles no cegados por el afán de la política.

Como el viaje del rey parecía prestar base á la ofensiva idea; como el Gobierno no puede haber adquirido la seguridad de que el emperador Guillermo devolverá á Don Alfonso la visita que éste le hace; como se trata de realizar, acabadas las maniobras, un acto de adhesión al imperio, por algunos príncipes de poco más ó menos, tomando pretexto de la inauguración de una estatua de Germania, el movimiento de la opinión ha sido unánime. Todos los periódicos, sin distinción de matices, desde *El Cronista* y *El Siglo Futuro* á *La Vanguardia* y *El Progreso*, se han declarado en abierta oposición contra el viaje régio, no faltando en el universal concierto ni el voto negativo de los diarios ministeriales. Todos encuentran inoportuno y fuera de sazón el proyectado viaje del rey, en las presentes circunstancias por que el país atraviesa, cuando aun el Gobierno cree hallar peligros para el orden público en el levantamiento de la suspensión de garantías, y á presencia del partido que del hecho quieren sacar los alemanes en perjuicio de los franceses. Adúcese de todas partes argumentos irrefutables, fundados en la conveniencia, harto discutible, de una unión con Alemania, en los males que podría acarrear y el ningún beneficio que nos reportaría esa unión de un Estado poderoso, aperebido y dispuesto para una guerra próxima y encarnizada con otra nación no menos fuerte y poderosa, y se enumeran los inconvenientes que nos traería ponernos enfrente de Francia, nación á quien nos unen, á más de una creciente simpatía, intereses de raza cuyas exigencias no se pueden desconocer en el actual período histórico; y se piensa en meternos en aventuras peligrosísimas, precisamente en estos momentos en que de nuevo se nos han abierto heridas que ya creímos completamente curadas y de las cuales corre otra vez la sangre en abundancia. Pero en España nos tienen acostumbrados los Gobiernos á curarse poco de estos movimientos de la opinión, siquiera sean tan unánimes como el presente; en el divorcio absoluto que, por lo general, existe aquí entre el país y el Gobierno, no puede ariarse hipótesis alguna. Los periódicos berlineses, mejor enterados en esto que nosotros mismos, señalan para el 15 del próximo Setiembre la partida de Don Alfonso á Alemania. Estamos á 28 de Agosto, y aun no podemos nosotros asegurar á los lectores si este viaje, en cuyas apreciaciones no queremos entrar en virtud de las razones antes apuntadas, llegará ó no á realizarse.

Y en la misma ignorancia estamos sobre el destino del Gabinete Sagasta. ¿Cómo planteará la crisis? Y ante todo, ¿se planteará siquiera? Aquí, donde hace tanto tiempo somos testigos de equilibrios inverosímiles, de ministros que se mantienen en su puesto contra todas las reglas de la política, semejante á esos bloques erráticos que á lo mejor vemos en las más ásperas pendientes, ó en las cumbres más inaccesibles de los montes, desmintiendo las leyes todas de la dinámica, nada puede conjeturarse acerca del porvenir que espera al Gabinete, siquiera haya dado tan pocas pruebas de acierto y aptitud como el que preside el Sr. Sagasta. A creer á los periódicos oficiosos, todavía hay quien espera con algún fundamento que no habrá modificación ministerial. Los menos optimistas, sin embargo, no pueden creer que las cosas hayan de quedar así, y se echan á hacer cabalas y combinaciones, como si ellos mismos hubieran de ser llamados á dar su consejo á la Corona. Háblase de un Ministerio de notables, de un Ministerio Posada, de una situación marcadamente fusionista, y con exclusion de la izquierda de este partido, de un retroceso hácia los conservadores, de un paso adelante hácia una situación más liberal, que sirviese de puente á la democracia dinástica... Pero con tanto como se habla, nada de cierto puede asegurarse, ni siquiera preverse: que por fortuna, ó por desgracia, España es el país de las sorpresas, y no hay combinación fundada y razonable que no pueda fallar, ni acontecimiento ilógico é infundado que no pueda suceder.

Con lo dicho, llevamos trazada la historia de la última quincena. Ahí están los hechos escuetos, desnudos, sin comentarios que los agraven ó los modifiquen. En la imposibilidad en que hoy nos vemos de detenernos en su examen, ahí los dejamos por ahora. Cuando la calma vuelva á los espíritus gubernamentales, cuando la suspensión de garantías deje de pesar sobre nosotros como una losa de plomo, entonces hablaremos como hoy no podemos hablar; entonces diremos lo que hoy no podemos decir, y á nuestra Revista general de hoy vendremos, como á bien surtido arsenal en busca de hechos en que fundar acusaciones, y por los cuales exigir responsabilidades.

Y dejando terreno tan expuesto y rebaladizo, vamos á ocuparnos en lo que pasa fuera de nuestro país, que no es menos interesante para todos. La situación económica de Alemania es cada día peor. Gastados ya los cinco mil millones de francos que debió á la indemnización de los franceses, su crecido presupuesto de guerra pesa ya

con inmensa pesadumbre sobre su Tesoro exhausto. Solo un medio tendría de salvarse: decidirse á licenciar un ejército que no puede sostener, decidirse á vivir en paz con todos sus vecinos y á arreglar sus asuntos interiores, que no andan del todo bien, ni con mucho. Pero imperio creado por la guerra y para la guerra, solo en la guerra y en la destrucción puede vivir. No ha sido la unión de los diversos Estados alemanes una condición solamente impuesta por la historia, como la de los Estados italianos; no ha podido, pues, alcanzar la íntima cohesión obtenida por Italia desde el primer momento de su unidad. Además, hízose la unión á consecuencia de una campaña, y necesita para sostenerse y vivir del estrépito escandaloso de la lucha. Y á esta necesidad se une otra no menos digna de tenerse en cuenta. Alemania, en la guerra con Francia, ha herido á ésta de un modo tal, que la reconciliación en las actuales circunstancias no es posible. Si se hubiera contentado con vencer solamente, quizá el tiempo arreglaría todas las diferencias; pero la humilló además; dejó marcada en su territorio, con la anexión de Alsacia y Lorena, la huella de los caballos alemanes, y la humillación no se perdona nunca.

Todo el mundo vive convencido de que la guerra no está sino aplazada. Francia quiere su revancha, porque tiene allí en frente, junto al Rhin, la plaza de Metz y la catedral de Strasburgo, llamándola con el eco de sus cañones y el quejido de sus campanas; Alemania no puede sufrir rival tan temible, tan poderosa y á la vez tan ofendida, y no se atreve á desmantelar ni una sola de sus fortalezas, ni á desarmar uno solo de sus soldados: necesita dar á su enemiga golpe tal que la aniquile para mucho tiempo, del que no pueda reponerse en tan cortos años como la han bastado para recobrar su perdida prosperidad. Por desgracia, tarde ó temprano, Europa ha de presenciar la lucha titánica emprendida nuevamente por ambas potencias.

Bismarck quiere acortar el plazo. La necesidad de disminuir su ejército se le impone como imprescindible, y no quiere hacerlo sin antes asegurarse el porvenir. Ultimamente, y como si hubieran recibido una consigna, los periódicos oficiosos estreman su lenguaje contra Francia á la que hacen responsable de males imaginarios, á la que acusan, sin pruebas, del delito de que ellos se hacen reos principales, del delito de provocación, y de ser un peligro para la paz de Europa. Basta echar una simple ojeada para comprender lo que quieren decir esos artículos preñados de amenazas, esos sueltos que destilan hiel.

«Que no se engañen allende los Vosgos — dice imprudentemente la *Gaceta de Francfort* — la política alemana dejaría de ser pacífica desde que se adquiriese en Berlin el convencimiento de que Francia desea la guerra. Los que conocen palabras pronunciadas en esferas competentes, saben que Alemania no piensa dejar á su vecina la elección del momento propicio, sino que procuraría cubrirse, anticipándose á herir.»

La prensa francesa protesta con muy buen sentido de esas inculpaciones que la alemana la dirige, y que solo á ella corresponden. Los años no han pasado en balde, y hoy los franceses estando, como están, dispuestos á ir allí donde quieran ir sus enemigos, no lo están del mismo modo para dejarse arrastrar por ellos, llevados del ardor irreflexivo que los animó en 1870 cegándoles hasta el punto de lanzarse á la guerra y abrir la campaña sin preparación ninguna. Por su parte, las enseñanzas del pasado no han sido tampoco perdidas para Europa, que hoy sabe ya á qué atenerse respecto á la inocencia alemana. La guerra estallará, sí, porque debe estallar más pronto ó más tarde; pero la responsabilidad no caerá sobre Francia como cayó entonces; no se considerará ya á la nación alemana como comprometida, á pesar suyo, á turbar la paz europea en el instinto de su propia conservación.

Y no será, por último, Francia la nación que después de la lucha ofrezca más peligros para el mantenimiento de esa misma paz europea, ni despierte más desconfianzas; que con perfecto conocimiento de causa á cada cual se le hará su cuenta y cada cual habrá de responder de sus culpas, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Los periódicos ingleses son buena prueba de lo que decimos, y eso que la política colonial de Francia no puede menos de mantenerlos en continua alarma: todos ellos hacen justicia á la sensatez de la prensa francesa y reconocen las inconveniencias de Alemania. El más importante, el *Times*, llega á atacar duramente al canciller, diciendo que el lenguaje adoptado estos días por los periódicos oficiosos alemanes es un insulto gratuito inferido á Francia, y el resultado de la costumbre de Alemania de hablar de una manera grosera y como dueña de toda Europa.

Tenemos, pues, que ni Europa ni Francia se dejan engañar como antes. Ya se sabe el secreto de esas furiosas aonadas, de ese avivar los odios contra la república; ya se conocen las intenciones de hechos que antes se ignoraban. El canciller necesita dinero para el presupuesto de la guerra. Alemania no puede sostener su ejército, y es preciso alarmar la opinión, excitar las pasiones, llevar la inquietud á todos los ánimos... El recurso, como se ve, es bueno y hábil, pero tiene un gravísimo inconveniente: que se gasta. Si Francia, vencida como lo está de estas razones, diese tiempo al tiempo y opusiese excesiva prudencia á las in-

conveniencias alemanas, si tuviera el talento de esperar, ¿qué sucedería? El ejército alemán habría de disolverse por sí solo, y lo que hoy es una amenaza a la paz se convertiría en un recuerdo histórico, no más. Pero ¿tendrá Francia esa paciencia? ¿Dará esa prueba de cordura? Eso es lo que no nos atrevemos a asegurar.

Ha muerto el conde de Chambord.

Después de una penosa enfermedad, que ha terminado tan funestamente, después de una agonia prolongada más de un mes por toda clase de cuidados y atenciones, el último descendiente de la rama directa de los Borbones ha exhalado su último suspiro a la edad de sesenta y tres años.

Poco abunda su vida en incidentes: para encontrar algunos que merezcan la atención, es preciso remontarse a la época bien lejana de su niñez. Hijo del duque de Berry asesinado por Louvel en 1819, vino al mundo siete meses después de la muerte de su padre, sorprendiendo agradablemente a los legitimistas que creían concluida la rama directa con el asesinato de su padre, cuando supieron que la duquesa había quedado embarazada de dos meses. De aquí el poético nombre que dieron al régio vástago. Le llamaban *el hijo del milagro*.

En 1830 Luis Felipe abdicó en el duque de Angulema y éste en el conde de Chambord una corona que ya había caído de su cabeza. El difunto conde fué rey durante doce horas, y desde entonces pudo llamarse Enrique V. Obligado a exiliarse pasó once años ocupado en viajar por toda Europa y al cabo de ellos se instaló en Londres, donde realizó su primer acto político, presentándose como pretendiente de la corona de Francia y recibiendo con la etiqueta propia de la corte a los hombres más significados como legitimistas.

Desde 1849 a 1870, se limitó a reproducir, con ligeras variantes, sus Manifiestos, sus protestas, sus propósitos, y solo a la caída de Luis Bonaparte desechó un tanto aquella actitud noble, pero infundada, y tomó un color definido su casi siempre pálida política. Aparece entonces predicando términos de conciliación con las *libertades públicas*, mas sin ninguna concesión por lo que se refiere a los derechos del monarca. «La nación—decía—puede llamar al rey, pero no crearlo. El rey existe, y su derecho es imprescriptible.»

Cuando llegó la guerra franco prusiana, puso el castillo de Chambord a disposición de la Sociedad de Socorros para los heridos en campaña, con más un donativo de 10.000 francos, dirigiendo un nuevo Manifiesto a los franceses, en que, para curar los males de la patria, hablaba «de un gobierno nacional, con el derecho por base y la honradez por principio.» Siguió luego otros Manifiestos, otras declaraciones, otras protestas, pero idénticas a aquellas en el fondo. «Todo lo que Francia quiera, pero con la bandera blanca, con la bandera de Francisco I y de Juana de Arco.» Es decir, el derecho divino, personal y absoluto del monarca, y la política y el Estado pidiendo inspiraciones a la religión.

Más adelante, en Enero de 1872, se habló de una fusión con el partido orleanista, pero el conde de Chambord declaró en un documento solemne, que jamás sería el rey legítimo de la revolución.

El partido legitimista francés quiso obligarle a la unión, se hicieron muchos trabajos al efecto y se le presentó en Amberes un Manifiesto firmado por 280 diputados, que era un programa de monarquía constitucional conciliadora, pero se negó a todas las instancias, y desde entonces su figura dejó de ser, no ya un peligro, sino hasta un motivo de alarma para los republicanos franceses.

Ante su tumba recién abierta, hombres de todas las opiniones pueden inclinarse en señal de consideración y de respeto. Durante algún tiempo le hubiera sido fácil encender la guerra civil en su patria, y sin embargo, no lo hizo, y eso que para él la lucha representaba una corona. Por él no se ha derramado una sola lágrima, no se ha vertido una sola gota de sangre: es la oración más conmovedora que puede rezarse en la tumba de un pretendiente y será además la más agradable a los oídos de Dios.

Hereditario de sus pretendidos derechos, el conde de París, como ya se había dicho, aumenta la larga lista de reyes que andan buscando por todas partes una corona que se les ha caído de las sienes ó que no han tenido nunca. Discuten los periódicos sobre si estos sucesos tendrán alguna influencia en la vida ordinaria de la república, y pocos de entre ellos emiten juicio afirmativo. Son harto fuertes y sólidos los fundamentos de la república y harto débiles é inseguros los fundamentos de los pretendientes, para que el choque, si lo hubiera, fuese de dudoso resultado.

Hoe.

LAS LITERATURAS REGIONALES.

DISCURSO LEIDO EN LA ACADEMIA DE LA LENGUA.

(Continuación.)

Por ella se explica desde la entrada de Alejandro en Tiro hasta la entrada de Tito en Jerusalén; por ella, el suicidio de Sagunto al pie de los trofeos cartagineses y la muerte de Cartago al pie de los trofeos romanos; por ella desde las tres guer-

ras púnicas en que descuellan los patricios romanos en porfía con los patricios cartagineses, hasta la reconquista española, en que descuellan los héroes cristianos en porfía con los héroes musulmanes; y unos y otros guerreros, actores en esta larga tragedia, no saben jamás, entre batallas, asolamientos, sacos, desolación, exterminio, como á leyes incontrastables de la sociedad obedecen, tan necesarias cual las leyes mismas de la naturaleza. Inconscientes, como ahora con gran propiedad se dice, del impulso motor de sus actos, los provenzales, en política y en literatura, sustentaban una rivalidad perpétua con los francos, y tendían á formar con las artes propias de sus inspiraciones y la energía propia de su actividad una grande confederación meridional.

La literatura provenzal empieza por el género épico, esencialmente impersonal y objetivo, como empiezan todas las literaturas del mundo, pues la poesía lírica exige mayor desarrollo de la individualidad, propio fruto de una civilización ya madura. La filiación latina de esta literatura neo-latina obsérvese tanto en las danzas y coros, supervivientes á la dominación visigoda, como en los fragmentos de obras romanas antiguas incrustados en el nuevo pueblo. El profundo erudito Milá y Fontanals lo prueba mostrando cómo las formas antiguas de versificación latina con el movimiento yámbico y trocáico pasa á las nuevas formas de versificación neo-latina, aunque, de métricas que las antiguas eran, trastruécanse con lentitud y por grados en rítmicas las nuevas. El sentimiento religioso inspira los primeros cánticos provenzales. Su más viejo monumento es una especie de traducción de Boecio, semi-didáctica y semi-épica, perteneciente, ó bien á fines de la décima centuria, ó bien á principios de la undécima. Cuatro ciclos componen estos cánticos, cuyos rudimentarios versos son todos de once sílabas y todos monorrimos. Hay en ellos un ciclo eclesiástico y monástico, cuyos principales personajes son los bienaventurados á quienes el pueblo adora en los altares; un ciclo carolingio que llenan con sus nombres y con sus hazañas Roldán, el vencido en Roncesvalles, y Guillermo de Aquitania, el vencedor en Barcelona; un ciclo caballeresco en que se canta al santísimo Graal, trasladado luego á las literaturas del Norte; un ciclo de cuentos más ó menos orientales en cuyos varios enredos descúbrese la influencia del antiguo mundo asiático en las tierras de Provenza. Naturalmente, así que la poesía épica se agota, como la fase de civilización á la cual pertenece, comienzan los poetas que podremos llamar personales ó subjetivos, es decir, los verdaderos trovadores.

El castillo con su corte, y el mercado con su riqueza; la competencia entre las aristocracias comerciales y las aristocracias guerreras; los elementos caballerescos, propios del feudalismo, y la galantería cortesana, propia de una raza sensual, feliz con las caricias de un clima dulcísimo; las festividades feudales, conocidas con el nombre de Puy, en donde alternaban con los torneos los juegos poéticos y las cortes de amor, teatros propios para las nobles agudezas de los ingenios excitados por las sonrisas de las damas y los premios de las flores; todos estos númenes inspiraron aquellas composiciones, más ricas por sus consonantes y por sus metros que por su estro y por su idea, las cuales cantaban el amor no muy platónico, el denuedo no muy tenaz, el pundonor no muy cristiano, la liberalidad sin tasa, las empresas guerreras y políticas, en obras cuyos autores eran ya un príncipe soberano en el vagar de su oficio; ya un obispo semiláico, que prefería la cítara de oro al órgano de iglesia; ya un aventurero dado á ir de Provenza á Sicilia, de Sicilia á Constantinopla, de Constantinopla á Chipre, de Chipre á Jerusalén, pidiendo por ello la corona de Bizancio; ya una audaz navegante que requería de amores á la reina de Trípoli; ya un guerrero que, ansioso de pelear, sembraba discordias entre Felipe Augusto de Francia y Ricardo de Inglaterra, pues entonces, cantada la poesía en calles y plazas por los juglares, iba unida completamente á la acción, y la acción se resolvía en aventuras concluidas al fin y al cabo por grandes rasgos de verdadero heroísmo.

A pesar de la nativa diferencia entre los dialectos, la poesía provenzal y la poesía catalana eran una misma y sola poesía en este tiempo. Mas un hecho sobrevino, que aniquilando la independencia del Mediodía de Francia, robusteció la independencia del Sudeste de España y su estrecha unión íntima con Aragón, de todo lo cual naciera una nueva literatura exclusivamente catalana. Los hechos capitales de la historia provenzal ó lemosina, ya lo hemos dicho, se explican por la oposición radicalísima entre la raza romana del lado Sur y la raza franca del lado Norte del río Loira. Y los francos eran los soldados primeros y más tenaces de la Iglesia católica en los siglos medios. Los francos se bautizaron con fé viva en la Iglesia, y combatieron con denuedo tenaz el arrianismo. Los francos en Poitiers, contrastaron la irrupción sarracena. Los francos, con Pipino, constituyeron la soberanía temporal del Pontificado. Los francos dividieron, con el pacto de Carlo-Magno, la Europa occidental entre la Iglesia y el Imperio. Los francos sostuvieron el principio ultramontano en todas las naciones, y uniformaron la disciplina eclesiástica en medio de la división y fraccionamiento que aquejaba de suyo á la triste y anárquica Edad Media. Por consecuencia, en su oposición era natural que los romanos del Mediodía tendie-

sen á la heterodoxia, ya que tendían tanto á la ortodoxia los francos del Norte.

No hay más que leer las sátiras provenzales para observar cómo maldecían de Roma y cuánto denostaban al clero. Así la gran corriente de las ideas heréticas, griegas y asiáticas en su mayor parte, desaguó allí donde Asia y Grecia encontraban territorios más propios y espíritus más preparados á la sublevación intelectual. El problema de los orígenes del mal, encierra en sus términos todos los problemas teológicos. Para explicarlo de alguna manera opuesta por completo á la explicación ortodoxa, vinieron los maniqueos en el siglo tercero de la Iglesia, y ocho siglos más tarde los albigenses á Provenza. ¿Dónde había estado tanto tiempo, como depositada, esa idea, que hace del mal y del bien dos fuerzas iguales, y de estas fuerzas dos divinidades poderosas? ¿Cómo vencida en el siglo cuarto, renace por entero en el siglo undécimo? Tres razas principales invadieron la Europa romana en los últimos días del romano imperio. La primera de ellas, la raza germánica, que atravesó el Rhin y el Danubio; la segunda de ellas, la raza mongólica, que acampó en Hungría; la tercera de ellas, la raza eslava, que permaneció en el Oriente de Europa circundando en la península de los Balkanes al decadente imperio bizantino.

Pues bien; esta raza eslava era maniquea de suyo antes de Manés. Guerrera por naturaleza, no creía en la unidad superior del Universo, y se alentaba para los eternos combates en una eterna guerra, esencialmente trascendental y dogmática. En su paso desde el Turkestan á la Propontide, hallaron los eslavos todavía vivo el dualismo persa, y á su entrada natural en la iglesia griega se conformaron con la doctrina de Manés, el gran dualista cristiano, apóstol, desde los principios del cristianismo, de esta idea oriental. Sucedió con los eslavos lo mismo que con los godos y ostrogodos en su cristianización. Al entrar éstos en la Iglesia escogieron la doctrina menos apartada de su complejidad y de su historia, escogieron el arrianismo, de igual suerte que los dualistas eslavos, los cuales escogieron el dualismo cristiano, mantenido en Oriente, primero por Manés y luego por sus discípulos y sucesores. Los eslavos eran los más dualistas entre las razas bárbaras, y los búlgaros á su vez los más dualistas entre las razas eslavas. ¿Puede señalarse con más precisión el camino tomado por la idea dualista? Del Turkestan, donde naciera, la raza eslava. Del Turkestan, donde naciera, la raza eslava se dirigió á Persia, donde halló el maniqueísmo teológico, en armonía con su maniqueísmo natural. De las orillas del río Eufrates pasó á las orillas del mar Caspio; de las orillas del mar Caspio á las orillas del mar Negro; de las orillas del mar Negro á la península de los Balkanes; de la península de los Balkanes á Hungría y á Italia, tomando por un lado la Transylvania y por otro lado la Dalmacia, y de Hungría pasó á Alemania, y de Italia pasó á Francia. Al estudiar el movimiento dualista de Reims á fines del siglo décimo; el de Aquitania en principios del siglo undécimo; el de Chalons á mediados de este mismo siglo; y el de Agén á principios del siglo duodécimo, échase de ver su identidad absoluta en el movimiento que hemos rastreado desde el fondo de Asia hasta el fondo de Bulgaria, y desde el fondo de Bulgaria hasta el Mediodía de Francia, donde tomó su nombre de la ciudad de Albi. Como los maniqueos, los albigenses admiten dos principios: uno absolutamente bueno, y otro absolutamente malo; como los maniqueos, imputan al demonio la redacción del Viejo Testamento; como los maniqueos, consideran á Cristo dotado tan solo de un cuerpo aparente; como los maniqueos, abominan del bautismo, condenan el matrimonio, maldicen la alimentación carnívora, niegan la presencia real en el Sacramento Eucarístico, y rehusan el homenaje de su adoración á la Cruz. Ningun territorio tan preparado para recibir todas estas ideas como el territorio que era la encrucijada del Oriente y del Occidente, donde la riqueza conviva con sus satisfacciones al ocio del cuerpo y al empleo del ingenio; el comercio cambia las ideas como la circulación vital cambia los átomos; las escuelas judías esparcen los sistemas de Córdoba y los cantares de Sevilla; los castillos feudales toman el aspecto de aéreos palacios olvidados de la guerra y apercebidos y aparejados para el amor; las guzlas y las cítaras acompañan los versos variados en multitud de rimas y de consonancias; la galantería oriental y los hábitos contrarios en las campañas de Andalucía y en las campañas de Palestina, piden que cada esposa tenga varios caballeros, y todo caballero varias damas; los vencedores de las Navas emprenden guerras en pos del deleite; las princesas altísimas ocupan tálamos, de los cuales han caído repudiadas vilmente hasta cuatro mujeres honradas; los potentados guisan con fuego de costosos cirios los platos de su mesa; la conciencia se remueve como el fácil jugueteo de las brisas y las sociedades se alteran como los fáciles encrespamientos del oleaje; yendo, por tanto, las ideas heterodoxas, en guisa de bandadas viajeras, á extender sus alas por aquellos preparados horizontes.

La conciencia humana se agitaba con procelosas agitaciones. Pululan por doquier las sectas. Los fatimitas en Egipto, los almohades en Africa, los discípulos de Maimonides en Córdoba; en la Sorbona y en el Paracleto, Abelardo; en Lyon, Waldo; los caballeros cantores en Thuringia; Pedro de

Bruni, descendido de los Alpes y entregado á predicaciones heréticas en Aquitania; los albigenses por todo el Mediodía de Francia demuestran la inquietud universal del humano espíritu, y explican la tendencia de los provenzales á romper el círculo de ideas donde los encerraran la tradición y la Iglesia. A mediados, pues, del duodécimo siglo dominaba la doctrina heterodoxa todo el país comprendido entre el Garona y el Ródano. Tolosa era la metrópoli de tan trascendental revolución. Seis grandes obispados fundara en aquellos territorios, ni más ni menos que si tuviera poder coercitivo y material. Así no debe maravillarnos que, al sentarse Inocencio III en el trono de los Pontífices, abriera contra los albigenses una guerra sin tregua ni descanso, con ánimo de ganar lauros comparables tan solo en las crónicas religiosas á los lauros del inmortal Gregorio VII. Joven para su cargo, lúcido de pensamiento, elocuentísimo de palabra, exaltado de afectos, resuelto en su acción, tan astuto como vehemente, conoció que su autoridad sólo podía prevalecer sobre Provenza con la persecución á muerte de los herejes y el exterminio completo de la herejía. A tal impulso pugnó por detener y contrastar el movimiento. Hallábase á su cabeza el soberano Raimundo VI, duque de Narbona, marqués de Provenza, conde de Tolosa; cincuenta ciudades y muchos populosos burgos prestábanle acatamiento; ciento diez castellanos tomaban de él sus castillos en feudo; las damas, que regían las zambras de guerra y las cortes de amor, formaban, por sabedoras y expertas, una guirnalda en torno de su trono; los aventureros errantes, que así pulsaban el laud como esgrimían el estoque, y así empuñaban la partesana como la copa, y así perseguían con sus gentes allegadizas al enemigo como con sus perros á las reses y con sus halcones á las avejillas, componían una legión de cortesanos; los trovadores cantaban á una señal suya en loor de sus amigos y en vejámenes de sus enemigos, mientras el dominador de tierras que convirtiera en serrallos; rico en oro, que consagrara largamente al placer; de corazón abierto á todas las pasiones; de inteligencia poseída por el dualismo oriental; más escéptico que creyente; amigo de los herejes por sus inclinaciones, y sin atreverse á ir contra el Pontífice por temor á que la excomunión perturbara su vida de jácara y orgías agravaba todos los males con el mayor que puede sobrevenir á quien dirige sociedades y personifica Estados, con la indecisión y con la incertidumbre. He ahí lo que más en él odiaba Inocencio III. Prefería aquellos señores de Foix y de Beziers, los cuales abrazaron la herejía con el ardor de quien abraza una nueva religión y le ofrece desde la libertad hasta la vida. En estas, como el predilecto legado de Inocencio III, Pedro Castelnou, desatcara en público al conde de Tolosa, un doméstico de éste, ciego de ira, le partió de certera y única puñalada el corazón. A tal agravio no podía contestarse por el Pontífice de aquellos tiempos, sino en la guerra, y se predicó, y se organizó la cruzada contra los albigenses y sus protectores. Simon de Monfort fué su general. Precisa con el recuerdo subir hasta los Atridas de Grecia, para encontrar una familia tan feroz como la familia de los verdugos de Provenza. Creíanse descendientes de Carlo-Magno, y por tales con más derecho al trono de Francia que los humildes Capetos.

Enlazábanse por su madre con los reyes á la sazón reinantes en Inglaterra. Su abuela Bertrada huyó por divorcio al tálamo de su legítimo esposo, un conde soberano de Anjou, para irse al tálamo de Felipe I de Francia, con ánimo de asesinar á sus hijastros, y recoger por tan horrendo crimen la corona para sus hijos. Un Monfort combatió por los municipios ingleses, cooperando así en primer término á fundar esa ilustre Cámara de los Comunes, que tantos días de gloria y tantos tesoros de libertad ha dado á su patria. Dueño este Monfort de la monarquía inglesa fué su fortuna, como todas las fortunas relucientes en las tempestades, un relámpago, y perdió la libertad y la vida. Pero no quedó sin venganza, porque su hijo, como hallara un deudo querido del rey de Inglaterra, príncipe joven y hermoso, en una iglesia de Italia, le asesinó al pié del altar y lo arrastró, ya cadáver, por el cabello, hasta las armas sacras puertas.

La juventud del último vástago de esta familia de Monfort corrió en Tierra santa combatiendo con los asesinos. Como desistieran de sus fines religiosos los cruzados en la célebre cuarta cruzada, el Papa los excomulgó, y solo Simon de Monfort se ofreció en su arrojo á leer la Bula de excomunión á todo un ejército cruzado. Este atrevimiento le valió su fortuna, y esta fortuna se hallaba ligada con el catolicismo. Como despreciaba la propia vida, perseguía é inmolaba la vida de los demás en aras de su altar. La guerra encabezada por él fué una guerra de apocalíptico exterminio. Precisa evocar la imagen de Tiro, desarraigada del planeta como árbol maldito, por la vencedora espada de Alejandro; el sitio de Jerusalem, cuyos habitantes se matan unos á otros para no caer bajo las plantas del enemigo, y los supervivientes van con las manos atadas á las espaldas y las cadenas ceñidas á los piés, como cautivos, á extranjeras tierras donde vagan eternamente maldecidos y dispersos; la noche última de Nínive ó de Babilonia, ciudades que parecen por génius invisibles incendiadas y esparcidas en pavesas á los cuatro vientos; se necesita evocar tales recuerdos que funestan los anales del género humano, para compren-

der esta proterva cruzada contra los albigenses, en que los ejércitos de un Dios de misericordia, suscitados por un Pontífice, precedidos por obispos llenos de indulgencias y bendiciones, castigan, no ya la herejía, que de ser delito, fuera delito de pensamiento, inaccesible por ende á todas las fuerzas coercitivas; sino la tolerancia misma con la herejía, la compasión y hasta la caridad, virtudes esencialmente humanas, y las castigan con el hierro, con el fuego, con la tala, con la despoblación, con las inmolaciones de pueblos enteros, caídos al bárbaro empuje de Monfort, como á la hoz del segador las mieses sobre los surcos. Luis VIII, rey de Francia, que llegó niño al trono en 1223, revela el secreto de la cruzada, extendiendo sus dominios y agrandando su corona.

Los hombres del Norte han vencido por fin á los del Mediodía; los francos han acabado con los latinos; la hija predilecta de Roma cae al pié de los genuinos hijos de Germania; y la literatura puramente provenzal cambia radicalmente á fines del siglo décimo tercio, para transformarse y dar de sí al Este la literatura italiana que tanto ha de influir en la literatura europea, y al Oeste la literatura catalana que tanto ha de influir en la literatura española.

Indudablemente, al mediar el siglo décimotercio, la lengua catalana se afirma y robustece. El principal timbre suyo hállase entonces en los monumentos propios de toda cultura verdaderamente reflexiva, las obras en prosa. Durante una centuria desde los libros varios de Don Jaime I, hasta las historias políticas de Don Pedro IV, crece con maravilloso crecimiento la prosa catalana. Don Jaime no es solamente uno de los primeros reyes, también es uno de los primeros autores catalanes por el libro de sus sentencias.

Además, ninguna de las lenguas modernas, que yo sepa, ninguna puede ufanarse con historiador tal como Ramon Muntaner á principios del siglo décimocuarto. Precisa evocar los tiempos clásicos para ver narrador de tal temple, que refiera los hechos más altos con la sencillez más homérica. Y cuenta que traslada con fidelidad al pergamino todo el poema de nuestra historia aragonesa, desde la conquista de Mallorca y de Valencia hasta la conquista de Sicilia y la conquista de Atenas, con verdadera ingenuidad evangélica. Desclott, su émulo, inspírase más en su ministerio de cronista: Muntaner es la ingenuidad en persona. Diríase de un libro religioso aquel comienzo, en que se le aparece sobrenatural viejo vestido de blanco, cuando en Xilnella dormía, y le mueve y persuade en sueños á escribir cuanto ha visto: *car altre no es huy al non viu, qui ho pogués axi ab veritat dir.*

Y, en efecto, ni hubo entonces ni después ha habido quien le igualara en unir al sabor de la verdad el aroma de la poesía. Y cuenta que las nueve musas, á quienes el gran historiador griego consagró sus nueve libros leídos en los juegos de Olimpia, jamás escucharon cosas como la entrada de D. Jaime con el conde de Ampurias por la brecha de Mallorca, para mesar, en observancia de caballeresco juramento, las luengas barbas al rey moro; ni como la idea maravillosa de D. Pedro III á recoger el guante de Coradino el Mártir, lanzado desde las tablas de un cadalso al rostro de Anjou el Pirata; ni con las batallas terrestres y navales en aquel estrecho de Mesina, en aquellas costas de los Abruzzos, en aquella bahía de Palermo, donde se inmortaliza Roger de Lauria, quien no permite sacar del agua sus cabezas á los peces mismos, si no llevan las barras de Aragón impresas; ni como el desafío de Burdeos, en que va nuestro rey, á guisa de caballero andante, requerió y emplazado, á partir el sol de los torneos á muerte y hollar la arena de los combates á cuerpo en pro de la paz pública; ni como las Termópilas de Panizas y el sitio de Gerona, donde un puñado de almogavares contrasta los ejércitos de Roma y de Francia, haciendo correr, como alma que lleva el diablo, al legado del Papa, quien había puesto en santo entredicho el reino católico, y entregándose á los hijos de Felipe el Atrevido; ni como la emboscada de Besalú, en que su héroe cae de improviso entre cuatrocientos caballeros franceses, sin llevar más que cien infantes almogavares, cuyas medias lanzas, dirigidas por la espada real, derriban á los ginetes y atraviesan los caballos, renovando en la realidad lo que de Galaor y de Tristán contaban los romances; ni como la expedición de aragoneses y catalanes á Bizancio, cuyo esfuerzo, por milagro, engarza la inmortal Atenas en la espléndida corona de Sicilia: que lo imposible parecía fácil á tales guerreros, alentados por el amor sublime á su Dios, á su libertad y á su patria en aquellos increíbles combates.

Cuando queráis comprender las ventajas del cronista catalán sobre todos los cronistas de su tiempo, especialmente de Inglaterra, Francia y Alemania, no teneis sino leer tras él á sus émulos y competidores de allende. La lengua que puede presentar tamaña obra, ya es una lengua relativamente perfecta. No ha rayado, por aquel tiempo, en ningún pueblo, tan alto la historia.

Y á las ciencias fundamentales sucédeles, á su vez, lo mismo. El saber de Sevilla y Córdoba pasa con evidentes progresos á las regiones catalanas en el siglo décimotercio. La filosofía y la medicina toman aquí alteza desmedida en pensadores milagrosos. Podéis tachar de más ó menos milenarismo al célebre Arnaldo de Villanueva.

Sus pensamientos sobre la venida del Antecristo y la proximidad del juicio final, propios del

siglo décimo é impropio del aire tibio que anuncia la primavera del espíritu, podrán pareceros como los pesados fragmentos de arquitectura bizantina erigidos por una resistencia incontrastable después de haber alzado á lo infinito sus místicas agujas el arte gótico. Difícil en este siglo desligar la teología de la theurgia, la hermenéutica de la cábala, el saber astronómico de la astrología, el saber químico de la alquimia, la metafísica del misticismo, la física de la magia; como difícil impedir que al par en Sicilia y en España el alarife pusiera junto al santuario de Cristo y en torno de los ángeles, sobre cuyas alas suben las vírgenes al cielo, dentro de nuestras ortodoxas catedrales, el alicatado, revestido de aljófares, cuyos encajes y cresterías y alharacas recuerdan la capilla del zancarrón, donde se guardan las sacras suras del Corán; ó la alberca del recato y del retiro, donde caen los surtidores acompañados por el cantar árabe, tan melancólico y triste como los suspiros de la guzla. Entre todas estas sobreposiciones, fácil encontrar los adelantos que ingenio tan soberano como el ingenio de Arnaldo, trae así á la filosofía como á la química. Y aunque nos lo haya presentado la tradición vestido con el traje litúrgico de los alquimistas, absorto en buscar dentro de las retortas nada ménos que la generación artificiosa del hombre, á guisa del Wagner de Goethe bajo las chimeneas del doctor Fausto, no puede olvidarse cómo la invención del aguardiente, atribuida por su tiempo á él, hizo creer que se había encontrado el elixir de la inmortalidad, ó por lo ménos un licor de tal virtud que pudiera transformar en el hombre la propia organización y vencer de algún modo á la muerte. La leyenda se mezclará siempre á la historia como á la razón la fantasía.

No halló Arnaldo, no, el elixir de larga vida, inútilmente buscado como el oro por innumerables antecesores suyos; pero halló en sus traducciones de Avicena y en los estudios debidos á la propia observación y experiencia esa higiene del cuerpo y del alma que robustece nuestra complejidad y alarga y hermosea nuestra vida. Yo, siempre que, por obligación literaria, he debido consultarle, he juzgado su ciencia como parte integrante de aquel arte y de aquel saber, profesado por el emperador Federico II ó por el rey Fadrique I de Sicilia, en los cuales al misticismo cristiano se unen las cábalas de las escuelas talmúdicas y los pensamientos de las escuelas árabes en maravillosa síntesis, no por frustrada y perdida, ménos digna de figurar entre las más bellas constelaciones extendidas durante los siglos medios en el cielo infinito de la humana inteligencia.

Donde rayó más alto el pensamiento catalán de tamaño período, fué, á no dudarlo, en las ciencias filosóficas; y donde halló una personificación más sublime, fué, á no dudarlo, en la persona de Raimundo Lulio. Ninguno, en su tiempo, que haya vivido tanta vida, ideado sus ideas, sentido sus sentimientos, fantaseado sus fantasías, así en el empeño de las más vivas acciones como en el desierto de los más recatados yermos, guerrero y penitente, naturalista y metafísico. Nuestra vida, regularizada por tantas ordenanzas y reglamentos y costumbres, incontrastables como las fatalidades mecánicas, no comprenderá jamás el andar y ensancharse y henchirse, y correr, y despenar de una vida individual abandonada completamente á sí misma en los empeños del acaso y entre las sirtes de la feudal anarquía en la Edad media. No alcanzaban los ánimos y las conciencias el reposo y solidez que hoy tienen, aún bajo la unidad maravillosa de aquella fé. Cualquier viento, así viniera del cielo como del infierno, removía el espíritu, alterado á la continua, cual se alteran el oleaje oceánico y el desierto africano.

Ved pues la facilidad con que un escolar, como Abelardo, erigía monasterios á lo Paraclete, donde rayaban las alboradas de nuevo espíritu; y un monje, como Arnaldo, resucitaba en las cenizas del foro, entre los intercolumnios cubiertos por el sudario del jaramago y de la cicuta, los esqueletos de los antiguos tribunos más frios que las piedras; y un ermitaño, como Pedro, lanzaba sobre Asia Europa, dándole por guía los instintos de las muchedumbres, no tan seguros como los vuelos de las aves y como los girones de los vientos; y un poeta, como San Francisco, después de haber conversado con las florecillas en el campo y competido con los ruiseñores en la noche y arrodillándose como la nube sobre las montañas y madrugado para los futuros tiempos de libertad y democracia cual madrugan las yemas de los almendros y los arpegios de las alondras en los valles de Umbría, deja por virtud milagrosa de los efluvios magnéticos de su alma, en lo sobrenatural absorta, deja el cristianismo de los pobres, de los débiles, de los oprimidos, tal como lo predicara su Divino fundador en Galilea, cristianismo rejuvenecido, al pié de los cuarteados torreones feudales para que la urdimbre misteriosa de la humana vida no se corte, ni se interrumpa el ascenso continuo á lo ideal de la humana conciencia. Olvidad nuestros pobres tribunos de hoy, cohibidos siempre por la reglamentación y aplastados por el número, muy ufanos si consiguen alguna rebaja del censo y alguna latitud en el municipio, frente á estos iluminados de la Edad media, quienes veían surgir á sus conjuros un Universo intelectual, moral y social, en el que movían con su aliento desde las místicas alas de los ángeles del cielo hasta los creadores pinceles y buriles de los artistas del mundo. Ahora mirad á Lulio.

CUARENTENAS ANTI-COLÉRICAS.

¿Han hecho bien, han hecho mal, España y las demás naciones en tomar medidas cuarentenarias, é indignarse contra Inglaterra porque no las toma relativamente á las procedencias egipcias?

No se nos oculta que esta cuestion, así planteada, provocará gran sorpresa y casi casi indignacion en muchos lectores. La fé en las cuarentenas es tan general y absoluta en Europa, que no puede ménos de ser así.

Sin embargo, ante la actitud de Inglaterra, respecto al cólera actual, actitud que no basta á demostrarnos la explicacion admitida corrientemente de la avidez comercial británica, pues harto sabemos que el mundo de los navieros y comerciantes ingleses que pudieran dejarse cegar por su interés comercial en cuestion de tanta monta, es insignificante comparado con el de los millones de ingleses independientes del comercio de exportacion celosos de su salud, cual todos los demás habitantes de Europa, para que admitamos que no existen otras causas que motiven el que en esa tierra por excelencia de la discusion, la opinion pública, allí omnipotente, no se haya levantado contra la ausencia de cuarentenas.

Algo más ha de haber, y algo más hay, en efecto. Y ese algo es importante que se conozca, pues su conocimiento, generalizado por Europa, puede contribuir en gran manera á la salud pública y á las mútuas y cordiales relaciones entre Europa é Inglaterra, sofocando gérmenes de resentimiento.

A este fin, nos dirigimos á LA AMÉRICA, el más constante sostenedor de la política de union de los pueblos, para vulgarizar por su conducto las ideas que motivan la conducta de Inglaterra en esta cuestion.

De todos es sabido que los ingleses tienen en la India un campo extensísimo y no interrumpido de observacion y estudio práctico del cólera asiático.

En la India inglesa, sobre una extension territorial, próximamente igual á la de Europa, y una poblacion de 250 millones de habitantes, reina permanente aquella enfermedad, y allí hay constantemente millones de súbditos ingleses de todas las clases sociales, inclusa en gran número la de médicos, que tienen ocasion de estudiarla y conocerla en una medida incomparablemente superior á la de los demás pueblos europeos.

Importa, pues, á los médicos europeos y á todo europeo que aspira á obrar inteligentemente, y no por impulsos ciegos, conocer la opinion que su experiencia, su conocimiento superior de ese azote, ha sugerido á los ingleses.

Vamos á resumir lo más suficientemente que nos sea dable las razones que en contra de las cuarentenas anti coléricas hallamos en diferentes publicaciones inglesas, y muy particularmente en un artículo del último número de la *Fortnightly Review*.

Ya el Congreso sanitario internacional que se reunió en Viena en 1874, en vista del éxito de la práctica sanitaria de inspeccion y aislamiento de los sospechosos, que los ingleses consiguieron en 1873, recomendó esta práctica.

Habrán personas, no habituadas á las cuestiones patológicas, que extrañen que estando indicadas y admitidas como hecho científicamente probado la utilidad de las cuarentenas contra las epidemias, pueda ponerse en duda la eficacia de esta práctica relativamente al cólera.

Pero es precisamente en este caso cuando el verdadero epidemiologista, dice: *Distingo*; todas las epidemias no son iguales, en su origen, ó en su naturaleza infectiva. Las mejores medidas represivas serán las que se apoyen en el pleno conocimiento de las vías de cada forma especial de la enfermedad epidémica, y la actualidad ofrece una conveniente oportunidad para señalar, en cuanto al cólera, los exiguos resultados, la estrechez de miras y la convencionalidad de las máximas del llamado *Hombre práctico*.

Existen grandes diferencias entre las enfermedades comunicables que han encontrado su última expresion en la clasificacion del profesor de Munich, profesor Von Pettenkofer *exogenos* y *endógenos*. El cólera es gran ejemplo de los primeros y la viruela de los últimos. La contagion *exógena* es aquella cuya potencia de propagacion depende de condiciones favorables exteriores al cuerpo, es decir, de condiciones del medio ambiente (*milieu*) y la *endógena* es aquella que directamente pasa del cuerpo enfermo al sano. La viruela es prácticamente independiente de las condiciones externas, por más que sea más temible en un cuarto cerrado que en uno bien ventilado. Pero el cólera es impotente para expandirse allí donde no encuentra las especiales antisanitarias, entre las que nació y nace siempre. Al cólera se le puede atacar de dos maneras: se puede atacar á la enfermedad misma ó bien se pueden atacar las condiciones exteriores indispensables á su produccion ó propagacion. Y el resultado inapreciable de anteriores experimentos dice: cuidados de las condiciones exteriores y la enfermedad se cuidará ella misma.

Este es un descubrimiento anglo-indio y es la leccion que Inglaterra tiene que enseñar en ciencia sanitaria á otros pueblos. Los especialistas higienistas de estos pueblos conocen ya este hecho,

mas los publicistas parecen ignorarlo, segun dejan correr sueltas sus plumas.

La cordura del Gobierno español imponiendo tres dias de cuarentena á las procedencias inglesas, porque Inglaterra no tenia cuarentenas, puede medirse por el hecho siguiente. En el verano de 1873 el cólera se presentó tan violento como en otras ocasiones en los puertos vecinos del mar del Norte y del Báltico. El comercio y comunicaciones entre estos puertos y los de la costa oriental de Inglaterra y Escocia eran tan activos como siempre; Inglaterra no impuso cuarentena. Organizó un eficaz sistema de inspeccion por medio de los médicos de sanidad de los puertos. En media docena de barcos hubo coléricos y de ellos cuidadosamente aislados de modo racional y humano, murieron ó se curaron allí, y el resultado de esto fué que Inglaterra escapó completamente á la epidemia, que costó á Prusia 28.730 vidas y á Hamburgo 1.005.

El principio de esta revolucion profiláctica data de las disquisiciones del Dr. John Snow durante la epidemia del año 1854 en Londres, en el establecimiento que existia sobre una base permanente en el período que la superintendencia de la salud pública estuvo á cargo del doctor John Simou.

El Dr. Simou probó que las cuarentenas no podian establecerse con eficacia en las costas de Inglaterra é Irlanda, y yendo más al fondo de los hechos de difusion colérica, hizo ver que la limpieza era el gran medio de paralización en los progresos del mal. La ineficacia de las cuarentenas no es aplicable á todos los países, pues Sicilia se salvó en 1866 por largo tiempo durante el cólera que asolaba Nápoles y Génova. En el mismo año la isla Dominica escapó de la epidemia de su vecina la Guadalupe por el mismo medio. Mas haremos observar que España es más asimilable en sus condiciones geográficas á Inglaterra que aquellas reducidas islas, y esto con la circunstancia agravante del gran desarrollo del contrabando en este último país, contrabando absolutamente incoercible, y vehículo especialmente apropiado á la expansion colérica en su más terrible forma.

En la mayoría de casos, el sistema cuarentenario y de cordones sanitarios, es adecuado para ser lo que M. Simou califica de «elaboradas ilustraciones de insuficiencia,» y lo peor es que esa insuficiencia de los lazaretos y los agujeros de los cordones sanitarios, es probablemente una insuficiencia adecuada á la propagacion venenosa en una forma más intensa que la que hubiese revestido si ese fútil ensayo de represion no hubiera tenido lugar. La India es el gran campo de experimentos en cuanto á cólera, y la experiencia india manifiesta que el mejor medio de combatir es obrar con él como se obra en las enfermedades comunes, no empleando otros medios represivos que el tratamiento humano y racional de los enfermos. Un notable ejemplo de esto es el de Allahabad en Enero de 1882.

La ocasion fué la gran ceremonia religiosa que tiene lugar cada doce años; la localidad era un triángulo determinado por la confluencia de los rios Jumna y Ganges; se aprecia en tres millones las personas que visitaron la feria en todo el tiempo, y que hubo reunido al mismo tiempo por termino medio un millon. A pesar de todas las precauciones estallaron las letrinas y se cubrieron de inmundicias las orillas de los rios; á los pocos dias estalló primero la diarrea y luego el cólera. Habiendo ocurrido numerosas defunciones, se mandó dispersar la multitud. El cólera, dice el doctor Plemk, siguió á los fugitivos. Se le halló en la estacion de Nani, al otro lado del rio, y en la de Allahabad. En casi todas las estaciones de las líneas de Allahabad, Campoare y Allahabad y Jubulpur, personas afectadas del cólera perfectamente desarrollado, fueron sacadas de los trenes. Tambien siguió manifestándose el cólera entre los peregrinos que por las carreteras se dirigian hácia el *Oude*, al Este, Bundelkund, al Oeste, y Benarés, al Sud. En todos los sitios en donde se reunian los peregrinos, estallaba el cólera. Sin embargo, el comisionado de sanidad declara que en ninguno de tantos puntos donde atacaba á los peregrinos, pudo desarrollarse entre la otra poblacion. En ningun punto, dice, de los en que se dirigieron y tenían sus casas, se propagó.

Supongamos que entonces un *cordón sanitario* hubiese aprisionado aquella multitud. Segun todas las observaciones hechas sobre el cólera, su efecto hubiese sido dar á la enfermedad el grado de virulencia necesario para acrecer su energía de propagacion en cualquiera punto por donde al fin lograra romper el cordón. Represion, implica aislamiento, aglomeracion de personas, suciedad inevitable, el máximo de condiciones aflictivas, desamparo, cruel abandono, falta de cuidados; en suma, la represion por cordones constituye una completa reunion de las principales condiciones para exacerbar la malignidad de un cólera, que sin esas miserias hubiera podido ser más benigno y ménos infeccioso.

Esta es la gran enseñanza de la doctrina exógena del cólera. Ella libra á los enfermos de las circunstancias que en el sistema cuarentenario conspiran para agravar la intensidad del mal aprisionando los pacientes, entregándolos á sí mismos. Personas hay que ponen en duda el transporte del cólera por medio de individuos. Ello es cuestion de intensidad. La virulencia del cólera puede ser intensificada indefinidamente, hasta el punto de que el contacto con los muertos ó los pacientes, y hasta el respirar el aire de una habita-

cion de colérico baste para reproducir el mal. Y así como la virulencia de las deyecciones coléricas puede intensificarse indefinidamente por su fermentacion bajo un calor seco, casi puede ser atenuada indefinidamente por buenas condiciones higiénicas y gran limpieza.

El descuido de los enfermos facilita la produccion de la diarrea colérica y puede presumirse que si los mismos cuidados que se prodigan á los tífoidicos se dieran desde el principio á los coléricos, en cada caso individual de cólera, éste no llegaría nunca á ser contagioso.

Las circunstancias que intensifican la virulencia colérica, han sido demostradas á bordo de los transatlánticos que llevan numerosos emigrantes, sitios en donde el principio de *cordones sanitarios* era una desgraciada necesidad. El vapor *England* dejó Liverpool el 28 de Marzo de 1866 con 1 059 pasajeros en su bodega y 37 en su cámara de popa. En uno ó varios de los emigrantes apareció el cólera, y antes de que el buque alcanzara Halifax, habia 150 coléricos, de los cuales murieron 46. Los enfermos fueron colocados á bordo de un buque hospital en Halifax, los sanos en el lazareto, mas la enfermedad prosiguió sus extragos, hasta que 500 ó 600 de los emigrantes la pasaron y murieron unos 300. Los pasajeros de popa quedaron indemnes, pero murieron seis tripulantes.

El estado de miseria de los pasajeros acumulados en el entrepuente es indescriptible, pero el grado de virulencia que la enfermedad alcanzó en esas terribles condiciones, fué tal, que el piloto que vino á recibir al buque en un bote abierto con otros marineros, bote que siguió al buque sin que nadie de sus tripulantes subiese á éste, murió del cólera á los dos dias, estallando la enfermedad en su familia, tres dias despues, y al mismo tiempo, uno de los marineros de su bote estaba atacado y lo comunicaba á tres de sus hijos. Parecida erupcion colérica ocurrió en Octubre de 1871 entre los 600 emigrantes del *Franklin*, de la línea de vapores entre *Sbettin* y *Nueva York*. Antes de que el barco llegara á Halifax, habia habido 200 casos de diarrea de forma colérica, y de esos murieron 40, muchos de ellos seguramente del cólera. A consecuencia del estado del mar, durante aquella travesía, hubo que tener casi siempre cerrados los portales y ventiladores. Las letrinas no pudieron cuidarse, la de las mujeres fué tapiada. En su relacion oficial, el célebre Wirchow, dice: «La limpieza del entrepuente no pudo tener lugar por falta de voluntad ó de fuerzas en los pasajeros. En este caso es hasta dudoso si la enfermedad fué cólera asiático, importado, ó una especial enfermedad, que, empezando por diarrea entre los niños, llegó á tomar la forma de infeccion virulenta en los adultos. Dos trabajadores de Halifax que fueron empleados en el transporte del carbon á bordo, murieron tambien.»

La intensidad del peligro en los barcos está en la estricta dependencia de estas circunstancias.

Cualquiera que haya visto el entrepuente de un barco de emigrantes, comprenderá cuán fácilmente se destruye toda disciplina y limpieza en un barco, en el que estalla el cólera. No hay quizás ejemplo de un cólera tan virulento como el que empezando en Quebec (Canadá) con la llegada de uno ó varios buques emigrantes irlandeses en 1832, esparció la muerte por todas las riberas del San Lorenzo. Es de presumir que esa insólita virulencia, fué el producto de su gran concentracion é intensificacion en la travesía. Pero, el *cordón sanitario* y los lazaretos cuarentenarios, ¿qué son, sino una creacion deliberada de aquellas mismas condiciones que son inevitables en los buques? Europa no debiera consentir nunca que se acordara una desamparada poblacion, afligida por el cólera. Los lazaretos cuarentenarios son más defendibles y en circunstancias dadas pueden constituir un sistema eficaz de prevencion; mas tan solo puede aprobarse cuando sea un modelo de creacion, de comodidad y de saneamiento. Su razon de ser, es la presencia del cólera en una turba mezclada, mas la infortunada ironía de las circunstancias consiste en que el amontonamiento forzado de personas, y la inevitable disposicion á la ocultacion del mal, son precisamente las condiciones más apropiadas para dar al cólera vitalidad y virulencia.

Las cuarentenas tradicionales pueden ser lo mejor para Marsella ó Trieste, pero es irracional esperar su adopcion por parte de los pueblos ingleses. Al contrario, Europa deberá adoptar tarde ó temprano los medios preventivos ingleses.

La erupcion colérica de Egipto ha servido en otros conceptos para poner de manifiesto el rutinario dogmatismo oficial y la poca influencia que ha alcanzado aun la filosofía inductiva. Todas las circunstancias, la erupcion de Damietta tienden á indicar, desde su principio, que fué una forma local de enfermedad que ciertas circunstancias agravantes hicieron transmisible. Mas la teoría de la importacion es más sencilla, y además servia ciertos fines políticos y se dió el *mot d'ordre* de su importacion desde Bombay. Este intento burocrático de anticiparse á la averiguacion de la verdad científica por un *mot d'ordre* fuera divertido, si su uso no fuera peligroso. No solo retarda la aceptacion de nociones nacionales del cólera, sino que favorece los pánicos é inconvenientes procedimientos en momentos y sitios especiales.

El informe del doctor Mackie, de Alejandría, que reunió todos los datos oficiales ingleses, y los

de los particulares indican claramente un origen local y que no existen datos de su importación desde la India.

Un caso semejante al de Damietta se encuentra en el informe interesante que publicó en el *Times* (Julio 1875) el cónsul M. Yago sobre la aparición del cólera en Siria, aparición que ningún epidemiólogo ha podido explicar en conformidad con la hipótesis de su importación desde India. Tanto en Damasco cuanto en Hamah, faltan esos indicios que el público conceptúa ser los indispensables acompañantes del cólera asiático, particularmente las purgaciones parecidas á agua de arroz y los calambres, y dice M. Yago: «Solo queda una explicación, y es, que en determinadas condiciones puede el cólera nacer espontáneamente.» De los informes conocidos, resulta que la enfermedad tuvo su único origen entre soldados, lo cual aparta la idea de importación, é indica que nació en ellos, fruto de su suciedad.

Unos pocos más ejemplos de esa naturaleza, desarraigarán la doctrina de la invariable y continua importación de una abstracta fuente en el Ganjes; mas por lo presente, domina tenazmente la doctrina importadora. Nunca faltan personas aprensivas prontas á contar una historia demostrativa de cómo la importación ha podido tener lugar. Mas aquellas personas toman sus alucinaciones por hechos. La repugnancia á aceptar un origen local y racional de una enfermedad epidémica, y la tendencia á atribuirle á una fuente lejana y vaga, se ha manifestado á menudo en el mundo. El célebre doctor B. Rush, de Filadelfia, tuvo ocasión de reprender á sus conciudadanos sobre ello, cuando en el último siglo la fiebre amarilla se hizo endémica y asoló aquella ciudad.

«La idea, dice, es producto de un acto simple del entendimiento; no exige ni comparación ni raciocinio, y favorece nuestra natural apatía. Además, halaga la avaricia y el orgullo, apartando de nuestra propiedad y de nuestro fallo el origen del mal. La tendencia á repeler de nosotros y atribuir á otros el origen de nuestros males, es universal. Empezó en el Paraíso, y ha seguido siendo el rasgo característico de nuestra especie. Alejandro de Humboldt fué espectador divertido de los ensayos hechos en Veracruz para echar el sambenito de la fiebre amarilla sobre la Habana, mientras los habaneros lo colgaban á Nueva-Orleans, la cual lo devolvía á Veracruz. Ese triangular combate duró toda la dilatada vida de Humboldt y dura todavía hoy. Precisa ensanchar nuestras ideas sobre las apariciones cólericas en el Oriente, como las de la fiebre amarilla en el Occidente.

«Existe, no hay duda, importación; mas importación desde un solo punto geográfico, es puramente una sujeción de nuestra indolencia.

«En cuanto á la prevención, puede aparecer de comparativa poca importancia el exacto conocimiento del cómo la enfermedad se produjo; aceptamos la enfermedad como un hecho, y nuestro único objeto consiste en limitar su extensión; mas las sujeciones plausibles se hallan todavía dentro del viejo círculo vicioso de ideas.

«Ese círculo racional en la viruela, como contagio de persona á persona, no es aplicable al cólera; no solo se puede prevenir la expansión del cólera por medio de una extremada limpieza y por un caudal de agua pura; mas hay habitualmente un período en la marcha individual de la enfermedad en el que ésta no es aún cólera.

«Causas comunes, y de ningún modo específicas, parecen ser susceptibles de iniciar la aparición del cólera en territorios orientales. Es dudoso que ese viejo enemigo de la humanidad pueda ser detenido sino por un firme racionalismo. Entre una multitud de devotos indios en Allahabad ó en Hardwar, ó entre los peregrinos amontonados en la Meka, ó durante una feria en Damietta durante la estación de las frutas, se hallan reunidas las condiciones adecuadas para transformar un desorden funcional por ellas originado, y grandemente esparcido en un específico y epidémico azote. Y si su potencia específica y su transmisibilidad son dependientes de condiciones de tiempo y lugar, la enfermedad podrá ser despojada de sus terrores, obviando á esas condiciones. Estas consideraciones no cuadran con el fatalismo oriental, ni con el fatalismo de la teoría de los gérmenes; mas parecen ser las únicas que se conforman con los hechos relativos al cólera.

La difusión y desarrollo de un cólera específico son hechos escritos en algunas de las más terribles páginas de la historia moderna. Mas fué engendrado en las agravaciones del pánico y de la negligencia de los deberes hacia nuestros semejantes, y estas circunstancias son precisamente las más adecuadas para que se agrave la malignidad del veneno hasta el punto de llegar á producir el contagio atmosférico. Llamad á una diarrea oriental cólera y cólera se volverá, afrontadla con audaz racionalismo y hará todavía víctimas, mas no se enseñoreará.

El cirujano general Cumingham, comisario sanitario del Gobierno de la India, pone todo el peso de su autoridad, autoridad fundada sobre larga y extensa práctica, tanto como sobre un científico y filosófico estudio del cólera en la India, en la balanza de esas consideraciones racionales. Dice: «las comunes teorías prematuramente aceptadas de gérmenes y contagio, han tenido las más desastrosas consecuencias, produciendo mucha desgracia inútil al separar los miembros de una misma

familia en momentos en que su deber consiste claramente en cuidar sus parientes y sus amigos.» No queremos añadir cosa alguna á este parecer; solo nos limitaremos á apoyar en el hecho de que cuando el cólera parte para Europa se ha vuelto ya una enfermedad específica y comunicable, y aun entonces es un hecho bien notorio que la virulencia del veneno no es más que contingente, pues una gran proporción de casos en todas las epidemias cólericas son puras diarreas que se consideran fácilmente como epidémicas.

P. P. V.

LOS HISTORIADORES MODERNOS.

II Y ÚLTIMO.

Ciertas escuelas históricas, por un método análogo al de las ciencias naturales, no dejan un libre juego á las voluntades humanas, así como determinadas escuelas de fisiología y de filosofía positiva.

Pero se puede mantener el elevado carácter de enseñanza moral que corresponde á la historia, en armonía con el nuevo método que la ha constituido en una obra eminentemente científica, gloria conquistada sin disputa, desde los comienzos del siglo XIX.

La ciencia histórica se compone de observaciones y de conclusiones, y para que sea fecundo el método empleado en los estudios históricos, es preciso ver el conjunto de las cosas y abrazar sus relaciones. Es una verdad reconocida que nada nace, se forma, se desarrolla y vive en un estado de aislamiento y de abstracción, así en lo que se refiere á la vida de los pueblos, como á la de los individuos.

Y no se puede negar la parte de fatalidad que la naturaleza misma de las cosas introduce en la actividad política ó estética de las sociedades humanas. Nosotros no profesamos la doctrina del fatalismo; pero la ciencia muestra el hecho, la necesidad bajo la contingencia, la naturaleza bajo la voluntad.

No es permitido dudar sobre las influencias que ella señala, y las condiciones y las causas que ella determina, como de la realidad de los acontecimientos políticos, ó de las obras estéticas mismas.

La ciencia insiste en dejar á los actores del drama histórico, individuos ó pueblos, la libertad de sus actos, la moralidad de su carácter, y la responsabilidad de sus vicios ó de sus virtudes, de su imprevisión ó de su sabiduría, mas disminuye el orgullo de la personalidad humana, y la confianza en los resultados de sus esfuerzos y de sus cálculos.

El vigor de la iniciativa no obtiene un éxito favorable sin el concurso de circunstancias bonancibles, y de las grandes fuerzas, cuya acción muchas veces es invisible, pero no menos soberana. Es necesario contar con la naturaleza de las cosas, es decir, con los sentimientos, las necesidades, las preocupaciones de las sociedades y de las clases que la componen, sin cuyo auxilio han sido tan frágiles las revoluciones prematuras, é impotentes las utopías más bellas.

Hay otras escuelas idealistas en la ciencia y en la filosofía de la historia que aún en la fisiología proclaman lo absoluto en todas las cosas, y no consideran como una ciencia verdadera la que no conduce á un *determinismo* completo. Para estas escuelas de historiadores y de críticos, la necesidad de una cosa, una vez demostrada, responde á todas las cuestiones que puede exponer la ciencia.

M. Taine nos dá la fórmula del método en que el sabio describe y explica los actos y las obras, como lo habían hecho los historiadores moralistas de la antigüedad, sin calificar las personas y las cosas.

«Que los hechos sean físicos ó morales, dice este eminente escritor, ellos tienen siempre causas para la ambición, para el valor, para la veracidad, como para la digestión, para el movimiento muscular, para el calor animal.»

La virtud y el vicio se producen en su pensamiento, no por una especie de combinación química, sino por un concurso de causas morales, de ideas que tienen su ley de composición y de sucesión, lo mismo que los fenómenos puramente físicos.

En una palabra, M. Taine no confunde el orden moral con el orden físico, él le somete á leyes y aplica el método de las ciencias de la naturaleza. Toda obra estética, como toda institución política, es la expresión de una idea, la que emana de otra idea más general, y así sucesivamente hasta que se llega á la idea primera, al *elemento simple*, como dirían los químicos, que constituye el fondo del ser histórico.

El genio de la Alemania, Hegel, ha concebido y desarrollado en todas sus consecuencias la teoría de la que él ha dado la fórmula metafísica, en la filosofía de la historia. Toda realidad es idea, luego todo lo que es real es racional. La historia es una lógica correcta y viva que vá de idea en idea, de evolución en evolución, y en esta lógica de las ideas consiste el movimiento verdaderamente libre, que el filósofo sabe reconocer, porque la dialéctica viva de la idea, marcha á través de todas las miras de Repúblicas, imperios, monarquías,

libertad y despotismo, virtudes ó vicios, civilización ó barbarie, que desaparecen gradualmente en beneficio de la civilización universal.

Esta filosofía hegeliana, á pesar de su descrédito, inspira todavía hoy á algunos historiadores muy conocidos de este país, y Mommensen, por ejemplo, le aplica á la historia romana, cuando él lo explica todo á favor del éxito, justificando la victoria y deprimiendo la derrota, exaltando á César á costa de Catón y de Cicerón, encontrando gloriosa la República, pero viendo en el imperio el triunfo de la democracia y de la civilización.

Este historiador ha servido de modelo á los cortesanos de Napoleón III, cuando era de moda el ensalzamiento y simbolizar en la autoridad de su persona el genio de la democracia moderna.

El mismo sistema fué empleado en la antigüedad, y ha obtenido panegiristas en nuestros tiempos, atribuyendo á César sus aduladores la representación del pueblo, como si un tirano se preocupara del interés del proletariado más que para constituirle en pedestal de su ambición y de su poder, sirviéndose de él como de un instrumento dirigido contra la clase media, que más culta, aspira naturalmente al ejercicio de sus facultades, al enaltecimiento de su dignidad y a la conquista de los derechos inherentes á la personalidad humana en un pueblo libre.

Todos los tiranos se parecen en que urden las mismas tramas y se valen de idénticos medios para apoderarse de las masas populares, halagando no sus virtudes, sino sus apetitos, no ilustrando su conciencia, sino pervirtiéndola, para que se dobleguen á patrocinar sus maquiavélicos planes en detrimento de las demás clases del Estado.

Este fué el móvil que impulsó á Alejandro á la emancipación de los siervos, mientras los verdaderos siervos son hoy todavía todas las gerarquías sociales, desde las más elevadas hasta las que forman el centro y la base del edificio moscovita en las ciudades del imperio.

El socialismo de Bismarck tiende al mismo fin, los autocráticos sistemas encuentran sus apologetas en los filósofos del derecho de la fuerza, que hacen la apoteosis del éxito.

El genio alemán es realista con toda su poesía metafísica y sentimental. Su pretendido idealismo no es sino el gusto de las especulaciones abstractas y la pasión de los sistemas. Hegel había llevado la imparcialidad filosófica de su sistema, hasta explicar que las victorias de Napoleón I habían servido la causa de la civilización moderna propagando sus ejércitos las ideas de la revolución francesa, y sin duda para responder á esta elevada lección de historia, Víctor Cousin exclamó en una explosión de interés nacional y de liberalismo constitucional: ¿Quién ha sido el vencedor? ¿Quién ha sido el vencido en Waterloo? No hubo vencidos; los solos vencedores han sido la civilización europea y la carta.

Pero la doctrina de la moralidad del éxito no es francesa, aunque la hayan profesado Víctor Cousin, que proclamó un día la funesta é inmorale doctrina de que toda democracia reclama un dueño, á propósito de César, y Napoleón III el autor de la historia del mismo César.

También de Alemania ha emanado la teoría de los hombres providenciales, porque debemos hacer la justicia á Francia de que la doctrina de la moralidad de la victoria no ha encontrado mucho eco en sus historiadores y filósofos; al contrario, han sido inclinados á un optimismo tal vez excesivo, que acepta y justifica generalmente las grandes instituciones del pasado con la loable intención de subordinar toda cosa á la ley del progreso.

Esta ha sido la tendencia constante de las dos escuelas que han ocupado y ocupan todavía un puesto importante en el movimiento filosófico é histórico de nuestro siglo.

Los dos poderes de la historia, la fatalidad y la libertad obedecen á sus leyes especiales, la primera á la ley de la fuerza, la segunda á las de la conciencia y de la razón.

San Simón y Augusto Comte, tienen de común la ley de la evolución progresiva, y el método de la experiencia histórica que establece la medida de la necesidad, y aun con frecuencia la legitimidad de todos los hechos; así San Simón admira igualmente, y con igual simpatía la antigüedad, la Edad-media y los tiempos modernos. Augusto Comte no está lejos de pensar de la misma manera, y hasta M. Littré, á pesar de su razón tan firme y de su conciencia tan difícil, se inclina á reconocer la autoridad de los hechos.

Pero los grandes historiadores de la Francia, reivindicaron el sentimiento del derecho para ejercer su imperio en la historia, como en la política. Michelet, Quinet, Lanfrey, han protestado en nombre de la conciencia contra todas las doctrinas que la vulneran.

Michelet, en su historia de la Francia, ha dado una viva enseñanza de la justicia, esclarecido su juicio histórico por el comercio íntimo con los hombres y las cosas del pasado; Lamprey destruyó los ídolos del terror, y sobre todo el grande ídolo del imperio, proclamando los derechos de la libertad y de la humanidad ante los triunfantes ministros de la fatalidad, César y Napoleón.

Pero el más bello de los libros, el más admirable sin duda, es la historia de la Revolución, por Edgard Quinet.

Este eminente escritor ha sido uno de los más ilustres republicanos del país vecino. Profesor de

historia, fué expulsado de su cátedra por sus ideas democráticas; diputado por París, se vió obligado á emigrar á Bélgica y á Suiza, durante el imperio, contra cuyo atentado liberticida protestó enérgicamente, y jamás aceptó la amnistía concedida por Napoleón III.

Regresó á su patria, despues de la catástrofe de Sedán y de la proclamacion de la República.

Su libro sobre la Revolucion es una protesta elocuente contra los abusos del método que tiende á ahogar en estrechas fórmulas la vida real de los individuos y de los pueblos, con grande menoscupio de la libertad y de la humanidad.

¡Qué magníficas frases son las siguientes!

«¿Qué ligeramente jugamos nosotros con la muerte en nuestros sistemas!

Nos es preciso hoy el cadalso de aquél, mañana tendremos necesidad del de otro, y en esta vía, sin buscar la excusa de la pasion, nuestro fatalismo histórico nos impulsa á una crueldad que sería risible, si ella no ofendiese la naturaleza humana. Esta matanza fué un grande mal, dicen los montañeses instruidos más tarde por sus propias calamidades. Y nosotros, más terroristas que los terroristas, nosotros alineamos sin piedad los suplicios en nuestras fórmulas de historia.

Lo que era la pasion para los hombres de la Revolucion, las fórmulas se convierten para nosotros en causas de ceguera y de extravío. ¿Sobre qué me orientaré yo en este caos? Sobre dos cosas, la libertad y la humanidad. No hay otra estrella polar. Quien renuncia á ella, camina en las tinieblas»

La filosofía de la historia ha tenido tambien sus teóricos absolutos, como Buech y Luis Blanc, que pudieron creer, por una ilusion lógica, en la necesidad y la moralidad superior de ciertos actos reprobados por la conciencia pública.

Sin duda es un profundo y tambien elocuente historiador el célebre republicano socialista, Luis Blanc, que ha sido diputado por París, y que nació en Madrid. Su padre era inspector ó director de Hacienda, cuando José, hermano de Napoleón, fué enviado por éste para reinar en España. A esta circunstancia se debió que el famoso tribuno viera la luz primera de la vida en nuestra patria.

Este escritor ha profesado una admiracion muy grande por el principal actor del drama revolucionario, Robespierre, sobre todo, á quien identificaba con las ideas de libertad y de fraternidad que le fueron queridas, y á las que rindió un culto sincero y constante. Nadie le acusará con razon de haber tributado su homenaje al éxito, cuando se le ha visto permanecer siempre fiel á las causas vencidas.

Lo mismo que Edgard Quinet, Luis Blanc emigró á Londres despues de las horribles matanzas de Junio, y rechazó como el primero la amnistía del conculcador de las leyes, el autor del infame atentado de Diciembre, y no volvió á Francia hasta la caída del imperio. Edgard Quinet y Luis Blanc obtuvieron despues los sufragios de los electores republicanos de París, y han muerto fieles á sus antiguos ideales.

Se puede reprochar al que propuso la creacion de un ministerio para la organizacion del trabajo en 1848, de haber juzgado las personas y las cosas de la revolucion como hombre de ciencia más bien que como historiador, pero además de lo instruido que se muestra de los hechos, no se le puede negar la justicia de que su criterio histórico no tiene nada de comun con la moral del éxito ni con la moral de lo útil que ha anatematizado en páginas ricas de colorido y de vehemente elocuencia.

La doctrina del fatalismo absoluto es negada en psicología, como en historia, por la conciencia del género humano. El hombre queda libre en todas las vicisitudes y las crisis de la vida pública. Desde el momento en que la libertad desaparece, la historia pierde su verdadero carácter, y se convierte en una especie de física social, que enerva el sentido moral y la iniciativa personal; en vano la experiencia fisiológica tiende á hacer una doctrina científica, como la experiencia histórica tiende á hacer una doctrina que tenga la precision y el rigor de una ciencia.

La conciencia humana, repetimos, reclamará siempre la parte que pertenece á la libertad. La historia, como la vida, no es verdaderamente humana sino por la libre personalidad de sus actores, y no es bella sino es humana.

El fatalismo arreata, no solamente todo interés estético, sino toda virtud moral. ¡Qué espectáculo más grandioso presenta la lucha del alma humana contra la fatalidad interior de las pasiones, ó la fatalidad exterior de las causas naturales, lucha sublime que ha enaltecido un sábio de la antigüedad, manifestando que nada es más bello que el sol!

Libros como los de Michelet, Quinet, Lanfrey, protestaron, no solamente en nombre de la conciencia, sino tambien en nombre de la ciencia, contra los principios y las consecuencias del fatalismo.

Si la historia humana del planeta ha sido hasta los tiempos modernos, sobre todo, el reinado de la fatalidad, el advenimiento de una democracia esclarecida ha de hacer más y más práctico el reinado de la libertad.

La ciencia, demostrando el imperio de la fatalidad en el desarrollo histórico de la humanidad, hace ver tambien el progreso que va sometiendo la accion de las fuerzas ciegas que se denominan

los instintos de raza, los apetitos y las necesidades de las clases á la accion de las fuerzas morales de los sentimientos y de las ideas.

En vez de las fuerzas brutales que abrumaban con su peso la sociedad *natural*, en el sentido material de la palabra, elevada despues al rango de sociedad política, sus miembros son educados más y más cada dia como verdaderos ciudadanos, poseyendo ideas y voluntades en lugar de instintos y pasiones. Y las que existen de esta índole se encuentran con voluntades é inteligencias que pueden obrar sobre aquellas por la palabra y por el ejemplo, ya para retenerlas, como para dirigir las.

El mérito del método moderno es el de haber sometido la sucesion de los hechos históricos á una especie de determinismo compatible con la libertad de los individuos y de los pueblos, patentizando que el órden moral tiene sus leyes igualmente que el órden físico, pero todo lo que se llama necesidad no merece el bello nombre de órden, porque el órden se reconoce en la verdad de los principios, en la justicia de los actos, y en la belleza y en la bondad de las obras.

El órden moral estriba en la perfecta armonía de los medios y del fin.

Puede causar admiracion el génio triunfante por la fuerza, pero solo inspira el respeto de la conciencia, la virtud feliz ó desgraciada que se consagra al triunfo de la justicia.

La democracia moderna, moral é inteligente, cada dia más accesible á la accion de los sentimientos y de las ideas, ha de fundar el órden verdadero y la verdadera libertad.

EUSEBIO ASQUERINO.

COMERCIO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Las noticias que de este hermoso país nos llegan, lo presentan siguiendo impasible su marcha de trabajo y progreso, sin que el ruido de las cuestiones políticas tengan la menor influencia sobre esas dos grandes ambiciones de pueblos y Gobiernos.

Los capitales extranjeros afluyen, aumenta la poblacion, se extienden las líneas férreas, en que actualmente trabajan quince mil obreros, nuevas empresas surgen por do quier, se multiplican las escuelas, toma la prensa mayor vuelo, y el país presenta un espectáculo digno de estudio y admiracion, por la importancia de las conquistas que realiza bajo los auspicios de una paz fecunda y de Gobiernos apoyados en la opinion.

Como prueba del movimiento comercial de aquel país, daremos aquí algunos datos tomados de publicaciones que tenemos á la vista:

Exportacion de lanas.—Desde el 1.º de Octubre al 28 de Febrero:

	1882	1883
	Fardos.	Fardos.
Francia.....	59.588	65.579
Bélgica.....	60.761	53.756
Inglaterra.....	2.676	1.241
Italia.....	6.166	3.781
Alemania.....	20.732	17.713
España.....	129	292
Estados Unidos....	1.366	313
Fardos.....	151.418	142.675

Exportacion de cueros lanares.—Desde el 1.º de Junio al 28 de Febrero de

	1882	1883
	Fardos.	Fardos.
Francia.....	38.704	21.590
Bélgica.....	3.000	1.960
Inglaterra.....	2.980	2.100
Italia.....	958	980
España.....	»	»
Orden.....	568	»
Alemania.....	»	820
Estados Unidos.....	»	»
Fardos.....	46.130	30.450

Cerda.—Entraron de la Campaña 450 arrobas. Precios, sin variacion.

La cerda de vaca, bien lavada, á 145 pesos arroba; la suelta, á 100 pesos; la cerda de potro, colas largas, á pesos 170 m/c arroba, y colas cortas á 110 pesos: las escobas á 60 pesos m/c arroba, y el tuse á 95 pesos arroba.

La buena mezcla del Sud está muy solicitada, y se paga de 160 á 175 pesos por arroba, y la del Norte de 150 á 160 pesos arroba.

Algunas partidas de cerda de los rios se han colocado de 48 á 50 rs. oro arroba.

Exportacion de cerda.—Desde 1.º de Junio al 28 de Febrero de

	1882	1883
	Fardos.	Fardos.
Francia.....	1.940	1.820
Bélgica.....	420	500

Inglaterra.....	500	390
Estados Unidos.....	360	295
Italia.....	60	25
Orden.....	90	1
Alemania.....	»	»
Fardos.....	3.270	3.031

Exportacion de cueros secos.—Desde el 1.º al 20 de Febrero:

	1882		1883	
	cs. vacunos	cballs	cs. vacunos	cballs
Francia.....	27.657	»	26.099	43
Bélgica.....	16.536	»	4.307	»
Inglaterra.....	»	200	207	»
Italia.....	17.668	»	4.888	»
España.....	13.511	413	8.262	»
Estados Unidos.....	23.188	»	38.207	»
Alemania.....	»	»	4.325	7.951
Brasil.....	»	»	»	»
Cueros.....	95.660	641	96.299	7.994

Exportacion de cueros salados.—Desde el 1.º de Febrero de

	1882		1883	
	Cs vacunos.	caballos	Cs vacuno.	caballos.
Francia.....	8.658	8.649	20.797	1.919
Bélgica.....	78.050	22	44.237	»
Inglaterra.....	360	»	7.676	2.830
Alemania.....	12.910	16.613	17.152	22.562
E. Unidos.....	3.100	»	3.000	»
Orden.....	»	»	4.505	6.214
Cueros.....	103.078	24.984	99.367	34.525

Exportacion de sebos.—Desde 1.º de Octubre al 28 de Febrero de

	1882		1883	
	pip. bord.	cajs.	pip. bord.	cajs.
Francia.....	2.568	425	1.047	707
Bélgica.....	282	»	1.144	»
Orden.....	400	»	630	109
Inglaterra.....	1.649	150	2.828	»
Italia.....	»	»	1.908	»
España.....	60	»	1.445	»
Alemania.....	8	»	»	»
Brasil.....	230	»	880	1.732
Chile.....	1.450	2.663	2.244	200
Montevideo.....	»	1.063	98	»
Bultos.....	6.647	4.301	12.224	2.748

¿Qué mejor que estas cifras para patentizar la riqueza de la República Argentina y la importancia de su comercio?

P. DE NAVARRETE.

PREHISTORIA.

LA AMÉRICA PREHISTÓRICA, por el marqués de Nadaillac.

El mundo prehistórico empieza á tener tantos historiadores, que casi va ya perdiendo el derecho á llamarse así, derecho cuyos límites no pueden apreciarse bien nunca, por lo difícil que es señalar la línea divisoria que separa los tiempos históricos de aquellos otros que han precedido á la historia; porque si hay una historia escrita, hay otra que no lo está y sin embargo puede leerse en los monumentos de las primitivas industrias humanas. El marqués de Nadaillac, ya ventajosamente conocido por dos volúmenes sobre los primeros hombres y los tiempos prehistóricos cuya aparicion saludó con amor la crítica científica, ha publicado últimamente una nueva obra en alto grado interesante: *La América prehistórica*, asunto que hasta ahora no habia sido abarcado en su conjunto. Con ella se ha propuesto el marqués de Nadaillac hacer conocer á sus lectores los resultados de los numerosos trabajos llevados á cabo en los Estados-Unidos, y de las grandes investigaciones de que en nuestros tiempos son teatro el Perú y toda la América Central.

La historia del continente americano, en cuanto historia escrita, no se remonta á mucha antigüedad: en el siglo XVI los conquistadores españoles encontraron en él millares de hombres que ofrecian tipos análogos y caracteres semejantes á los de los hombres del antiguo continente. «Todos los matices del color podian reconocerse en ellos, desde el blanco rosado de los habitantes de la cordillera de los Andes, de los valles formados por el Amazonas, ó de las islas Santa Catalina, hasta el negro azabache de algunas tribus de la California ó la Florida, de los indígenas de la isla San Vicente, ó de los Charruas que vivian en las orillas del Rio de la Plata.» las mismas variaciones se notaban en la estatura, en las formas de la cabeza, en el sistema veloso.

La fauna era diferente de la fauna europea; el llama rumiante era el único animal doméstico; los americanos no tenian bueyes, ni camellos, ni cabras, ni carneros, ni caballos, ni burros; el lobo de las praderas ocupaba el lugar del perro. Los

indios tenían centenares de dialectos; M. de Baucroft ha contado más de seiscientos en la América del Norte; M. de Ameghino nos dá ochocientos en la América del Sur. A decir verdad, todos estos dialectos salían de ciertas lenguas madres; su diversidad probaba el estado de división y aislamiento en que vivían los pueblos del nuevo continente, porque si se aislase una familia en cualquier isla pronto se haría una lengua suya propia, que al cabo de unas cuantas generaciones sería diferente de la lengua madre, porque se aplicaría á necesidades especiales y limitadas en extremo.

A consecuencia de este aislamiento, las tribus americanas estaban en estados de civilización de todo punto diversos; unas tenían sistemas políticos y religiosos completos, gerarquías poderosas; otras estaban entregadas á las más abyectas pasiones del animal, y no obedecían sino á los instintos más groseros. Los compañeros de Cortés hallaban en toda la América Central, en medio de bosques por los cuales no se podía andar muchas veces sino con el hacha en la mano, estatuas, columnas, templos, ciudades y palacios abandonados, ruinas gigantescas, testigos de una civilización que antes de la conquista española había tenido tiempo de florecer y de morir.

Méjico, como las provincias de la América Central, llevaba ya sufridas varias invasiones cuando llegaron á él los españoles; allí, como en el viejo mundo, las invasiones procedían del Norte; formaban capas sucesivas de poblaciones parecidas á los lechos que las corrientes marítimas depositan. Las obras del hombre, ha dicho Lyell, son como cosas de ayer si las comparamos á los efectos físicos que sucesivamente han formado los valles y las montañas, los ríos y los lagos de nuestro planeta. Razas olvidadas han pasado por el suelo americano sin dejar de su paso otras huellas que ruinas, oteros, sílex, objetos de barro. ¿Podemos decir cuáles eran esas razas aborígenes? No, porque quizá había algunas otras anteriores á esas de que hallamos algunas huellas.

«¿Quiénes eran, dice M. Nadaillac, los primeros habitantes de la América? ¿De dónde venían? ¿Qué emigraciones los trajeron? ¿Qué desastres los habían aniquilado? ¿Por qué camino penetraron en estas tierras desconocidas? ¿Debemos admitir centros diferentes de creación y los primeros americanos han nacido en la misma tierra de América? La evolución, la selección, estos principios que parecen tan ciertos á la escuela moderna, ¿han podido producir á orillas del Atlántico y del Pacífico un hombre semejante al europeo y al asiático, semejante por su armazón huesosa y por su desarrollo intelectual? Problemas inmensos que es preciso sentar, problemas terribles, porque interesan á la vez el pasado y el porvenir de la humanidad.»

Parece que lo que ha dado en llamarse lucha por la existencia, empieza en condiciones casi semejantes en ambos lados del Atlántico; en ambos ha vivido el hombre primitivo en medio de la fauna llamada cuaternaria, fauna que hoy nos es perfectamente conocida. Los primeros americanos tuvieron por enemigo y por presa el mastodonte, el megaterio, el mylodon, el megalonyx, el elefante, el jaguar, un oso más temible que el oso de las cavernas de Europa.

La época llamada glacial ha dejado muchos vestigios en el Canadá y en la América del Norte; hay que desconfiar un poco de la interpretación de ciertos fenómenos hecha en el momento en que Agassiz—si se me permite una frase familiar—había puesto en moda los ventisqueros; en todas partes se veían entonces huellas de su acción corrosiva, y de aquí que se hayan confundido algunos fenómenos puramente diluvianos con fenómenos glaciales. Sin embargo, hay lugar de admitir que estos últimos representasen importante papel en vastas regiones de América; el hombre pudo sobrevivir á los grandes frios, del mismo modo que pudo triunfar de los animales feroces con miserables armas de piedra cortante.

Mr. Lund ha hecho ricos descubrimientos en las cavernas de la América meridional; en ellas ha encontrado osamentas humanas, mezcladas á los restos de cuarenta y cuatro especies de animales extinguidos, entre los cuales había monos de enorme estatura. M. Lund, que ha consagrado su vida al estudio de la fauna fósil del Brasil, considera al hombre americano como estremadamente antiguo. «La habitabilidad de la América meridional, dice, se estiende, no solamente más allá del descubrimiento de esta parte del mundo, sino muy lejos en el tiempo histórico, y según toda probabilidad antes de éste, quizá hasta el tiempo geológico, puesto que algunas especies de animales parecen haber desaparecido de las actuales esferas de la creación desde la aparición del hombre en este hemisferio.»

M. Albert Gandry admite las conclusiones del sábio dinamarcés; pero distingue juiciosamente en la caverna de Samidour dos terrenos cuaternarios: el más profundo que encierra las osamentas de animales extinguidos y que corresponde á la edad del mammoth; la más reciente, donde se encuentran las osamentas humanas y que corresponde á lo que llamamos nosotros la edad del reino. Con frecuencia se han confundido estos dos terrenos en las cavernas, pero hoy los geólogos saben que en estos yacimientos excepcionales de fósiles debe prestarse particular atención á la disposición y profundidad de las capas.

En la colonia francesa de Guyana se han encontrado hachas de piedra pulimentada, vasijas de barro primitivas y flechas en las orillas del Plata y en Patagonia. M. Seguin ha descubierto en la provincia de Buenos-Aires, á orillas del río Carcanaro, osamentas de animales extinguidos, oso, equídeo, mastodonte, megaterio, con osamentas humanas. M. Ameghino ha encontrado también restos del hombre á veinte leguas de Buenos-Aires, cerca de Mercedes; las osamentas humanas, acompañadas de carbon de madera, tierra cocida, puntas de flechas, cinceles y cuchillos de sílex, andaban mezcladas á osamentas de animales desaparecidos que tenían estrías é incisiones que M. Ameghino cree hechas por la mano del hombre.

Los mamíferos que este sábio reconoció como habiendo vivido con el hombre, son: el canis cullridease, el hydrocarus sulcidense, el reithrodon, el roxodon platensis, un caballo, un anchenis, un ciervo, el mylodon robustus, el panochetus tuberculatus, el glyptodon reticulatus, el glyptodon typus. El glyptodon, como se sabe, es un tapir gigantesco que tiene el lomo cubierto con una concha; esta concha puede tener hasta dos metros de largo y metro y medio de ancho. M. Ameghino supone que en la soledad de las pampas, en esas llanuras inmensas que no tienen un árbol ni una roca, las conchas de los glyptodones podían servir de techo y abrigo al hombre primitivo de la América del Sur.

Las interpretaciones de M. Ameghino han sido muy discutidas, particularmente en lo que concierne á las osamentas estriadas y hendidas; la cuestión de la edad de las pampas es incierta todavía. Darwin las considera de formación reciente; M. Ameghino las mira como pliocenas. Es probable que haya en ellas terrenos diversos, y entre ellos algunos muy recientes; así, pues, debemos acoger con cierta reserva algunas conclusiones de M. Ameghino.

Con más reserva todavía debe recibirse el anuncio de muchos descubrimientos hechos en la América del Norte: la mayor parte del tiempo estos descubrimientos han sido hechos por gentes poco familiarizadas con los principios y clasificaciones de la ciencia geológica, y que no se han preocupado mucho de estudiar todos los detalles de los yacimientos de restos humanos ó de restos de la industria humana.

Tampoco podemos hablar de un descubrimiento que ha sido muy discutido en todas las Sociedades sabias; en 1866 M. Whitney, director de la Carta geológica de la California, anunció el descubrimiento de un cráneo humano completo, á 130 piés próximamente de profundidad en una capa de gravieros auríferos situada en la vertiente occidental de la Sierra Nevada (condado de Calaveras). Este cráneo se encontró bajo la siguiente serie de capas: 1.ª lava negra de 40 piés de espesor; 2.ª pequeña capa de gravier; 3.ª lava blanca de 30 piés de espesor; 4.ª 5 piés de gravier; 5.ª 15 piés de lava blanca; 6.ª 25 piés de gravier; 7.ª 9 piés de gravier. En unos gravieros que venían por bajo de estas capas alternadas de lava y arena que descansaban á la vez sobre un lecho de lava, fué hallado ese precioso resto como empastado en una roca arenosa en que se adherían algunos fragmentos de osamentas humanas y pequeñas conchas de agua dulce. Al lado yacían ramas de encina fosilizadas. Hoy el pozo en que se verificó este descubrimiento está lleno de agua y el yacimiento no se puede ya explorar. En toda la Sierra Nevada californiana, los gravieros auríferos son ricos en osamentas fósiles; en ellos se ven con abundancia los restos de elefantes, mastodontes, eloterium, bueyes y caballos.

M. Whitney ha hecho un estudio completísimo de esta fauna y de la flora fósil que la acompaña. En 1872 escribía á M. Desor: «Tened entendido que el cráneo de Calaveras no es un hecho aislado, sino que tengo toda una serie de casos muy auténticos en que se han encontrado en la misma posición geológica, ya restos humanos, ya objetos trabajados.»

El mundo científico esperó con ansia durante mucho tiempo la publicación de estos hechos, pero hay que creer que adelantando en su obra, M. Whitney se hizo más severo para sí mismo y para los demás. En una lectura que dió últimamente en la Universidad de Cambridge, tuvo la buena fé de decir que el cráneo de Calaveras lo encontraron unos obreros ignorantes y que ningún hombre competente logró verlo en su primitiva posición.

No ha faltado en América quien ha dicho y hasta impreso que M. Whitney había sido juguete de una mistificación en 1866. Así, pues, debemos asociarnos á las siguientes conclusiones del autor de la obra que tan ligeramente analizamos: «Sin duda el hombre primitivo ha vivido en California, y la relación de M. Whitney viene á añadir otras pruebas á las que hemos dado, en tanto que los volcanes de la Sierra Nevada estaban en plena ignición, antes de la gran extensión de los ventisqueros, antes de la formación de los valles y de los profundos barrancos, en una época en que la fauna y la flora eran en un todo diferentes de la fauna y la flora actuales; pero el mismo M. Whitney admite que si la erupción de la gran masa de materiales volcánicos empezó hácia el período plioceno, se continuó seguramente durante todo el período post-plioceno y aun durante los tiempos modernos.» El cráneo de Calaveras, cuyo valor

científico es, por otra parte, discutido, no prueba, pues, la existencia del hombre terciario en América. Si nos negamos á admitir,—dice M. Nadaillac,—por ahora la existencia del hombre en el suelo americano durante la época terciaria, es difícil desconocer el gran número de siglos que han pasado desde el tiempo en que estos hombres desconocidos vivían en medio de animales no más conocidos que ellos. En el estado actual de la ciencia prehistórica, esta es la sola conclusión posible.»

Dejemos el pretendido hombre terciario, y ocupémonos en las razas humanas, cuya existencia puede demostrarse: hallamos primero el hombre primitivo, cuyas toscas armas se han encontrado en las pampas y selvas del Norte; luego se ha hecho un gran cambio: la fauna se ha modificado, el hombre se ha modificado también. Estamos en presencia, no ya de nómadas, sino de hombres de estancia fija, y por lo tanto en presencia de una civilización naciente.

Los dinamarqueses han hallado montones considerables de restos, de detritus de toda especie, acumulados en torno á las antiguas habitaciones humanas.

Estos montones son también numerosos en toda la América. Inmensos bancos de conchas, lentas acumulaciones del hombre se extienden por las costas de Terranova, Nueva Escocia, Massachusetts, la Luisiana, Nicaragua, las Guayanas, el Brasil, la Patagonia; en las bocas del Cáucaso, en las orillas del golfo de Méjico; las «montañas de conchas» de la Tierra del Fuego, se hacen reconocer de los navegantes por el color verde más oscuro de su vegetación.

Sir Carlos Lyell ha descrito uno de estos montones en Georgia, que cubría diez acres de tierra; tenía de cinco á seis piés de profundidad; estaba enteramente formado de conchas, y en él se veían hachas, flechas de sílex, y algunos fragmentos de alfarería. No podríamos citar aquí todos los descubrimientos que en este género se han hecho; los montones están generalmente cerca de las costas, pero también se encuentran bastantes tierra adentro. En el valle del Mississipi y en los de sus afluentes, se encuentran montones formados de conchas de agua dulce.

M. White los ha visto en el Minesota, el Yora, el Illinois, el Misouri y el Indiana. M. Jeffries Wymen en la Florida. Los hombres que han formado los depósitos de este género se alimentaban de moluscos, que los mismos indios rechazan hoy, aunque no son muy escrupulosos para su alimentación. Eran caníbales. M. Jeffries Wymen, por lo ménos, ha visto mezclas de osamentas humanas y de osamentas de ciervo rotas exactamente del mismo modo, que le han dado esta convicción: todos los huesos largos estaban abiertos por las médulas.

Observación semejante ha hecho M. Mauly Hardy en la Nueva Inglaterra, y es permitido afirmar, casi con certidumbre, que la antropofagia reinaba en todo el continente; esto no tiene nada de extraño si se nota lo que dicen Herodoto, Aristóteles y Diodoro de Sicilia, de algunos pueblos de Europa. Strabon, hablando de los irlandeses, escribe: «Los irlandeses, más salvajes que los bretones, son antropófagos; cuando mueren sus padres tienen como una gran honra el comérselos.»

Debemos ahora hablar de los montículos artificiales hechos con tierra por mano del hombre con una regularidad matemática; los americanos los llaman *mosends*; son redondos, ovalados, cuadrados, á veces rectangulares ó triangulares; su altura llega á los 30 metros, su diámetro á 300. «Todos, dice M. Nadaillac, cualesquiera que sea su forma ó su extensión, presentan entre sí una notable analogía; pertenecen evidentemente á una misma raza de hombres, que sufrían las mismas influencias.» Los hay en una infinidad de valles; no se les puede confundir con las pequeñas colinas que en otras partes señalan las sepulturas.

El Ohio parece haber sido uno de los centros de donde han irradiado los constructores de estos montículos; su número es allí más considerable; no puede evaluarse en ménos de mil quinientos. En el Misouri hay también muchos *tumuli*, y en el Estado de New-York se han encontrado á millares. «La importancia de algunos trabajos, que según ingenieros competentes, exigirían muchos meses de trabajo á varios miles de obreros del día, provistos de todos los recursos de nuestra gran industria, revela una raza organizada, una gerarquía poderosa.»

«Los conos y las pirámides están encerrados en recintos; los montículos forman un plano con sus líneas de recinto, figuras geométricas regulares; algunas de estas figuras hacen pensar en campos atrincherados, en fortificaciones provistas de reductos, muros, parapetos, rodeadas de circunvalaciones. Con frecuencia estos campos se hallan en posiciones estratégicas como la confluencia de dos ríos. Los constructores de estas fortalezas pertenecían sin duda á una raza guerrera; hacen pensar en los *oppidum* de los galos.»

«No puede imaginarse nada más interesante que la descripción de estos antiguos cercados, con sus muros, sus pequeñas colinas, sus pirámides, sus templos primitivos de tierra, sus tumbas, sus moradas sepulcrales. La cremación era honrada en todas partes, y allí se encuentran pruebas numerosas de ello. En alguna de estas construcciones se ve la muestra de un arte muy primitivo; hay varias cuyo plano representa groseramente un hombre con una cabeza, dos piernas y dos bra-

zos; otras un aligador (en el valle del Mississipi); otras un mastodonte; otras un alce.»

Los hombres á quien los americanos llaman constructores de las colinas nos han dejado otras muchas muestras de un arte elemental, objetos de barro, armas, adornos. En la obra de M. Nadaillac pueden verse descripciones detalladas de estos objetos con numerosos grabados. Nosotros no insistiremos más que en un punto:

«Los primeros habitantes de América debieron ser intrépidos fumadores, á juzgar por el número de pipas que se han encontrado en todas partes donde las pesquisas han sido posibles. Ya hemos hablado de las de tierra cocida; otras están talladas en pizarra, en galapia, en el mármol del Potomac, y más amenudo en un pórfiro muy duro y muy resistente, de color rojo oscuro. Algunas son simples hornillas de forma primitiva; otras representan diversos animales: el castor, la nutria, el ciervo, el oso, el lobo, la pantera, el gato salvaje, la tortuga, la ardilla, el topo, la rana y el morso. Los pájaros son aún más numerosos; entre ellos podemos reconocer el halcón, la garza real, el pagayo, el tucán, el alcarabán.»

Estas figuras tienen á veces una expresión muy natural. Además, los constructores de pipas eran bastante civilizados para explotar las minas de cobre del lago Superior: conocían la plata, porque los minerales de esta region contienen pequeñas masas de este metal: el oro y el hierro les eran desconocidos.

También tenían conocimiento de algunos cultivos. «En resumen, durante siglos cuya duración exacta no es posible determinar en el estado actual de nuestros conocimientos, una misma raza cubría toda la vasta region comprendida entre el Mississipi y los Alegaryos, entre el Ohio al Norte y el golfo de Méjico al Sur.»

«Estas poblaciones eran numerosas á juzgar por las construcciones que nos las dan á conocer; homogéneas, porque en todas partes podemos notar los mismos ritos funerarios y religiosos; sedentarias, porque tribus nómadas no hubieran levantado semejantes templos ni semejantes fortificaciones; pastorales y agrícolas porque la caza no hubiera podido bastar á sus necesidades; estaban sometidas á jefes, porque para ejecutar los trabajos que hoy dán de ellas testimonio es indispensable una autoridad despótica; eran, en fin, comerciantes porque bajo los mismos mounds se encuentra el cobre del Lago Superior, el mica de los aleganis, la obsidiana de Méjico, las perlas y las conchas del golfo.»

¿Qué hombres eran éstos? No se puede responder claramente á esta pregunta.

Para unos, eran los abuelos de los indios actuales; otra escuela cree que han desaparecido totalmente sin dejar descendientes, y se resiste á creer que los salvajes nómadas que aún viven en la América del Norte, descienden de una raza tan poderosa y que parece haberse elevado un poco por cima de la barbarie.

M. de Nadaillac examina y discute los argumentos de ambas teorías, pero sin pronunciarse por ninguna: reserva que los inteligentes no pueden menos de aprobar.

Otra clase de observaciones debemos ahora discutir: como se sabe, en Méjico, en la América Central y en algunos Estados del Sur se encuentran á veces gargantas muy profundas en gran número de las cuales hallaron los conquistadores verdaderas aldeas y aún ciudades.

«Figurémonos, dice un viajero, un rio en seco, encajonado entre dos rocas de asperón rojo, escarpadas y sin ningun acceso, y un hombre de pié en este valle contemplando en todos los pisos las habitaciones de su semejante; tal es el espectáculo que, á cada paso, se nos ofrece.»

Estos pueblos extraños se comunicaban unos con otros por medio de escalas; retiradas éstas, gozaban de cierta seguridad.

Los valles cuyos costados tenían esta especie de columnas humanas, están hoy despoblados, porque ha cambiado la situación de las aguas; los rios se han secado, ó bien han tomado un carácter puramente torrencial, cuya razón debe sin duda buscarse en la destrucción de los bosques, cortados ó abrasados por los primeros habitantes. Algunas habitaciones que se ven en estas cortaduras de rocas escarpadas, parecen hoy completamente inaccesibles; son como nidos de águilas colocados en una grieta á inmensa altura.

«Uno de los rasgos más salientes, dice M. de Nadaillac, de la población de los pueblos, son las pinturas, las esculturas, los grabados en roca que se encuentran en el Nuevo Méjico, el Ariconá y el Colorado. Han dado nacimiento á una palabra nueva, la pictografía, palabra de que nos serviremos, si se nos permite, por más que no creamos, como ciertos arqueólogos americanos, que estos hombres pretendieron trazar así su propia historia, los combates en que habían tomado parte, sus emigraciones y sus cacerías; las figuras están en general trazadas con tal sencillez que, contemplándolas sus descendientes, no hubieran podido comprender nada de los altos hechos de sus antepasados.»

Deben verse, en la obra misma, estos groseros dibujos grabados sobre las rocas. Parece probable que los habitantes de los pueblos y los constructores de pipas, de que hemos hablado más arriba, pertenecían á la misma raza; en todo lo que nos queda de unos y otros, se vé una gran seme-

janza. Si, dejando estas razas primitivas, entramos en la América Central, hallamos una civilización más avanzada, que ya había dejado ruinas numerosas en el momento de la invasión española; esta civilización, rica en monumentos, en templos, en palacios, es casi comparable á las de Egipto, Asiria, India. Pero es debida á un pueblo sin historia, y, por decirlo así, sin nombre. No abordaremos esta parte de la obra de M. de Nadaillac, como tampoco el correspondiente al Perú, porque nos falta espacio, y, por otra parte, estaríamos más en el terreno de la arqueología que en el terreno de la prehistoria. Terminaremos por las conclusiones á que llega M. Nadaillac al fin de su obra, tan sustancial y rica en observaciones, muchas de las cuales son desconocidas en Europa.

«Hemos reunido, dice, todo lo que actualmente se conoce sobre las osamentas humanas encontradas en Europa, y que se remontan á las razas prehistóricas. ¿Qué consecuencias pueden sacarse de estos descubrimientos? ¿Qué leyes generales pueden desprenderse de ellas? Una primera conclusión se presenta naturalmente. El americano, en cuanto podemos remontarnos hácia su origen, no difiere nada de los hombres que hoy habitan las costas del Atlántico y el Pacífico. La fauna y la flora han cambiado; las condiciones climáticas y biológicas han sufrido profundas modificaciones; solo el hombre ha permanecido semejante á sí mismo, semejante por su armazón huesosa, semejante por sus costumbres y por sus afecciones patológicas. En todas partes, y siempre, ha sufrido las duras leyes de la vida, ha sostenido las mismas luchas, ha alcanzado los mismos progresos. La segunda conclusión no es ménos importante: entre el hombre del nuevo mundo y los que poblaron el antiguo continente, no existe diferencia esencial ninguna; la unidad del género humano se impone como la gran ley que domina la historia de la humanidad.»

A. VERNIER.

ESTUDIOS HERALDICOS.

BLASONES DE BADAJOZ.

Hace tiempo (1) que nos hemos fijado en las armas que ostenta el Ayuntamiento de esta ciudad, consistentes en un escudete de blason de gules, campo azul, sobre donde campea un león subiendo á una columna, envuelta á esta una banda donde está grabada la siguiente inscripción:

PLUS ULTRA.

esto es: adelante, más allá, sigue, continúa.

Nosotros, amigos siempre de las investigaciones históricas de Extremadura, por ser el país donde se meció nuestra cuna, hemos querido conocer las razones que hubo en otro tiempo para señalar con tal alegoría las Armas ó Blasones de Badajoz; y hémos aquí que no encontramos suficientemente justificadas con la historia, las que hoy ostenta el Ayuntamiento de la ciudad ya citada.

Deberemos ante todo comprobar aquí esta afirmación, con las razones que sobre el particular nos ofrecen las crónicas, para no llevar las dudas á nuestros eruditos, ni martirizar la memoria de nuestros anticuarios. Por documentos auténticos, que hemos visto, pertenecientes al archivo de la catedral Pacense, y por algunos escudos de la ciudad antigua, se observa un blason donde está grabado un cuerno lleno de productos del país, inclinado hácia la izquierda en acción á deramarse, y por cima esta inscripción, bajo una corona goda:

C. PAX AUGUSTÆ.

y bien que en otros hemos visto la misma alegoría, aunque variada la inscripción por esta otra:

CIVITA PACENSE.

Todo esto nos hace inclinar á la opinión de que las armas de Badajoz, desde tiempo inmemorial, fueron estas que indicamos, expresando la alegoría del cuerno de la abundancia la fecundidad de su campiña; el lema, el nombre de la ciudad; y la corona, el título del que la gobernaba desde los tiempos de Recaredo II, en el año de 620.

Y justificada, en parte, esta opinión en un documento que hemos visto perteneciente al décimo de los obispos de Badajoz, el cual vivía, según su firma, que se encuentra en el archivo de la catedral de Toledo (2), en el año de 649, cuando reinaba Recesvinto, y el prelado se llama por antonomasia:

TEODOREDUM DIC ET APOST. SEDIS G. EPISCOPUS PACENSE.

cuyo lema, á excepción del nombre del prelado, que, como era consiguiente, cada uno usó del suyo, ha seguido adoptándose hasta los de hoy, que

(1) En *Los Sucesos*, diario ilustrado que se publicaba en Madrid, en 1868, bajo la dirección del Sr. Fernandez de los Rios, y en cuya publicación relectamos por largo tiempo, publicamos, en el número del 14 de Enero del año indicado un artículo tratando esta misma cuestión que hoy va á ocuparnos de nuevo.

(2) Teodoro, décimo obispo de Badajoz, debía haber asistido al séptimo Concilio de Toledo, pero encontrándose enfermo á la sazón delegó en el presbítero Constantino.

lo rodean á un escudo heráldico de las armas del obispado, el cual presenta, bajo de un sombrero pastoril, emblema de toda autoridad mitrada siempre que de él penden seis borlas, un escudete con una cruz por cabeza, entre báculo y mitra (á derecha aquél y á izquierda éste), y cuatro cuarteles: en el primero aparece un cordero, símbolo de San Juan Bautista, á quien está consagrada la catedral del obispado; en el segundo una estrella; en el tercero un áncora; y en el cuarto una cruz, como la de los templarios, leyéndose en los ángulos verticales y en la lateral de abajo el siguiente lema ó mote:

Lucerna ejus est agnus.

Hasta ahora nada hay que se refiera directamente á las actuales *armas de Badajoz*; pero entremos por partes, y allá llegaremos. Todos los blasones á que más arriba hacemos referencia, ya se comprende que son de la época goda y visigoda; pero en la invasión de los árabes, ó en la dominación musulmana, parece que todo se pierde, y ni Conde, ni Razis, ni los demás autores que escriben de la corte de los Sabures, de los Aplitasidas, de los Beni-Aphthás y de los otros monarcas que reinaron en Badajoz, cabeza desde el siglo XI hasta el XIII de la *Lusitania y del Algarbe*, nos hablan de las armas que se señalaban á esta ciudad, de modo, que de la época antigua sólo conocemos los blasones godos. Punto es este muy oscuro para todos, y por lo mismo, de estimar sería que plumas más autorizadas que la nuestra se detuvieran á esclarecer estas noticias históricas, tan importantes para los anales de Extremadura.

Por lo que hace á las *armas de Badajoz*, desde el siglo XIII, ya es otra cosa: Rodrigo Mendez en su *Geografía*; Antonio de Moya en sus *Armas y Blasones*, y Madoz en su *Diccionario*, todos están conformes en que consiste en un escudo, campo azul, con dos columnas, sostenidas de dos leones coronados, y una orla envuelta á las columnas con el lema siguiente:

Non Plus Ultra.

esto es: no más, hasta aquí, etc.

Rodrigo Dosma, autor para nosotros de mayor fé que los otros citados, dice en sus *Discursos Patrios*, que Badajoz usó por armas antiguamente un león coronado, y en el reverso una ciudad encastillada sobre hondas. Comprobó el cronista con el sello de una donación hecha á la catedral en 28 de Mayo de 1255, de la villa de Campo-Mayor, en Portugal, y otras que se conservan en el archivo de aquella iglesia, cuyo cabildo, según Gil Gonzalez Dávila, en su *Teatro Eclesiástico de la iglesia y ciudad de Badajoz*, tiene por armas el cordero de San Juan y una venera debajo por devoción á Santiago; y á un lado un león rampante, y al otro lado un castillo, armas de la ciudad.

Y cuando uno y otro autor citan estas armas, como las antiguas, señal que en sus tiempos las habían sustituido por las que mencionan Rodrigo Mendez y Madoz, ó por las que en la actualidad se conocen, aunque nos parece más natural lo primero, esto es, las del escudo, campo azul, con dos columnas sostenidas de dos leones coronados, y una orla envuelta á las columnas con el lema indicado de:

NON PLUS ULTRA.

Y ahora nos es preciso hacer alguna consideración sobre lo que en sí representa esta alegoría emblemática. Todos saben, que en la imagen de la columna, señalaban los antiguos mitológicos el fin ó término de las tierras que poseían. Así lo hizo Hércules con las que fijó en Cádiz, como significando no había más tierra en la Península por conquistar.

Cuando más tarde hizo división Augusto César en España de los términos de su conquista, dió á Ciudad-Rodrigo las columnas (que aun hoy mismo conserva por blason), porque allí señaló los límites de las provincias que reservaba á su dominio. Y la misma causa y razón hubo trece siglos después, en don Alfonso IX de Leon, para conceder á Badajoz las que le señaló en su privilegio, y que son á las que nos referimos más arriba. Y decimos que hubo en el rey don Alfonso las mismas razones que en Augusto, porque siendo Badajoz el término y fin de los dominios de España, no se podía declarar con otra alegoría más propia y puesta en razón la posición geográfica de Badajoz, tanto en ser la parte más extrema del dominio del rey de Leon, cuanto por ser su fin, puesto que lindaba con el reino de Portugal y así que á Badajoz se le debió guardar las armas de don Alfonso, que son las que le corresponden, por conservar el espíritu de la verdad histórica, y no las que tiene hoy, que expresan un sentido enteramente contradictorio (1).

Ahora bien; estando este punto tan claro y preciso, estando tan á la letra de las crónicas, ¿cómo es que le encontramos adulterado? y permítasenos la frase. ¿Es por ventura el ayuntamiento árbitro para mudar las armas de una ciudad? Y en este caso, ¿puede hacerse esto sin razones suficientes?

(1) No es el primero á quien hemos oído exponer que tal vez Felipe II, al ensanchar sus dominios hasta Lisboa, impondría el cambio de las antiguas armas ó blasones, trocando el *Non plus ultra* dado por Don Alfonso IX, por el *Ultra plus* que hoy tiene. Pero el hecho no puede aceptarse, primero porque no está en lo posible, y segundo porque siendo esto de fecha tan moderna, se conservaría la disposición régia en los libros y crónicas de aquellos tiempos.

mente fundadas, que expliquen los inconvenientes de las unas, y lo legal ó lo necesario de las otras? (1)

A nuestro humilde entender, no hay lugar para esto, pues que Badajoz está lo mismo que en tiempos de su reconquista por el rey Don Alfonso de Leon; y de aquí deducimos que el ayuntamiento ha autorizado un abuso, con menosprecio de la historia, faltando á las tradiciones pasadas, y lo que es más doloroso, olvidando hasta los fueros que á esta ciudad le diera en su reconquista el noveno Alfonso de Leon.

Nada justifica esta falta histórica, que debió ser admitida de muy antiguo porque todavía existe en pie un edificio de la segunda mitad del siglo XVI, y perfectamente conservado, donde lucen las armas de Badajoz tal como las admite en la actualidad el Ayuntamiento: es el edificio de la antigua parroquia de San Lorenzo, construido en el siglo XIII y consagrado por el obispo Fray Pedro Perez al apóstol Santiago, y sobre el cual se construyó, en principios de la segunda mitad del siglo XVI, el hospital y la ermita de San Salvador (2), como igualmente la espadaña de la torre románica hoy conocida por la del reloj, donde estuvo la histórica campana llamada de *Espanta-perros*, fundida en principios del siglo XVI con el material de la que trajera á Badajoz el obispo Perez, cuando conquistó esta ciudad á los moros el IX Alfonso.

En 1552 se hizo la puerta de Mérida, que estaba frente á la *Galera* y la carretera desde Badajoz á aquella ciudad, como lo expresa la inscripción que está sobre la portada del hospital del Salvador, bajo las armas de la ciudad y en lo que puede leerse de ella dice:

ESTE CAM.....
SE HIZO EN EL AÑO D.....

Sobre el pórtico interior de este edificio, como en los dos del piso bajo del mismo, que están á la izquierda, está escrita la fecha de 1552.

En este templo-hospital, hoy abandonado, y cuya puerta principal, que dá á la *Galera*, está perfectamente conservada como hemos dicho ya, el curioso puede ver sobre el frontis de la portada las armas actuales de Badajoz, sin que exista en toda la ciudad ningún otro escudo, ni edificio antiguo que nos muestre el primitivo escudo con las armas tal como las concedió el rey Don Alfonso IX de Leon, en su privilegio del año 1232.

Acaso existiese este escudo en el arco triunfal que había á la salida del puente de las Palmas, antes de las obras que para su reedificación hicieron en el mismo, en tiempos de Felipe II, ó en una puerta pequeña que está en los muros viejos de las bajadas del castillo, junto á Guadiana; porque esta puerta es de la época del emperador Carlos V, y en la inscripción que sobre la misma se encuentra, se dice que el escudo de armas que había más arriba era el de la ciudad. A no haberse destruido este muro, se debe tal vez no conservar hoy un testimonio vivo de las armas dadas á la ciudad por el rey Don Alfonso IX de Leon.

Terminamos estas líneas manifestando que no se explica el cambio de escudo ó armas que ha hecho este Ayuntamiento (3) siendo esto más sensible en la actualidad en que pertenecen á su cuerpo municipal personas muy autorizadas en las letras y en la historia patria.

Llamamos, pues, sobre todo ello la atención de la Comisión provincial de Monumentos y de la ilustre Academia de la Historia (4), para que sus

(1) En *El Averiguador*, semanario de eruditos y anticuarios que se publicaba en 1868, al núm. 3, del 19 de Enero, pueden verse las preguntas que hicimos sobre este particular, preguntas á las que nos contestaron dos curiosos, sin resolver nuestras dudas. Véase el núm. 6, de la indicada revista, correspondiente al 9 de Febrero y el 8 de 23 del mismo mes.

(2) La parroquia de San Lorenzo se edificó más tarde en un modesto templo destruido después en el siglo XVIII para levantar en su área el convento de San Agustín, en la calle del mismo nombre.

(3) En 12 de Diciembre de 1867 elevamos una Memoria al excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz, exponiendo la razón histórica que teníamos para que dicha corporación abriera un informe á fin de esclarecer todos los antecedentes sobre el particular y deliberase después si procedía ó no restablecer las antiguas armas ó blasones, y esta es la fecha que á pesar de los 16 años que han transcurrido desde entonces, no he podido averiguar qué acuerdo recayó sobre mi escrito, ni aun si mereció éste los honores de ser leído en la sesión, como procedía y era justo.

(4) Acudimos entonces á la Real Academia de la Historia, dándole noticias de las dudas que abrigábamos sobre la autenticidad de las armas de Badajoz, y pidiéndola su valioso concurso para ante el ayuntamiento de Badajoz y aquella docta corporación, que, después de ser sabia, sabe ser cortés, y, por consiguiente, bien educada, nos hizo el honor de contestar en los términos siguientes:

«La Real Academia de la Historia recibió á su tiempo con sumo aprecio las noticias comunicadas por V. S. en sus oficios del 5 de Noviembre y 12 de Diciembre del año último, acerca de las antigüedades descubiertas en el Valle de Santa Ana, cerca de Jerez de los Caballeros, y acerca del escudo de armas de esa ciudad (Badajoz), y acordó pasarlo á informe de la comisión de antigüedades. Conformándose ahora con lo informado por dicha comisión, ha acordado que se den á V. S., según lo ejecuto, las más expresivas gracias por su celo y noticias, que tomará muy en cuenta la Academia para la ilustración de la historia de Ex-

sábios individuos hagan comprender á quien corresponda el abuso cometido, por ignorancia tal vez, al usar Badajoz de unas armas que no son las de la ciudad, y dando lugar con esto á que mañana ocurran dudas, que hoy se pueden aclarar y otro día quizás no sea fácil.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

FRASES.

El hombre es un viajero depié sobre una roca: pone su mano sobre su corazón, su mirada en las tinieblas y su pensamiento en el Altísimo, y enciende, con la mística fé de una conciencia tranquila, una luz que penetra en el brumoso horizonte de un mar ilimitado y lúgubre: aquella luz es una oración profundamente sentida por un espíritu humilde, y que se eleva como el perfume misterioso de unas lágrimas santificadas por el silencio.

El trabajo es el secreto de la desgracia.

La mujer es la pasión, y la pasión es la vida de la sociedad.

Una prosperidad inútil es un vacío en que no cabe un sentimiento.

El placer es con frecuencia un halago que nos olvida en un abismo.

La indiferencia es el secreto de la pasión.

El amor de los hombres tiene cierta semejanza con el amor de los pueblos: está siempre armado.

La vida del que duda es un torrente detenido en su nacimiento por un soplo sombrío y helado.

Vale más la tristeza de la resignación que la alegría de un placer miserable.

Un pálido rayo de luz desprendido del foco donde nació, una flor aislada y mística que, dando al polvo sus hojas, llora la pérdida de un cielo transparente, de un aire puro y del rocío de la mañana; tal es el dolor de un alma joven.

Hay que decir á los pueblos que quieren ser libres que la ley de la fraternidad resulta de la ley del trabajo.

Para el amor propio no hay pasiones baladíes: el orgullo sueña y delira, y á veces en sus delirios pesa más la sonrisa de una mujer que las ruinas de un imperio.

La fé de los grandes espíritus es como la serenidad de la conciencia: se comunica á todo.

El pensamiento está oculto en la oscuridad de su dolor, como la luz en la bruma: sus rayos ya no se confunden con la claridad que nace en los cielos, despierta á las aves, reverbera en los arroyos y se dilata en los flancos de las colinas cubiertas de nieve: hay tristeza en las cumbres, en los valles, en el horizonte y en el alma. La vida, cargada de sombras, parece un silencioso arroyo detenido en un cauce sombrío.

El amor y la virtud: dos auroras que nacen de un corazón, se confunden un momento en una cuna, se condensan en los ojos de un niño y se dilatan en un cielo, en un horizonte, en una esperanza, en una sonrisa, en la madre.

La verdadera vida es una lucha: quien trabaja en ella, padece. El dolor es un deber.

Un gran espíritu es un cielo abierto á todos los amores, á todas las lágrimas y á todas las sombras; sus alegrías piensan, sus tristezas tienen la magnífica serenidad del sacrificio aceptado con resignación, su dolor es la burla, su indignación es el dolor de la virtud, su pensamiento es una sonrisa y su sonrisa es un pensamiento. ¡Ay! Su vida es una oración y una lágrima; la oración es de Dios, la lágrima... ¿qué será de ella?

La verdadera emoción es un poema: es rápida, inesperada, inolvidable, y tiene la profundidad de la ironía, la fé del amor, la tristeza de la carcajada de un loco y la movilidad aparente de las pasiones vigorosas.

La justicia es la ley de todos los actos del ciuda-

tremadura, y que se le diga al mismo tiempo que no corresponde al instituto de este cuerpo literario censurar los actos de las autoridades ó de los particulares relativos al uso del blason.

»Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 31 de Marzo de 1868.—Pedro Sabau, secretario.—«Señor D. Nicolás Díaz y Perez.»

dano. Me rio de los patriotas imbéciles. El amor á la patria es un deber, pero no será jamás un egoísmo. La humanidad tiene también sus derechos.

La vida es una soledad. En esa soledad no hay más que sueños. Entre la luz y la tierra se forma la nube; entre la nube y el sol no hay más que luz, es decir, un vacío. Entre la dicha y el hombre vagan, se mueven, crecen y lloran los hombres, es decir, las nubes; entre los hombres y Dios está la tumba... ¡Oscuridad insaciable y sin límite!

El placer es como el crepúsculo de un día de invierno, corto y sombrío.

La duda es un ideal. En ciertos momentos un ideal me parece una duda. ¡Triste inconstancia! El espíritu humano es juguete de una contradicción.

Poeta: sé hombre con el hombre: la caridad y las lágrimas no te degradan. Justo es que el ave interrumpa su canto y se detenga para decir á la larva escondida en el caliz de una flor: ¡Ese no es tu puesto!

El dolor da voz á la sombra, cuando deseamos que todo enmudezca.

El hombre oculta sus dudas en una palabra, en una sonrisa ó en la noche, y llora en secreto. No llora en una orgía, en medio del ruido, en la luz, porque sus lágrimas son estériles. ¡Horrible destino!

El trabajo es la ley de la felicidad.

Arbol que crecías y levantabas tus ramas, doradas por la luz de la aurora, sobre un monte vestido de verdura y de suavísimos rayos y fecundado por lluvias primaverales: el viento del desierto sepultó entre cenizas tus hojas, tus flores y tus nidos. Viajero que hundes tus pies en el polvo: tú también caerás en la sombra, como el árbol cuyas trémulas ramas agitábase á impulsos de favorables vientos.

El corazón es un vacío cargado de deseos.

Hay negaciones que hacen creer.

El sentimiento de algunas almas, es una melodía perdida, la queja de un ave que se muere en un desierto, una lágrima en la soledad, la duda pensadora y terrible de un dolor desconocido. Dios: ¡qué motivo para reír!

Todo desaparece con una esperanza.

Hay algo divino en la mujer que dice: No tengo más que un sentimiento.

Felicidad y poder: hé ahí dos dolores. Esta idea es una prueba.

Mi mejor amigo sería el que me hiciera sentir la nada en el amor, el vacío en la esperanza, la muerte al lado de la estupidez. ¡Ah! Sentirlo, verlo, abarcarlo todo, y no encontrar una lágrima de ternura... ¿A quién pertenecemos?

Aquí en la tierra, la humanidad debe ser la fé del talento.

El hombre es el deber.

La desesperación es una tempestad que solo relampaguea en los espacios del egoísmo.

Las grandes almas viven en lo desconocido, en la duda, próximas al sepulcro: lloran, pero no temen.

El poeta deslumbrado por las grandezas humanas es un ave que vuela en la oscuridad; pero sus extravíos tienen tanto amor y tanto sentimiento, que Dios le ofrece su misericordia y su luz cuando los hombres le desprecian.

La familia es una sociedad fundada en el egoísmo.

Esta idea no se discute: se siente. No faltará una madre que diga pensando en mí: ¡Profanación, extravagancia, mentira. Pero una sola madre, un solo amor excesivo, un solo pensamiento humano, ¡ah! no es el pensamiento y el amor de todos. Un rayo de luz en una noche, un astro en una inmensidad tenebrosa, una débil esperanza en un mar de tristezas... Madres deshonradas; hijos inocentes ó necios; padre que abandona al ángel que duerme en la cuna con la luz del cielo en la frente y la sonrisa de la inocencia en los labios; monstruosas creaciones del mal: vosotros no direis con el autor de estas páginas. ¡La familia es una mentira! No lo direis. La hipocresía mata con

un beso, y se ríe de la virtud después de haberla saludado con esta frase sublime: ¡La paz sea contigo!

El juicio de la historia no debe significar el conocimiento de problemas, ruinas y sucesos casi olvidados, sino una enseñanza para el porvenir, una luz para el tiempo futuro, una serena previsión de lo que puede sobrevenir mañana si la aurora de la libertad no se levanta sobre el polvo que pisaron generaciones sometidas a la esclavitud y a la barbarie.

La humildad es la poesía del infinito.

La ilusión es el esfuerzo supremo del sentimiento.

La vida es la triste vanidad de una esperanza inconstante.

La indiferencia, como ciertas pasiones, no tiene cura: el amor es la última fe: perder esa fe significa sentir la vanidad de todo, hasta la del dolor.

La felicidad es un misterio que nos fatiga.

La ternura del hombre nace de los labios: es la promesa de un tonto, aceptada con una sonrisa y olvidada en un bostezo.

La religión es una conveniencia política.

Un genio desconocido es la libertad del dolor.

La desgracia es la luz que alumbra los tesoros de la vida cuando no podemos verlos.

El espíritu humano lucha y pierde su soberbia en la poesía y en el amor. ¿Por qué sois débiles? Esta pregunta solo puede ser oída por los necios. La emoción es un esfuerzo sublime.

En los sueños del entusiasmo se ocultan hombres, pasiones y miserias: horrible lucha invisible, seres cubiertos de polvo, aparato escénico desconocido por el que tiende sus alas en la región del pensamiento. La ambición vulgar es una sorpresa, un trono salpicado de barro: poner un pie sobre la primera grada de ese trono es concentrarse en la vanidad, es llevar un mal verdadero a los hechos y pedir a las ideas lo que pedimos al mundo, una falsa virtud ó un poco de egoísmo.

La admiración es la debilidad de la ignorancia y la fuerza de la humildad: los aplausos concedidos a un volatín no deben confundirse con las lágrimas de un poeta.

El error es la fuerza de las pasiones inconscientes.

El mundo pide al hombre vanidades y palabras: el hombre concede, hace reír, y la sociedad olvida. ¿Qué pide esta sociedad al genio que viene a ennoblecerla? Un dolor inmenso. Pues bien: el genio llora, y el mundo dobla la rodilla en presencia del infinito.

La vida no tiene otro mérito que el de un drama bien desempeñado.

El corazón humano es una gran vanidad.

La pasión de la mujer es la poesía de todos los sentimientos.

El alma sin amor seméjase a un astro cuya luz palidece en el fondo de pesada nube. El odio es un vacío. El amor es una esperanza. La ternura de una mujer es el sueño de quien se agita llorando en las tinieblas. Soñad, amad, y seréis virtuosos. La virtud es la calma de un corazón que está muy cerca del infinito. El amor es el espíritu sobre el polvo, el hombre sobre la naturaleza, la claridad dilatándose en la sombra. La vida sin esa claridad es como una noche de invierno, larga y oscura.

Los ojos condenan ó adoran antes de que el alma juzgue.

El genio, como el hombre, tiene una infancia débil.

El corazón olvidado en el dolor se recrea en la sublime armonía de sus sentimientos y en su infinita soledad, como el pájaro que canta de noche y aspira el perfume de flores invisibles.

A veces las meditaciones de la juventud mueren en un gesto, en una mirada, ó en una sonrisa. Parecen sueños que salen de lo desconocido para decir a un alma que duda: ¡Piensa en tu vanidad!

Nuestra tristeza seméjase a la nube que se dilata sobre la cima de las montañas, detiene la luz de los cielos y arroja su sombra sobre las flores del valle.

La vida no es una prueba, sino el dolor de la vanidad.

La resignación es la fuerza de la virtud.

Un sentimiento demasiado profundo es un convaliente.

El arte es la naturaleza condensada en un alma.

Un hombre que no sabe llorar, ¿qué es?... Una joya que sólo brilla en la luz.

El que piensa puede serlo todo: que el pensamiento es acción.

La envidia es el pedestal del genio.

La inmortalidad es la ilusión de la tristeza.

Un carácter bello es la poesía del corazón.

Francamente, la vida es un dolor que me hace reír.

¿La virtud es juguete de la ignorancia? ¿El bien es un sueño? ¿El hombre puede amar la belleza? Meditad á solas con el deber; no deis reposo á las inspiraciones del dolor; soñad: el que sueña, piensa; sentid: el sentimiento desconoce la duda... ¿Qué veis? ¿Hay divinas claridades en vuestras pasiones? ¿Hay luz en las almas? ¡Misterio, impotencia, delirio! La sabiduría es la vanidad de la locura.

En el cielo del arte debe haber tempestades y armonías, auroras y rayos, ó por mejor decir, génius atletas y génius niños: los primeros golpean sobre el hierro de la servidumbre, llevan la inquietud al crimen y rompen coronas de laurel sobre la frente de Calígula; los segundos viven en la luz, en el amor, como los pájaros de la mañana en la serenidad de la naturaleza, cantando en sus nidos y en las alturas de los cielos.

El dolor de un imbecil es una gran hipocresía. El verdadero dolor es una virginidad.

Risa, felicidad, placer, esperanza... ¡Qué tristezas!

La ilusión es un cálculo fundado en lo desconocido: es decir, ¡somos esclavos de una mentira!

El amor es lo infinito del sentimiento y la inteligencia convertida en piedad.

Una mujer hermosa es la poesía del orgullo: se ríe y no piensa, vive y no llora, tiene corazón y no ama.

La inocencia es un error.

La infancia del corazón y la vejez del pensamiento se comprenden. La luz que se extingue y la luz de la aurora se confunden en un cielo: separad en ese cielo, si podéis, la luz del crepúsculo de la claridad de la mañana, la triste mirada del anciano de la sonrisa del ángel.

El amor es el talento del corazón.

El genio sueña en el infinito, y en la aurora de su vida siente una bondad inmensa; pero desconoce su poder.

A veces la virtud me parece una vanidad ennoblecida por la buena fe de la ignorancia.

La gloria es el fruto del dolor.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

BIBLIOGRAFÍA.

CONSTANTINOPLE, por Edmundo Amicis.

Edmundo Amicis es un viajero infatigable que posee y lleva a la perfección el arte de viajar para luego encantar al mundo con la relación circunstanciada de sus viajes. Solo el que a la vuelta de una peregrinación ha intentado poner en orden sus Memorias y verterlas al papel, y cien y cien veces ha vacilado y por fin ha retrocedido ante la magnitud del empeño; solo el que llegado este momento ha arrojado lejos de sí la inútil pluma impotente para expresar las sensaciones diversas que durante el viaje hirieron su espíritu y halagaron su corazón; sólo ese puede conocer el arte ver-

dadero, el arte exquisito, el mérito indisputable que tienen esas relaciones de viajes cuando de tal modo están hechas que abstraen al lector de todo cuanto le rodea; elevan su espíritu a regiones más puras, lejos de la viciada atmósfera en que vive, y le llevan como en sosegado vuelo por todos los lugares recorridos, mostrándole la nota saliente de cada paisaje, el punto culminante de cada montaña, el rasgo característico de cada pueblo; haciendo que la ilusión se parezca de tal modo a la realidad que al cerrar el maravilloso libro quede el lector como si, en efecto, acabase de hacer el viaje llevado de la mano por el autor que á modo de entendido *cicerone* le ha acompañado en su fantástica carrera.

En este arte llega Edmundo Amicis hasta donde quizás pocos viajeros, aun los más ilustres, han llegado. Hay muchos, cuyos nombres son célebres, que han viajado también y también han escrito sus impresiones al volver; pero llevaron al viaje sus preocupaciones sobre un país, sus prejuicios sobre unas costumbres, y vieron uno y otras á través de prisma tan engañoso, así que, aunque encanten sus descripciones, por más que sean interesantes y estén llenas de poesía, pasado el primer momento, el que las lee deja sonriendo el libro, y alabando como se merece el mérito y las galas del autor, no puede menos de censurar su falta de exactitud. En este caso el lector no ha viajado, no se ha unido en espíritu al viajero; más sereno, más juicioso que él, comprende que muchas cosas de las descritas las hubiese visto de otro modo, conoce quizá algunas de ellas, y por la falta de verdad que en la descripción encuentra, deduce fácilmente la falta de verdad que habrá en las que son para él desconocidas.

Ha leído una novela más ó menos interesante, una serie de cuadros más ó menos impregnados de poesía, pero no es aquel el interés de la vida ni es aquella la poesía de la verdad. Las ciudades que, como en variado miraje han pasado por delante de sus ojos recreando su fantasía durante la lectura, se han desvanecido ya como nieblas heridas por un rayo de sol ó arrastradas por un soplo de viento, como creación, al fin, de la potencia imaginativa de un poeta; los hombres que ha visto en su místico arrobamiento, no son hombres, sino maniqués, autómatas, que se movían á un lado y otro, haciendo, no lo que harían si fueran libres, sino lo que quiere que hagan el diestro artífice que los mueve á voluntad; las cosas que en el primer momento le parecieron llenas de luz, y vida y calor, yacen ahora descoloridas como un vistoso traje de payaso en otro tiempo, que á la luz de cien bujías parecía vestido maravilloso, tejido por las hadas, y á la luz del día no disimula los toscos remiendos, los viejos retazos de que en todas sus partes se compone.

Por eso tienen tanto mérito los viajeros de buena fe que observan, juzgan y copian sin *parti pris* lo que han visto, sacrificándolo todo á la exactitud y la verdad, sin las cuales no hay eterna poesía; por eso Edmundo Amicis es hoy el autor de viajes más leído de toda Europa.

Sus descripciones, palpitantes de realidad, conmueven y deleitan; sentimos como él ha sentido; vemos como él ha visto, y luego, cuando la ilusión pasa, vemos que hemos sentido, que hemos visto tal como se debe sentir y ver, porque, en efecto, así son, como él nos dice y nos figuramos, los hombres y las cosas de esos países que juntos hemos recorrido. Con él hemos visitado Londres, París, Holanda, España, Marruecos; con él vamos á visitar Constantinopla, la ciudad sagrada del Bósforo, la sultana dormida á los rayos del sol naciente, recostada como en blandos cojines en la tersa superficie del mar que la arrulla con el eterno canto de sus olas y que copia en su seno sus elegantes minaretes, sus altas torres y sus mezquitas sagradas.

La descripción que hace Amicis de Constantinopla es como todas las suyas, elegante, exacta; no se parece á ninguna otra descripción que podamos haber leído. Su estilo es verdaderamente encantador, y la sencillez no es el menor de sus encantos. Dotado de un admirable golpe de vista ve enseguida y nos pinta en cuatro rasgos un paisaje risueño; nos presenta la ciudad de Oriente de un modo tal, con colores tan vivos nos pinta su belleza, que creemos asistir al prodigioso espectáculo, y allí, delante de nosotros, mal envuelta en la bruma de la mañana que como mágica túnica la cubria y se desvanecía para mejor mostrarnos su hermosura, vemos aparecer el Cuerno de Oro, Galata á la derecha y la soberbia Stambul á la izquierda, apoyada sobre sus extensas lomas, cada una de las cuales sustenta la pesadumbre de gigantescas mezquitas con cúpulas de plomo y agujas de oro.

«Una magestad infinitamente serena y difusa sobre toda aquella belleza; un no sé qué de juvenil y de amoroso que despierta mil recuerdos de cuentos de hadas y de sueños primaverales; algo de aéreo, de misterioso y de grande que arrebatara la fantasía arrastrándola fuera de la verdad. »El cielo, difumado en finísimos y delicados matices opalinos y argentíferos, señala con maravillosa limpieza todas las cosas y todos los objetos; »el mar, color de zafiro, salpicado de tonos purpurinos, hace tremolar los largos reflejos blancuzcos de los alminares y las torres; las cúpulas centellean; toda aquella potente vegetación se agita »y tiembla en el aire embalsamado de la mañana; »nubes de palomas revolotean en los techos de las

mezquitas; grupos de esquifes pintados de varios colores deslíanse sobre las aguas; el céfiro del Mar Negro trae los perfumes de diez mil huertos... y cuando embriagado en este paraíso, olvidados de todo, nos volvemos maquinalmente hacia atrás, vemos con nueva sensación de estupor la orilla del Asia que cierra el panorama con la pomposa hermosura de Scutari y con las altas crestas del Olimpo de Bitinia; el mar de Mármara, derramado entre islotes y esmaltado de néveas velas; el Bósforo, cubierto de naves, que serpea entre dos interminables filas de kioscos, palacios y construcciones campestres, y va á perderse lleno de misterio en medio de la más risueña colina del Oriente. ¡Ah, sí! Este es el más bello espectáculo de la tierra: ¡quien lo niegue es ingrato á Dios ó injuria á la creación! ¡Mayor belleza, caso de concebirla, haría saltar en pedruzos los sentidos!»

Ya en la ciudad, el autor la ha visitado con detenimiento, fijándose en cuantos detalles pudieran interesar algo á los lectores de su libro, sin perdonar ningún monumento, sin pasar distraído por delante de ninguna obra de arte, abarcando en sus páginas todos los paisajes, todos los panoramas, todos los bellos espectáculos que ofrece allí la naturaleza, teniendo una frase de conmisericordia para todos los desheredados como los eunucos; sacando á luz todas las faltas y á la vergüenza todos los delitos; haciendo un lugar en su libro á todas las razas que encuentra á su paso, los griegos, los armenios, los judíos, los turcos; siguiendo á las mujeres turcas de Constantinopla para interrogar su corazón, adivinar sus sentimientos y llegar con ellas hasta el retiro de los jardines y retretes en que se ofrece como pasto á la lubricidad de su señor.

Cómo está descrito todo esto, no hay para qué decirlo, tratándose de un escritor tan elegante, tan ameno como Amicis. La narración toma vida, las figuras toman forma y todo se mueve, todo se agita en el libro del célebre viajero italiano, semejante á una linterna mágica que nos hace ver próximas á nosotros sombras que no existen, pero á las cuales presta vida y movimiento. Cuando el lector llega á leer la última línea de la obra, repite con desconsuelo las frases con que Amicis la termina:

«Mi bello sueño oriental ha concluido.»

Y entonces, solo entonces, la ilusión se desvanece.

Dice el autor en la dedicatoria que de su obra ha hecho á tres amigos suyos, que *Constantinopla* es su último libro de viajes, pero se calla el por qué de esa decisión que ha de privar al público de leer nuevos estudios de la índole del que nos ocupa. ¿Será su decisión irrevocable? ¿Podrá contener su afición en las trabas de su deseo, hacer callar su ansia de peregrinaciones, anular para siempre sus poderosas facultades, embotar su pluma de viajero, y ceñirse á vivir quieto y sosegado en limitada porción del mundo el incansable peregrino que ha poseído su talento por tan extenso espacio de tierra, el narrador fácil de tantas y tantas bellísimas excursiones, que ha presenciado tantos distintos espectáculos, que ha sido testigo de tantas diversas costumbres? De desear sería que no fuese así, y que Amicis olvidase bien pronto la dedicatoria de la bella obra que ha escrito sobre Constantinopla.

Respecto á la traducción, hecha fielmente por el Sr. Giner de los Rios (D. H.) nada tenemos que decir, y el nombre de su autor nos dispensa de todo elogio. Traductor hábil, que no se limita á poner unas cuantas palabras castellanas en lugar de las originales, ni altera tampoco la índole del libro para darle forma más ó menos adaptable al gusto de los lectores, la exactitud ha sido su primer objetivo, como él mismo dice en una breve advertencia de que hace preceder la traducción: «El estilo—dice—de fijo que ha perdido mucho al ser vertido por nosotros al castellano; pero hemos procurado conservarlo puro é inteligible, aún á trueque de que esta minuciosidad haya perjudicado la corrección. La primera obligación del que traduce es mantener íntegro hasta donde sea posible el espíritu del autor, y hemos obedecido ante todo á este deber.» El Sr. Giner puede estar satisfecho de su obra: ha conseguido por completo todo cuanto al empezar su traducción se proponía.

LA LÍRICA MODERNA EN ESPAÑA, por D. Plácido Langle.

Para los habituales lectores de LA AMÉRICA, don Plácido Langle no es un desconocido. Joven y discreto autor á quien se debe una vasta colección de inspiradas poesías, artículos literarios y una serie de semblanzas de escritores almerienses, especie de panteón en que ha agrupado todos los hombres célebres contemporáneos que han hecho ó harán honor á esa rica porción de España; su nombre, justamente celebrado por la crítica y aplaudido en el campo de las letras, es garantía segura de agrado para el que lee sus escritos. Hoy el Sr. Langle ha dirigido su actividad literaria á hacer un estudio crítico, razonado y concienzudo, de la lírica moderna en España, y ha publicado con tal objeto un lindo folleto de más de 80 páginas, producto valioso de su convicción y de su entusiasmo y en el cual ha reunido un tesoro de imparciales observaciones.

Precede al estudio una bien escrita introducción en que el autor refuta en pocas frases la tan

extendida especie que tiende á probar que los tiempos actuales no son favorables al desarrollo de la lírica. Lejos de eso, y en opinión del Sr. Langle, si es cierto que las creencias de la edad antigua, las costumbres de los tiempos medios, con sus fantásticas quimeras y delirios, prestábanse admirablemente para dar á los cantos del vate un tinte de melancólico misterio y un aparato sobrenatural que ahora no alcanzan, también es verdad que las pasmosas maravillas de este siglo inmenso, la crisis profunda que se atraviesa actualmente en todas las esferas sociales, la gigantesca elaboración de ideas que hoy agita al mundo, abren ancho campo al artista para dar rienda suelta á su mente y crear, en gallardos arranques geniales, obras asombrosas y concepciones brillantísimas.

Y puesto que es así, ¿cuál debe ser la índole de nuestra poesía en los tiempos actuales, tiempos de lucha y transición, en que la duda y la confusión están en todos los espíritus? ¿Habrá de ser docente y tendenciosa, ó libre y sin fin práctico alguno? El poeta, ¿ha de cantar solo por cantar, ó por servir á una idea? ¿Debe la poesía ser arma de combate, ó vivir alejada de las luchas de los hombres en un palacio de oro y pedería, iluminado por un sol que no se pone nunca?

Para el Sr. Langle la duda no existe.

«Los que reniegan de nuestros tiempos y suspiran por la vuelta del pasado—dice—tributarán alabanzas y aplausos á quienes sigan aún imitando á Virgilio, Anacreonte y otros genios de la antigüedad; pero cuantos sientan palpitar en su mente ideas más levantadas y generosas, otorgarán siempre su aprobación entusiasta á los que se identifiquen con las aspiraciones de nuestra época, cantando á la naturaleza, la patria, la libertad, el progreso, la virtud, el amor, la familia, la humanidad, en suma, é inspirándose en el espíritu de las actuales sociedades, en sus descubrimientos, en sus invenciones y en sus controversias, auxiliados del arte, de la historia y de la filosofía.»

Y á renglón seguido, y para que no se le acuse de la misma falta que él anatematiza, se apresura á hacer esta salvadad:

«No quiere decir esto, sin embargo, que deban excluirse los géneros que representan otras tendencias; tesoros guardan de verdadera belleza y sería injusta tan absoluta proscripción; todos ellos son legítimos y dignos de encomio; ninguno deja de contribuir á representar la diversidad de pasiones y sentimientos que nos conmueven, antes bien son necesarios para retratarlos en toda su múltiple variedad; pero sin disputa alguna, ocupa por derecho propio el primer puesto en esta escala, la poesía que, sin ceñirse á pequeños y reducidos pensamientos, abarca mayores espacios y se extiende por esferas más amplias.»

Sentados estos necesarios preliminares, que son como la profesión de fé poética del Sr. Langle, hace notar éste el abigarrado conjunto que presenta, á poco que se la estudie, nuestra lírica contemporánea, en la cual hay muchos nombres igualmente respetables que la elevaron á muy gran altura, pero que no lograron formar escuela, incluso Zorrilla, cuyos cantos y cuyas leyendas, quedando, como seguramente quedarán, cual modelos en su género y uno de los mayores timbres de la literatura castellana, no responden á las aspiraciones y exigencias que, á juicio del señor Langle, tiene nuestro tiempo. ¿Qué poetas representan entonces ese movimiento de la poesía moderna? Tres solamente: Nuñez de Arce, Campoamor, Becquer. Con gran fluidez de estilo se expresa así el autor del folleto que tan ligeramente analizamos, con el solo objeto de dar una leve muestra de él á nuestros lectores:

«Nuñez de Arce, Campoamor y Becquer: hé aquí los jefes, por decirlo así, de nuestra renovación literaria. Recorre el primero con su maravillosa inspiración los áridos problemas que á la sociedad contemporánea se presentan, y es para nosotros el modelo de la poesía más propia de nuestros agitados tiempos. El segundo, con su mezcla felicísima de humorismo y energía, analiza, desentraña y ofrece en admirables cuadros poéticos los más íntimos sentimientos del alma humana, y nos encanta y arropa con los toques maestros de su privilegiado ingenio, que muestra cómo en los detalles al parecer más insignificantes y pequeños, sabe hallar el artista inagotables tesoros de belleza para sus creaciones. El último, en fin, expone con originalidad singularísima los afectos del corazón, los desengaños que le atormentan, las pasiones que le agitan y da origen á una nueva faz de nuestra poesía erótica, caída antes de su aparición en el amaneramiento y la rutina.»

Después de esta breve introducción pasa el autor, á considerar á sus tres poetas favoritos.

En este exámen detenido que hace de sus obras, examina los *Gritos del combate*, del primero, las *Doloras* y *pequeños poemas* del segundo, las *Rimas* del tercero, y para cada una de las poesías juzgadas tiene una prudente observación; sobre cada una de ellas emite una reflexión atinadísima. Busca la belleza envuelta como en fantástico ropaje en cada estrofa, y la pone de relieve, gozando al hacer partícipes á los demás de su sincera admiración hacia sus poetas favoritos; complaciéndose en que todo el mundo sea testigo del fervoroso culto que en el altar de su alma rinde á los tres grandes genios de la moderna lírica española. Los tres aparecen allí con su carácter profundamente definido y con su representación propia

en la literatura de nuestros días; Nuñez de Arce, luchando y dejando escapar amargas quejas en lo más fragoso de la lucha; Campoamor, llevando sobre todas las cosas de este mundo su risa burlesca, en frío escepticismo; Becquer, llorando aparte las torturas de su alma, cantando en versos inmortales la triste historia de sus desgracias. Los tres ocupan el lugar que la admiración de las gentes les ha otorgado.

Pero inútil será cuanto digamos sobre esto á los abonados de LA AMÉRICA, pues habiendo visto la luz en sus columnas dos de los tres notables trabajos que forman la última obra del Sr. Langle, nuestros elogios han de aparecer muy pálidos al lado de los que ya le habrán tributado los lectores de esta Revista.

No entra en nuestro propósito abrir discusión con el Sr. Langle acerca del concepto que tiene de la lírica moderna, concepto que sólo en parte aceptamos, sin llegar á conclusiones tan rotundas y definitivas como las que él apunta en su folleto; si nuestro objeto fuera otro que el de dar noticia de un libro y atestiguarle el gusto con que hemos saboreado sus páginas, algo le diríamos también por haberse encerrado en tan estrecho círculo que sólo puede ver cerca de sí tres poetas, siquiera estos tres poetas sean tales que valgan más que tres mil; diga lo que quiera en su introducción, no nos convencerá de que Zorrilla no puede tener cabida en un libro que trate de la poesía lírica en España; á nuestro juicio, la obra del Sr. Langle hubiera ganado mucho ensanchando más y más el pequeño campo de acción á que el autor ha reducido sus observaciones; pero tampoco desconocemos que entonces el Sr. Langle podía decirnos que esta obra que nosotros pensamos, no es la pensada por él, y tendrá mucha razón si tal dijera. Andando el tiempo, si ocupaciones de índole diametralmente opuesta nos dejasen espacio, es probable que pidiéramos unas cuantas columnas al señor director de LA AMÉRICA para explicar estas ideas que sobre la lírica profesamos, y entonces tendríamos sumo gusto en debatir con el Sr. Langle. Por hoy cumple á nuestro objeto felicitarle por su último libro, al que no encontramos otro defecto que *saber á poco*, si se nos permite una comparación no vulgar, sino vulgarísima. El Sr. Langle es escritor correcto, crítico imparcial y trabajador asiduo; reciba nuestro parabien por sus trabajos y por el éxito que con ellos obtiene, y siga produciendo nuevas obras que tan alto ponen su nombre en la república de las letras.

P. RUIZ ALVISTUR.

LA RADIOFONÍA.

MECANISMO DEL FENÓMENO RADIOFÓNICO.

A este propósito, Mercadier anunció una ley, que más tarde admitió Tyndall, según la cual es preciso atribuir el sonido, no á vibración de la lámina receptora, sino á suerte de oscilación del aire retenido en su superficie por la sustancia absorbente que la cubre, y si los receptores son gaseosos, á dilataciones y contracciones de toda su masa, ó sea á cambios de volumen, acaecidos durante muy cortos períodos de tiempo. Dufour, por su parte, llega también á la misma conclusión en dos experimentos bastante notables, aunque uno de ellos se refiere, mejor que á la cuestión, á probar que la influencia de las radiaciones no pasa de la superficie del receptor; el experimento que conviene citar, es el siguiente: de un lado á otro de la guarnición de una lente convergente, ligeramente convexa, se extendió un delgado alambre de latón ahumado, y entre él y la superficie curva de la lente se colocó, desliziándolo con dificultad un vidrio delgado, de los que sirven para porta-objetos, en el microscopio; en el punto de contacto viéronse al instante los anillos coloreados de Newton, con diámetros variables, según la tensión del alambre. Sometido éste á influencias de radiaciones intermitentes, se percibió sonido, sin que nada variase el diámetro de los anillos, lo cual indica que no hubo vibración del alambre, pues de haberla, cambiaría la presión ejercida sobre el vidrio en que se apoyaba, causando alternativas y variaciones en el diámetro de los anillos, los cuales medirían, en cierto modo, el ritmo de la vibración sonora.

Dos términos abraza la cuestión propuesta, los cuales deberán estudiarse para llegar á una fórmula, última expresión del mecanismo de la radiofonía, cuyos dos términos son las preguntas siguientes: ¿procede el fenómeno radiofónico de dilataciones y contracciones del receptor, ocasionadas por absorción de radiaciones térmicas? Si así no fuese, ¿puede acaso atribuirse á efectos semejantes á los que atribuía M. Crookes el movimiento del radiómetro? En el experimento que se acaba de citar, está en cierto modo demostrado que no es la lámina receptora quien vibra, y además, otros experimentos de Mercadier, de los cuales, á su tiempo me he ocupado, lo confirman de un modo concluyente. Por otra parte, estas dos cuestiones están admirablemente tratadas en una Memoria notabilísima de M. William Henri Precece, titulada *Conversion de la energía radiante en vibraciones sonoras*, en cuyo trabajo se dilucida por medio de muchos, y muy ingeniosos experimentos, el mecanismo del fenómeno radiofónico, y á ellos habrá de acudirse como base de

razonamiento, dentro de la opinion que aquí se sostiene.

Fué racional y lógico en los primeros estudios relativos á la trasformacion de radiaciones en sonidos, atribuir estos á vibracion de los receptores; pues habia para ello como dato el hecho del aparato de Trevelyan, en el cual, como es sabido, las dilataciones y contracciones de una masa de plomo producen movimiento oscilatorio, pero examinando el hecho que estudiamos, resulta singularmente tratándose de sustancias duras, que debe intervenir como dato para las acciones del calor, el tiempo, y no se concilia la lentitud del enfriamiento en las condiciones especiales que concurren en la produccion de la radiofonía, con estos efectos sonoros producidos por elevacion de temperatura y por enfriamiento repentino; porque si el sonido resulta de cambio de volumen del receptor, necesariamente debe acaecer en muy corto período, y esto no es compatible en manera alguna con la pérdida gradual de calor durante mucho tiempo. Precece cita como objecion á ello una observacion curiosísima de lord Rayleigh, el cual demostró que á condicion de ser muy grande el poder radiante de los receptores, la lentitud del enfriamiento, lejos de oponerse á ella, favoreceria la variacion de temperatura, cosa que se comprende perfectamente recordando que en igualdad de poderes radiantes, irradia más el cuerpo que se enfria más tarde; pero á pesar de esto, los experimentos demuestran de modo terminante, que no vibran los receptores sólidos, pues si tal hiciesen, sus variaciones serian transversales, segun son las de todas las placas, sea cualquiera su forma. Fúndase la demostracion experimental en ensayar un receptor lineal (puede servir un alambre ahumado) sujetándole por un extremo, y haciendo que el otro, si se dilata ó se contrae, pueda por estas operaciones interrumpir la corriente eléctrica que atraviesa por un teléfono, y claro está que si las interrupciones son periódicas, en este aparato se producirá tambien sonido. Ensayando receptores muy diversos y focos de radiacion muy distintos y numerosos, no se obtuvieron interrupciones notables; lo cual demuestra que las radiaciones intermitentes, incidiendo sobre los receptores, no cambian su volumen hasta el punto de producir vibraciones sonoras.

Para resolver acerca del segundo punto, es necesario partir de una suerte de ley enunciada por Crookes, á propósito de las repulsiones radiométricas, que segun sus palabras, demuestra la existencia de una *presión molecular* cuando las radiaciones inciden sobre una superficie ennegrecida colocada en el aire y á la temperatura ordinaria. Acerca de esto se expresa Precece de un modo bastante categórico que me conviene hacer notar: «Siempre que la energía radiante, escribe, incida en el aire, sobre una superficie absorbente, tal como la madera ennegrecida, su longitud de onda disminuye ó baja convirtiéndose en calor termométrico. Las moléculas de aire que hieren esta superficie caliente, reciben calor y se alejan con aumento de velocidad, y como la accion es siempre igual á la reaccion, ejercen al alejarse cierta presión sobre la superficie, y como sobre la cara opuesta de esta no se ejercen influencias de tal género, se establece entre las dos caras una diferencia de presión que da á todo el cuerpo cierta tendencia á alejarse del foco de energía.»

«El efecto es mucho ménos sensible en el aire á la presión ordinaria, que el aire rarificado; porque en el primer caso la trayectoria de las moléculas es muy corta, y las reflejadas ayudan á repeler á las que se aproximan á la superficie con velocidad menor. Al ménos se demuestra en este caso cierta presión molecular, que siendo bastante rápida y considerable, debe producir vibraciones sonoras. Me parece probable que el efecto del tiempo no debe manifestarse del mismo modo que en los discos duros, porque el influjo radiométrico se ejerce únicamente en la superficie de los cuerpos y no afecta á su masa. Además, si las vibraciones sonoras se deben á accion radiométrica, deben observarse diferencias en los efectos producidos sobre los receptores, segun que la superficie expuesta á la radiacion se halle ennegrecida, pulimentada ó pintada de blanco.»

Al presente, se llega á poner la cuestion del mecanismo de la radiofonía en sus verdaderos términos, porque se alcanza ya la síntesis más general que puede formularse en vista de los hechos conocidos y determinados, faltando únicamente, para el perfecto conocimiento del fenómeno radiométrico, establecer su ecuacion, de la cual son términos no más las leyes y teorías que aquí se consignan.

Puesta la cuestion en su punto, resulta que solo cabe resolver, en definitiva, si la radiofonía se debe ó no á verdaderas acciones radiométricas, y en caso negativo, investigar por medio de experimentos cuál sea la trasformacion ó serie de trasformaciones acaecidas en el acto de producir sonido las radiaciones intermitentes. Respecto de la primera de estas cuestiones, afirmo que no es debida la radiofonía á una repulsion de la energía por parte del receptor, y por consiguiente, que es cosa muy diferente de las acciones radiométricas; para afirmar esto, me fundo en razonamientos muy sencillos de una parte, y en experimentos decisivos ejecutados por Precece, de otra.

¿Qué es, en último término, la llamada repulsion ó accion radiométrica? Para Crookes y los que como él piensan, para toda la escuela atómi-

ca, poseen los cuerpos calientes, dotados de cierto poder absorbente, la propiedad notabilísima de repeler, y como rechazar las moléculas gaseosas que van á herir ó chocar con su superficie, la facultad de hacer que todo elemento elástico, llegando á ellos, sea despedido y rechazado, cual rechaza una superficie dura el cuerpo elástico que con ella choca; de esta manera, puede decirse que de los cuerpos calientes no solo se irradia calor, sino partículas materiales que, rechazadas por aquella superficie, forman y constituyen suerte de inmenso bombardeo de proyectiles infinitamente pequeños. Ahora bien; si estas repulsiones son rapidísimas y muy considerables; si miriadas de millones de moléculas son rechazadas por la superficie de un receptor, habrá por necesidad choques infinitos é innumerables colisiones entre los elementos rechazados y las partículas ó elementos de la radiacion, que, siguiendo camino opuesto, van á rebotar en la superficie del receptor; y de estos choques, y de estas colisiones de la batalla y encuentro de las moléculas que van á chocar con las que vienen rechazadas, resultará el sonido radiométrico, sin tener en su produccion el receptor otro papel sino el de superficie dura, capaz de rechazar todo movimiento molecular. Dentro del criterio de la teoría dinámica puede hacerse consistir la accion radiométrica en verdadera reflexión de un movimiento que, despues de reflejado, encuentra otro dotado de intensidad mayor, resultando del conflicto y del choque esa accion especial, apreciable para nosotros como sonido.

En cualquiera de las dos hipótesis no puede admitirse la accion radiométrica como cosa análoga al fenómeno radiométrico de repulsion molecular ó de repulsion dinámica: el receptor, segun veremos luego, no influye para nada en el sonido radiométrico, sobre todo desde el instante en que se produjeron sonidos sin receptores sólidos, y además los efectos de la Radiofonía en los receptores son totalmente distintos de aquellos producidos por movimientos radiométricos; en efecto; ¿puede admitirse con algun fundamento racional ó apoyándose en un solo experimento que siendo producido el efecto radiométrico por choques materiales, la superficie del receptor nada se modifique y ni siquiera éste vibre ó se mueva de modo algo parecido al movimiento radiométrico? ¿La presión molecular continuada no ha de imprimir alguna huella en la delgada lámina que continuamente la recibe? No acierto á comprender dejando las moléculas al chocar con el receptor algo de su energía en la superficie de éste, pues son rechazadas necesariamente con velocidad menor de la que venian animadas; como esta energía no produce trabajo de ninguna especie, ni causa elevacion de temperatura, ni siquiera ocasiona en la lámina receptora la menor deformacion, y en los gases, no causa dilataciones.

Pruébase esto todavía mejor acudiendo á los experimentos de Precece, los cuales desvanecen toda duda.

Su aparato compónese de un foco de luz óxídrica que concentra una lente el disco interruptor y va á parar despues de atravesar otra lente al receptor, ingenioso aparato en el cual es preciso fijarse un instante. Fórmalo una caja de madera, de figura prismática rectangular, perfectamente cerrada con un vidrio por el lado que ha de exponerse á la radiacion; poco antes del fondo hay un anillo destinado á sujetar la lámina receptora—siempre constituida por un disco—de manera que quede espacio libre entre ella y el fondo de la caja, en el cual hay una embocadura de laton, y á ella articulado el tubo acústico destinado á la percepcion del sonido.

Partiendo de la hipótesis de la accion radiométrica primeramente enunciada por Precece, en seis experimentos practicados con láminas de ebonita, zinc y mica, ennegrecidas ó pulimentadas, obtuvieron sonidos radiométricos con intensidades muy distintas, observándose que mientras la ebonita ennegrecida presentó el máximo de efecto, la mica, en las mismas condiciones, no produjo sonido alguno; cuyo hecho contradice, aun más que los otros, la hipótesis que atribuye la Radiofonía á movimientos radiométricos, porque si á mayor poder absorbente corresponde repulsion molecular mayor, la mica ennegrecida tendria que producir sonidos muy intensos.

Además, absorbiendo la lámina receptora parte del calor de los proyectiles moleculares que á ella llegan, por necesidad debe dilatarse, comenzando por bombearse la cara expuesta á la luz, por efecto de la repulsion. Nada de esto sucede, puesto que, disponiendo segun el mismo Precece, un contacto eléctrico muy sensible comunicado con el teléfono, podian notarse vibraciones en un sentido ó en otro instantáneamente, y como sabemos que el receptor no vibra, necesariamente no hay accion radiométrica de ninguna especie en el mecanismo de la radiofonía; conclusion demostrable tambien por otra serie de consideraciones distintas, de las cuales es posible deducir ciertos principios muy importantes para el establecimiento de la ley general de la radiofonía.

Conviene citar, por ser perfectamente concluyente, otro experimento que consiste en disponer el receptor como Precece lo hacia dentro de una caja llena de aire, pero tocando con la pared posterior, en cuyo caso, aun cuando la superficie que recibe las radiaciones sea absorbente en grado máximo, no se produce sonido alguno, cuyo hecho demuestra no solamente que los receptores no

vibran, sino tambien la no intervencion de acciones radiométricas en el fenómeno de la radiofonía. Con efecto, si la radiacion molecular rechazada por la superficie absorbente fuese causa del sonido, ¿importaria que esta superficie estuviese fija al fondo de la caja ó suspendida por cualquier mecanismo en su interior? Segun los principios de la teoría de la repulsion molecular tan invocada por Crookes, nada influiria en el hecho la variacion de lugar de esta lámina receptora, ya que solo se exige que su superficie posea cierto poder absorbente, traducido en capacidad para rechazar todos los elementos materiales que animados de velocidad inmensa, á ella llegan dotados de temperatura superior á la suya; y como esto no sucede, como lejos de no importar la fijeza del receptor, importa tanto, que si no hay aire ú otro gas entre él y el fondo de la caja puesto en comunicacion con el oído no se produce sonido debe rechazarse toda hipótesis encaminada á atribuir la radiofonía á efectos de repulsion radiométrica, teoría que tambien es rechazada por la concepcion dinámica, segun la cual nada se produce sin modificacion de movimiento; porque todo cuanto percibimos no es otra cosa sino estados diversos de fuerza y no impresiones de aquello que si existiera deberia ser perfectamente inerte é incapaz por lo tanto de causar fenómenos é impresiones, pues no hay que olvidar la condicion peculiar y especialísima de la inercia asignada por los atomistas á la molécula material.

Todos estos resultados experimentales vienen á demostrar y servir de comprobante á la teoría que pretende establecerse aquí, y para cuyo enunciado preciso solo falta determinar, con toda claridad, el mecanismo, en virtud del cual, las radiaciones determinan en sonidos la potencialidad adquirida en el acto de hacerse intermitentes. Este mecanismo acabamos de ver que no consiste en vibracion del receptor, ni ménos es debido á repulsiones radiométricas; veamos ya si puede ocasionarse por movimientos de dilatacion y contraccion, causados por las radiaciones mismas en el aire ó en el gas, retenido por la superficie absorbente ó quizá en el que la rodea. Para llegar á esto, se hace preciso demostrar que todo el aire contenido en las cajas receptoras usadas por Precece vibra produciendo sonido, y luego que, aun sin lámina receptora es posible por dilataciones y contracciones de cualquier masa gaseosa, producir sonidos radiométricos. Esta segunda cuestion se halla demostrada ya, de cierta manera, en el experimento ejecutado por Dufour con la mezcla de cloro, hidrógeno y aire; pero aun se prueba mejor con otros experimentos más recientes é ingeniosos.

Viniendo al primer punto hé aquí un hecho concluyente: supóngase un receptor colocado dentro de una caja, en cuyas paredes, y en distintos lugares se colocaron tubos acústicos, haciendo incidir sobre este receptor radiaciones intermitentes; por todos los tubos se percibió sonido, lo cual demuestra que todo el aire interior se movia y vibraba. Si delante del disco receptor se colocaba una lente, entonces el sonido era más intenso; pero si el receptor se ponía en el vacío ó aplicado sobre el fondo de la caja, quitando siempre la lente, ni directamente ni por medio del micrófono más sensible se percibia el menor sonido; lo cual prueba, cuando ménos, la influencia esencial é indispensable del aire ó de otro gas elástico, susceptible de contraerse y dilatarse por las alternativas de la radiacion interrumpida. Por este resultado creyóse que seria posible producir sonidos radiométricos sin receptores sólidos, y á este fin dispuso Precece dos cajas llenas de aire, una ennegrecida interiormente y la otra pulimentada; con esta no se produjo sonido alguno, pero con la de paredes ahumadas el sonido fué más intenso y ennegreciendo la pulida se producía, este tambien con gran intensidad; de lo cual deduce el mismo Precece una conclusion muy importante que expresa con estas palabras: «Resulta evidentemente que los efectos sonoros se favorecen materialmente por los depósitos de sustancias muy absorbentes para el calor, colocadas sobre las paredes de la caja, y más adelante añade, que las vibraciones sonoras se deben á movimientos del aire y no del receptor, porque los sonidos son más intensos cuando este se suprime.» Veamos lo que tienen para nosotros de admisibles estas conclusiones.

De lo dicho acerca del mecanismo de la Radiofonía, resulta comprobado un experimento de Mercadier, citado cuando se trató de los hechos cuyo experimento consistia en someter á la radiacion intermitente un sistema de dos tubos colocado uno dentro del otro, y ahumado el interior por dentro y por fuera en corto espacio; se hacian incidir radiaciones interrumpidas sobre la porcion ahumada del interior, y sólo se percibia sonido en un tubo acústico que comunicaba con el aire en contacto con aquella porcion, no percibiéndose nada en el aire exterior, verificándose el fenómeno contrario cuando la radiacion incidia sobre la porcion ahumada del exterior. Además, los hechos expuestos acerca de la manera como las radiaciones producen sonidos, demuestran la carencia de toda vibracion de los receptores, la no intervencion de acciones radiométricas, la vibracion de los gases y la influencia de las sustancias absorbentes en la intensidad del sonido. De estas dos últimas conclusiones puede deducirse el mecanismo que la radiacion sigue al determinar en sonido su potencialidad, porque todo cuanto sucede se refiere perfec-

tamente á las radiaciones causadas en la oposicion de dos estados dinámicos distintos.

Hay tan poca energía actual en las radiaciones, que bien puede decirse que se componen únicamente de movimiento vibratorio y de esa potencial de reserva, característica de todo movimiento sea cualquiera su forma: ahora bien; si interrumpir una radiacion vale tanto como disminuir el movimiento vibratorio, necesariamente éste se hallará más cerca de *actualizarse*, pues siendo de mayor período la oscilacion está más inmediata de la energía sensible que de la pura y absoluta potencialidad. En este caso, la misma energía potencial se halla en estado de determinarse de manera sensible con facilidad mayor que en otros casos; no necesita por lo tanto sino débil obstáculo, resistencia de un medio elástico capaz de producir cierto género de vibracion, la de más bulto y material para realizar esa transformacion en cuya virtud se producen casi todos los fenómenos naturales. Al modo como las energías é influencias exteriores á un sér se arreglan, modifican y transforman por causas especiales, para que el sér se adapte á ellas con gran facilidad, determinando en su organismo una variacion debida á la influencia del medio, así las radiaciones intermitentes se hallan en el caso de producir sonidos; pero como el sér orgánico precisa cierto impulso individual y perder por él parte de su energía modificando su estado para que experimente la accion del medio externo, así es preciso un gas elástico y poco denso, para que se determine la potencial de la radiacion, manifestándose estas de una parte y produciéndose sonido de otra por el concurso de ella y de la vibracion atenuada en el caso de la intermitencia: y como siempre que se verifica algun cambio de energía es preciso que á él concurren y se hallen presentes sus tres formas, de aquí la necesidad del movimiento sensible de dilatacion y contraccion del gas, sin cuyo fenómeno sería imposible la manifestacion sonora característica del fenómeno que se estudia. Para comprender mejor esto, sirva de ejemplo el caso de la cristalización de cualquiera cuerpo en una disolucion saturada. En el acto de disolverse un cuerpo y de llegar al estado de saturacion, adquiere evidentemente la potencialidad de cristalizar, potencialidad que se determina ó puede determinarse por varias causas, y el reposo es una de ellas, y otra la disminucion de presion; mas puede decirse que estas causas ocasionales son la causa verdadera de la formacion de cristales? Evidentemente no. Pues lo mismo sucede con la radiacion. El gas que se mueve es necesario, es preciso, porque segun vamos á ver, su movimiento equivale á disminuir resistencias para la manifestacion de las aptitudes de las vibraciones propagadas como radiaciones: el movimiento del gas en este caso de adaptacion de un movimiento á otro, tiene igual importancia que el esfuerzo individual modificando alguna de las condiciones del estado de un organismo para adaptarse mejor y más fácilmente á la influencia del medio exterior que en él han de causar ciertas variaciones.

Compruebe perfectamente estas afirmaciones la influencia del poder absorbente de los receptores en la intensidad del fenómeno radiofónico. Volviendo á nuestra comparacion, sábese cuánto es eficaz para determinar instantáneamente la formacion de cristales, colocar en la disolucion uno solo de la misma sustancia disuelta; en este caso, parece que toda resistencia se anula por completo, y que la potencial ó aptitud de cristalizar se manifiesta perfectamente: sucede lo mismo con las radiaciones. Si no hay sustancias absorbentes, el fenómeno radiofónico no se produce, porque la resistencia que opone el aire es imposible de vencer por la radiacion; pero cuando ésta es absorbida por un cuerpo que tal propiedad posea, entonces como la absorcion significa elevacion de temperatura, y por consiguiente dilatacion del gas que hay alrededor, las resistencias disminuyen, desaparecen los obstáculos y la aptitud de producir sonidos se determina con tanta más intensidad, cuanto mayor es el poder absorbente de los receptores, sean éstos sólidos ó gaseosos. Buena prueba de ello es la intervencion del tiempo en el fenómeno radiofónico, cuyo elemento influye notablemente, hasta el punto de poder afirmarse, en vista de experimentos practicados, que la intensidad de la nota emitida, no solamente depende de la prontitud con que el aire absorbe la energía radiante, sino tambien de la velocidad con que cede su calor á la superficie del receptor sólido.

Puede ya expresarse, despues de estos razonamientos, el mecanismo de la radiofonía, admitiendo, aunque con sentido diferente del suyo, la teoría del profesor Hughes acerca de la produccion del sonido radiofónico por dilataciones y contracciones del aire retenido en la superficie de los receptores. Siguiendo fielmente lo establecido anteriormente, puede decirse que la radiofonía, como propiedad de toda radiacion intermitente, se determina por virtud de movimientos de contraccion y dilatacion de gases, en cuanto estos movimientos favorecen la produccion de sonidos, siendo ellos mismos originados por la aptitud especial de absorber radiaciones con mayor ó menor fuerza, y poder desprenderlas sin modificacion aparente, siguiendo el mismo ritmo que sigue la radiacion al hacerse intermitente, de donde puede deducirse perfectamente la ley que indica la relacion del sonido con el número de veces que la

energía radiante se interrumpe en la unidad de tiempo.

SÍNTESIS GENERAL.

Hé aquí cómo hemos alcanzado aquel concepto más general, aquella ley más universal y suprema, en la cual se representa, como en símbolo, todo el conjunto de fenómenos y hechos que la radiofonía comprende: hé aquí llegado el momento de reunir todos los datos y todos los resultados del análisis en una sola expresion, union y enlace de cuanto queda establecido en el estudio del fenómeno radiofónico; y al enunciar esa ley suprema, término, objeto y fin de toda induccion, y al formular esa síntesis, compendio y resumen de toda investigacion en el orden de ideas y hechos aquí expuestos, ya no se trata de aducir pruebas de hechos, ni de acudir á procedimientos experimentales que den apoyo á conjeturas é hipótesis; la generalizacion y el símbolo pertenecen á categoría de pura razon, y no han menester, desde el punto á que hemos llegado, sino conclusiones generales, claras y terminantes.

¿Qué es, en último término, la radiofonía? ¿De qué manera ha de explicarse la propiedad y aptitud especial que poseen las radiaciones para producir sonidos cuando se hacen intermitentes? Tales son las cuestiones principales que abraza y comprende ese primer principio que se pretende establecer como síntesis y fórmula cabal de todas las ideas expuestas en este trabajo.

Si consideramos á todo movimiento propagado en forma de radiaciones como compuesto ó integracion de vibraciones de períodos distintos, unas veloces, rapidísimas y en extremo cortas, otras lentas, largas y de mucho período, y entre estos dos términos el primero muy cercano de la pura potencialidad y el segundo bastante inmediato á las manifestaciones de la forma de energía dicha sensible, otras dos especies de vibraciones de longitudes diversas representantes de movimientos muy varios en períodos y velocidad, pero constantes en forma, viene á ser la radiofonía determinacion especial, característica de las radiaciones que ocupa la extremidad de la region infra-roja ó sea la porcion más lejana de la parte coloreada del espectro á la cual corresponden las vibraciones de mayor período de onda. Comparando la escala de los sonidos con las vibraciones que constituyen cualquiera radiacion, resultará que las vibraciones aptas para producir sonidos corresponden á las notas más graves solo perceptibles en condiciones determinadas y las acciones químicas á las notas más altas, apenas perceptibles segun son rápidas y numerosas las vibraciones que las causan; y la comparacion resulta aun más clara si se tiene en cuenta que ni la escala de los sonidos ni la escala de las radiaciones son cosa acabada que se encuentra en la naturaleza perfectamente hecha y de ella se toma tal como es, sino por el contrario, obra humana y como tal perceptible, cosa demostrada por el hecho del descubrimiento de nuevos acordes, combinaciones rítmicas y armonías que antes no se notaban y por colores y propiedades que pasaron durante mucho tiempo inadvertidos para todos los observadores. Pues bien: imagínese el lector que se descubre un acorde nuevo, un color no visto aun, cierta accion química desconocida hasta el día; estos descubrimientos seran propiedades y caracteres que hay que añadir á los caracteres y propiedades conocidos en las gamas de los sonidos, de los colores y de las acciones químicas: la radiofonía es solo otra propiedad, nuevo carácter de aquella porcion oscura y poco activa representada por las vibraciones menos rápidas y menos útiles que hay en toda radiacion y que al descomponerse esta por el prisma colócanse más allá de la franja coloreada y en la parte más lejana de aquel matiz rojo que algunas veces pinta el sol al ocultarse en el horizonte y casi siempre es anuncio de su salida.

Si se me pregunta lo que puedo deducir de todo el análisis hecho acerca de lo que sea la Radiofonía, diré que entiendo por tal fenómeno la Propiedad que posee toda radiacion de producir sonido cuando se hace intermitente, *propiedad que no está actualizada en las radiaciones sino en estado de Potencial ó Aptitud que ha de manifestarse, como se manifiestan las propiedades todas de los movimientos, en el acto de encontrar una oposicion, ya que de oposicion de estados dinámicos distintos resultan todas las modificaciones de movimiento, todos los fenómenos naturales.*

Para llegar á este concepto generalísimo no se invocaron principios nuevos, ni se apeló á otra cosa distinta de las leyes y de los principios admitidos en la ciencia actualmente, antes bien, se procuró encajar sin esfuerzo el nuevo fenómeno en la ley general de los conocidos, dándole igual categoría que se concedería á un nuevo color descubierta, porque al fin significa lo que este significaría, movimiento vibratorio más ó menos rápido y por tanto de distinta longitud, de onda diferente de la que tienen los movimientos vibratorios hasta ahora conocidos.

Considerada la Radiofonía con tal generalidad, resulta que toda radiacion térmica, luminosa ó química, que cualquiera energía radiante predomine en ella la manifestacion que quiera, es apta para producir sonido, siempre á condicion de hacerse intermitente, esto es, de perder algo de su velocidad.

Explícate muy claramente, segun esta concepcion del fenómeno radiofónico, la intervencion que

en él deben tener los receptores, y la dependencia de la intensidad del sonido del poder absorbente de la sustancia receptora, porque todo cuanto favorezca la determinacion de la especial aptitud de las radiaciones para producir sonidos, será causa ocasional y favorable á la produccion de estos: y como en el caso de la absorcion no solo sucede esto, sino tambien se dá el caso de que el receptor dotado de tal propiedad en grado máximo produce dilataciones y contracciones intensas del medio gaseoso, favorece asimismo la determinacion de la aptitud de la energía radiante en sonidos, por dar movimiento al medio elástico, en cuyo seno las radiaciones deben efectuar la manifestacion sonora; de esta manera el fenómeno radiofónico se determina realmente por una serie de momentos, en cada uno de los cuales se verifica un cambio ó transformacion de movimiento, á saber:

a Interrupcion en virtud de la cual, disminuyéndose la velocidad de vibracion, adquieren las radiaciones aptitud para producir sonidos.

b Trasmision y absorcion de estas radiaciones por el medio gaseoso.

c Absorcion por la superficie absorbente del receptor.

d Comunicacion del calor absorbido por esta superficie al gas que retiene y al aire en que está colocado el receptor.

e Dilatacion y contraccion rítmica de este aire, de cuyo fenómeno resulta, en último término, la determinacion del movimiento sonoro.

Si aun quiere expresarse de manera más precisa este mecanismo de la radiofonía, que se desprende de cuantos hechos referentes al asunto se examinaron antes, puede decirse que resulta de una serie de transformaciones de la energía radiante, las cuales causan primero cierta oscilacion de un medio elástico, que determina la aptitud especial de la radiacion interrumpida, por donde se viene á clasificar tal fenómeno en la categoría de los cambios de energía vibratoria en otro movimiento, si de la misma forma, de distinta velocidad y amplitud. Creo haber demostrado la verdad de estas conclusiones al consignar y analizar uno por uno los hechos más importantes y los fenómenos que he juzgado de mayor trascendencia científica, lo cual no quiere decir que haya en mis palabras la menor pretension de crear teorías nuevas ó inventar hipótesis; discurriendo acerca de los hechos de la radiofonía, solo he pretendido ejercitar el procedimiento inductivo para llegar á conclusiones muy parecidas á las de Tyndall y Mercadier, dentro de criterio muy distinto para demostrar así que las verdades adquiridas en la ciencia, aplicando el procedimiento experimental, lo son siempre dentro de todos los sistemas y de todas las escuelas; si no he conseguido mi objeto, si no lo he logrado demostrar que la radiofonía reside potencialmente en toda radiacion que se interrumpe, culpa será, no del procedimiento, sino de mal empleo del sistema inductivo, segun el cual, la radiofonía, como elemento científico, viene á constituir nueva propiedad, residente especialmente en aquella region infra-roja del espectro, cuya extension, como ya va dicho, es mucho mayor de la que hasta ahora se le habia asignado y reconocido. Quizá más adelante, en esta misma region del espectro y en las demás regiones, se descubrirán más propiedades y mayores aptitudes; es casi seguro que existen más radiaciones coloreadas de las conocidas hoy; es posible tambien que la porcion ultra-violeta dotada de gran poder químico sea mucho más extensa, conteniendo vibraciones aun más rápidas y cortas, movimientos hoy imperceptibles para nosotros, como lo fueron hasta hace poco, algunos acordes y ciertas armonías en ritmos determinados, que es la naturaleza muy varia en sus procedimientos, y no cesa de producir su energía fenómenos infinitos, para cuya percepcion son insuficientes nuestros sentidos.

Sin embargo, por muchos y muy varios que sean los hechos que quedan por conocer, siempre habrá entre ellos esa misteriosa ley de solidaridad, ese enlace íntimo que hace que puedan comprenderse dentro de una sola categoría, ese encadenamiento que ha hecho decir al ilustre Tyndall en una de sus más bellas obras estas palabras:

«Es imposible estudiar á fondo un copo de nieve sin remontarse paso á paso hasta la constitucion del sol; es lo mismo en la naturaleza entera; sus partes se hallan en estado de mútua dependencia y el estudio completo de cualquiera de ellas comprende en realidad todas las otras.»

CONCLUSION.

No es posible terminar el presente estudio sin fijar claramente el último punto de la cuestion, sin referir cuanto va dicho á aquel concepto racional que abraza y comprende la ciencia por entero. Sábese cuál es la representacion é importancia de la Radiofonía como hecho científico, determináronse sus leyes y relaciones, llegóse á aquel principio que era dado formular en vista de los hechos: empero falta, si ha de completarse todo el pensamiento que domina en este trabajo, ver cómo es posible alcanzar la teoría más general de la ciencia, tomando por punto de partida el hecho de la produccion de sonidos por radiaciones intermitentes que si en el orden de los séres, como el insigne Huxley lo ha hecho, es posible ir desde la consideracion de un sér inferior hasta los más árduos problemas de la vida, tambien del estudio

de una sola trasformacion se llega hasta la concepcion generalísima que á todas sus variaciones rige.

Van hoy esas corrientes de la ciencia en este sentido, y apenas hay quien contradiga ó se oponga con algun fundamento á esa teoría general que consiste en atribuir á variaciones continuas y cambios perennes de movimientos todos cuantos fenómenos ocurren en la naturaleza: la ley de solidaridad y continuidad á ellos se aplica como á los seres todos, el principio de la sucesion seria cualquiera modificacion de movimiento explica la relacion y estrechísimo enlace de los hechos, y la teoría general de la equivalencia de unos efectos á otros, demuestra cumplidamente la constancia de la fuerza que todo lo produce. Y hasta tal punto se determinan en toda la naturaleza estas leyes, y hasta tal extremo aparece probada la solidaridad de los hechos, que aun aquellas distinciones de orgánico ó inorgánico desaparecen por completo, puesto que si la vida es cambio incesante y trasformacion continua, todo en la naturaleza vive, todo en ella es orgánico.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Continuará.)

EL POETA MORIBUNDO.

(DE A. DE LAMARTINE.)

¡Aún llena se encontraba
La copa en que mis días encerraba,
Y ya se ha roto! Inútil mi lamento,
No bastará á impedir que huya la vida;
Envuelta en mis suspiros va perdida
Y escapa entre las ondas de mi aliento.
Las alas de la muerte
Hieren el bronce que anunciando llora
El fin terreno de mi triste suerte,
Con su lenguaje santo
Y entrecortada voz, grave y sonora;
El poeta al sonar su última hora
¿Debe gemir ó preludiar un canto?

Cantemos, sí; mis manos todavía
Las cuerdas pulsan de la lira mía;
Y, pues la muerte inspira, con profundo
Sentido al vate, un himno melodioso,
Como al cisne, cantemos sin reposo
Al pisar las fronteras de otro mundo.
Es un feliz presagio peregrino;
Si armonía y amor solo es el alma,
Sea, al morir en calma,
Su último adiós un cántico divino.

La cuerda de la lira salta rota
La más aguda nota
Al lanzar, y lo mismo se reanima
La lámpara y más vívido y más bello
Es su postrer fulgor; todo se anima
Y da al morir, brillante acrisolado
Su más puro destello;
El cisne moribundo
Al cielo mira; el hombre á su pasado
Infeliz por el mundo;
Piensa en sus culpas y perdon implora;
Cuenta sus días y despues los llora.

Y ¿qué tienen los días
Para que dignos sean de este llanto?
Un sol tras otro sol, hora tras hora;
Que vienen, que se van las alegrías,
Que reaparece el sol tras de la aurora
Y que siempre las penas duran tanto.
Trabajos una vez, pocas reposo,
Dolor las más y alguna
Un sueño venturoso;
Despues viene la noche sin fortuna.

Llore aquel cuyas manos fuertemente
Se agarran á las ruinas de los años,
Como la hiedra á las paredes viejas;
Aquel que del presente,
Más negros que sus quejas,
Mira en el porvenir iguales daños
Vueltas sus esperanzas desengaños;
Pero yo fuera un necio y un cobarde
Convirtiendo en pesar una quimera,
Que no crié raíces en el suelo,
Y me voy, sin esfuerzo y sin alarde,
Cual la brizna ligera
Que se remonta al cielo
Llevada por las brisas de la tarde.

Los poetas, volando á su albedrío,
Son cual ave de paso
Que en nuestro bosque umbrío
Jamás anida; y cuando ya al ocaso
Camina el rojo sol, va, dulcemente,
Rozando con sus alas la corriente,
Cantando allá muy lejos de la orilla:
El mundo sabe de ella solamente
Que es armoniosa su cancion sencilla.

A mi inexperta mano
Jamás otra guiaba, aunque temprano
Empeñóse en jugar con el sonido;
No enseña el hombre lo que inspira el cielo;
No aprende el arroyuelo

A bajar la pendiente; á hacer el nido
Las águilas reales,
A hender el aire y remontar el vuelo,
Ni á fabricar la abeja sus panales.

Bajo el golpe retumba la campana
Del martillo sagrado,
Y canta ó llora con su voz más fuerte,
Ya el perdón de la culpa más temprana,
Ya el himeneo santo, ya la muerte.
Mi corazón, que amando se redime,
Es igual que ese bronce, depurado
En el crisol del fuego; pues si gime,
Si una pasión le hiere despiadado,
Aún al gemir el alma apasionada
Lanza un acorde expléndido y sublime.

Tal es mi triste suerte,
Que á cuanto á mí se acerca doy la muerte;
Con un soplo hizo Dios el alma mía,
Que alumbra y quema como el rey del día.
¡Don fatal es morir porque se ha amado!
Con infinito duelo
Reducido á cenizas en el suelo
Miro cuanto he tocado;
Abrasa los agrestes matorrales
Así el fuego del cielo,
Que se extingue en dejándolas eriales.

¿Y el tiempo? No lo hay; pero, ¿y la gloria?
¿Qué importa ese eco de sonido vano
Que un siglo lleva al otro en la memoria,
Ese juguete frágil y brillante
De la posteridad? ¿El soberano
Imperio os prometéis de ese gigante
A quien llamais el porvenir humano?
¡Pues oid este acorde de mi lira!...
Ya en las alas del viento se retira.

Señalad á la muerte una esperanza
Ménos frívola: ¿acaso duraría
El recuerdo de un son, que en lontananza
Se disipa, por siempre y cada día,
Enredor de una tumba ya vacía?
El aliento de un triste moribundo,
El suspirar del que abandona el mundo,
Es el trasunto fiel de vuestra gloria:
Vosotros, que calmáis vuestra agonía,
Prometiéndos eterna la memoria,
¿Estais seguros de vivir un día?

Testigos son los dioses; desque aliento,
Jamás sin sonreír he pronunciado
Ese gran nombre,—que olvidé contento—
Por el delirio humano fabricado.
Cuanto más estrujado
Hube la frase, halléla más vacía;
Y mi labio cansado
La gloria ha desdeñado
Como la fruta, al fin, desdeñaría,
Que ni dejase utilidad ni agrado.

En la esperanza estéril de una gloria
Incierta, deja el hombre,
Al cruzar por los mares de la historia,
Abandonado á la corriente, un nombre,
Que, al cabo, como todo el que camina,
Desgastándose va; brillante ruina
Que avanza y flota, y que la burla ha sido
De las alas del tiempo, pues sabido
Tienen, aunque la ven que avanza y flota
De siglo en siglo, que en region ignota
Encallará en los bancos del olvido.

Yo arrojo un nombre más, pero sin duelos,
A esas olas sin nombre y sin orilla,
A merced de los aires y los cielos;
Que se hunda ó sobrenade mi barquilla,
¿Será por eso grande que me asombre?
Al fin es sólo un nombre.
El cisne, que volando por la altura,
En las azules bóvedas sus galas
Luce con alegría,
¿Pregunta, por ventura,
Si en el humilde césped todavía
Flotando está la sombra de sus alas?

—Pero, tú, ¿por qué cantas?—me dijiste.
Pregunta al ruiseñor por qué el espacio
De noche inunda con su voz doliente,
Que se mezcla al rumor de la corriente;
De la corriente que de flores viste
El que él habita celestial palacio.
Canto como respira
El hombre, ó como canta en la espesura
El ruiseñor, ó el viento que suspira,
ó el agua que murmura.

Amar, orar, cantar, es mi destino.
De los fútiles bienes de este suelo,
Al emprender el celestial camino,
Sólo me falta el éxtasis sagrado
De mi lira, y recuerdo con anhelo
Esa ardiente oracion que sube al cielo,
Y echo de ménos el latir callado
De un corazón amante; mas confío
En sentirlo despues enamorado
Aún más cerca latir del pecho mio.

Cual las aves nocturnas
Que ven en las tinieblas, la fé mia,
Rasgando el velo al porvenir, diurnas
Claridades vislumbra en el mañana.
Su profético instinto ¡qué alegría
Me dá cuando, lanzándose á los cielos
Sobre sus ígneas alas, mis anhelos
Con dulces esperanzas engalana
Y el fin revela de mi triste suertel
Los cielos ha cruzado,
Y al saber se anticipa de la muerte
Leyendo el porvenir, siempre ignorado.

Si quereis respetar mi pensamiento,
Y al alma dar el último contento,
Dejad sin nombre mi postrer morada;
No abruméis á mi sombra desdichada
Con el peso fatal de un monumento.
Una señal sencilla
Y el hueco suficiente
Para hincar la rodilla
El misero doliente.

MICRÓFILO.

LAS MUJERES DELGADAS.

Quiero hacer su apología.
Ensalcen otros los hechizos de esas muchachas menuditas y regordetas, cuyos encantos seducen su alma; elogien los aficionados á las figuras de matrona los ejemplares de la especie; discutan los críticos las ventajas de morenas, triguñas y rubias; yo pienso que el ideal más perfecto del género es la mujer delgada, aquella que siendo bella y atractiva, se mantiene á buena distancia de esos enjendros secos y escualidos que parecen creados para representar la imagen del hambre: yo no hablo en modo alguno de tales armazones de huesos; las personas de buen gusto habrán adivinado ya las hermosuras á que me refiero.
¿Quién no las conoce? Su talle, gallardo y esbelto, es un compendio de todos los idealismos; sus ojos no hablan sino de ensueños amorosos; pliega su rostro una sonrisa juguetona, vagan por su frente alados pensamientos; su paso es breve, gentil y airoso; y su figura entera, espiritual y vaporosa, parece la forma viva en que ha encarnado una dulce ilusion de la fantasía.

Recordad los tipos más soñadores imaginados por los poetas, y los encontrareis ajustados á mi modelo. ¿Cómo os podeis figurar esa creacion hechicera del gran dramático inglés, la tierna y melancólica *Ophelia*, que aparece á nuestra vista derramando flores y llevándose tras de sí nuestras ardientes simpatías? ¿Cómo la adorable *Margarita* de Goethe? ¿Cómo la poética *doña Inés* de nuestro Zorrilla?

Pues lo mismo que en las regiones del arte, ocurre en el mundo real donde se desliza nuestra vida: podreis encontrar acaso, yo no lo niego en absoluto, las delicadezas más refinadas del espíritu, el prototipo más alto del amor, el ideal más puro, el ideal soñado, que esta es la palabra, encarnado en amplias formas musculares: no ignoro que á veces una envoltura tosca, encierra en su seno pímorosas filigranas; y si esta envoltura, haciendo aplicacion de la frase á nuestro objeto, léjos de esa tosquedad que le suponemos, se nos presenta ataviada de bellas galas, que no por su exceso de desarrollo exterior son á las veces ménos perfectas, el caso será todavía ménos extraño; pero aun así, yo sostengo que sólo podrá considerarse como una excepcion de la regla general; excepcion rara que como todas las de su especie, ántes confirma aquella que la destruye.

Lo natural, y más todavía que natural, lógico y evidente, es en la inmensa mayoría de los casos, que exista una íntima relacion entre el fondo y la forma: ambos se unen, se compenetran, y de tal modo establecen entre sí una estrecha dependencia, que á un exterior todo materia, corresponde indefectiblemente un espíritu sin pulimento; así como un espíritu sensible, parece que se transparenta en el cuerpo delicado que le sirve de albergue.

Segun reza un adagio, la cara es el espejo del alma; y es en vano que me citeis esos rostros de angel puestos al servicio de un corazón endiablado; tambien nacen niños de tres cabezas, y no se niega por eso la unidad de la especie humana.

Si se me pidiera alguna razon fundamental que explique la causa de estos efectos que señalo, podria valerme de una muy gráfica; quizás, diria, el débil espíritu se halla sofocado por la pesadumbre de una mole que le aplasta; tal vez anhele remontarse, y la mole sujetará sus vuelos.

Fijáos, por el contrario, en mi tipo; el alma no forcejea con el peso de la carne: á poco que le observemos, saltará á nuestra vista el equilibrio perfecto que produce todas las armonías: allí la luz no lucha por lanzar sus resplandores á través de paredes espesas; transparentase el vaso que la contiene, y todo se ilumina cuando brilla.

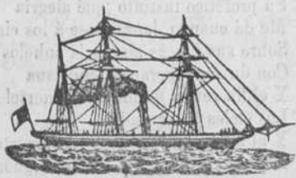
Si amais, pues, la belleza ideal; si vuestro espíritu se encuentra poseído de ansias más levantadas y perennes que esas bajas y fugaces de la ilusion de un día, y evocais á vuestra alma gemela que con ellas se identifique y hermane, no cometáis el grave error de buscarla en donde solo hallaréis, á lo sumo, un goce pasajero de vuestros sentidos.

Yo os conjuro á seguir mi consejo, yo os presento el tipo perfecto, el tipo soñado, mi propio tipo... Guardáos, sin embargo, de rozarle con ninguna impureza: la mujer delgada es una mariposa; tiene todos sus atractivos, todos sus encantos, y es como ella vaporosa y aérea; pero ¡ay, si se rompen sus alas! Entonces vendrá á tierra fatalmente, y acabarán sus dichas y las vuestras.

No olvidarlo: la mujer delgada es una mariposa.

PLÁCIDO LANGLE.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los dias 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los dias 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los dias 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañia Trasatlántica, en combinacion con el ferro-carril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañia, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañia.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañia,

En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS
MARRUECOS

Traduccion española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 350 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

CAMPOAMOR
COLON.
POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjense los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

EL BANDOLERISMO
ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

PURGANTE JULIEN

CONFITE VEGETAL, LAXATIVO Y REFRIGERANTE

Contra el ESTREÑIMIENTO

El Purgante Julien, exclusivamente vegetal, se presenta bajo la forma de un dulcecito de un gusto agradabilísimo. Recomiéndase su empleo, inofensivo siempre, á las personas afectadas de Disenteria, Dispepsia, Gastralgia, Gastritis; en las afecciones del hígado, en la Ictericia y en las enfermedades de la piel. Sus propiedades refrigerantes combaten la predisposicion á la jaqueca y á la apoplejia. Administrado á los niños, el Purgante Julien previene las convulsiones, obrando como depurativo en el tratamiento del usagre y de las costras de leche.

El Purgante Julien, se toma en dosis de una pastilla para personas adultas y media para los niños.

Depósito en las principales Farmacias y Droguerías.

EDMUNDO DE AMICIS
CONSTANTINOPLA

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR HERMENEGILDO GINER

Esta obra, que consta de dos tomos, se vende en todas las librerías de España á 5 pesetas.

Los pedidos de la misma, así como de otras obras que se deben adquirir, acompañando su importe, se dirigirán á Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

TRADICIONES
DE
TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañia, Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

LA LÍRICA MODERNA EN ESPAÑA

POR

D. PLÁCIDO LANGLE

Forma un lindo folleto de más de 80 páginas que se vende á 6 reales en todas las librerías.

BANCO HISPANO COLONIAL.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el décimotercer sorteo de amortizacion de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba el dia 1.º de Setiembre próximo, cuya amortizacion, conforme á la Real orden de 26 del mismo Junio, se hará, como los anteriores, por milésimas partes; debiendo amortizarse en este décimotercer trimestre 6.000 billetes de los 750.000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal, á las once de la mañana del referido dia 1.º de Setiembre, y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comision ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un Notario, segun lo previene el Real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público los 914 bolas sorteables y se extraerán de ellas ocho, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos, resultando por concurrencia amortizados los 6.000 billetes correspondientes á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados y dejará expuestas al público en este establecimiento las bolas que hayan salido en el sorteo.

Barcelona 15 de Agosto de 1883.—El Director gerente, P. de Sotolongo.

BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo verificarse la corta de los cupones que vencen en 1.º de

Octubre próximo, correspondientes á los valores depositados en la Caja de efectos de este Banco, se avisa á los interesados;

1.º Que hasta el 25 del actual y previo pedido podrán recoger los cupones en rama correspondientes á los citados valores.

2.º Que los que deseen conservarlos sin cortar deberán manifestarlo por escrito al Banco antes del citado dia, mencionando el número de depósito, clase de valores y su importe; y

3.º Que desde el repetido dia 25 no se admitirán depósitos de efectos que contengan el cupon de 1.º de Octubre inmediato.

Madrid 17 de Agosto de 1883.—El vice-secretario, Vicente Santa María de Paredes.

BANCO DE ESPAÑA.

SÉTIMO SORTEO PARA LA AMORTIZACION DE LA DEUDA AL 4 POR 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortizacion de la Deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponden en justa proporcion por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emision, las cantidades siguientes:

A la serie A. Pesetas.	880.000
» B. »	3.142.000
» C. »	6.391.500
» D. »	4.525.000
» E. »	6.787.500
En suma, pesetas.	21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo puedan resultar de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortizacion, por la necesidad de acomodar á lotes cabales, se tendrán en cuenta y se compensarán convenientemente en los sorteos sucesivos.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulacion y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortizacion del trimestre vencido en 1.º de Octubre próximo, segun el detalle siguiente:

Sres	Bolas que han que representen.	Títulos que representen.	Capital.	Bolas que han que representen.	Títulos que representen.	Capital.	A pagar por intereses.	Total de intereses.
A	13.779	137.790	68.895.000	39	390	195.000	688.950	889.950
B	9.842	98.420	246.050.000	27	270	675.000	2.460.500	3.135.500
C	10.009	100.090	500.450.000	28	280	1.400.000	5.004.500	6.404.500
D	2.834	28.340	354.250.000	7	70	875.000	3.542.500	4.417.500
E	2.126	21.260	531.500.000	6	60	1.500.000	5.315.000	6.815.000
	38.590	385.900	1.701.145.000	107	1.070	4.645.000	17.011.450	21.656.450

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salon de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Atocha, núm. 32, el dia 1.º de Setiembre próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el gobernador ó un subgobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducir las en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administracion del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortizacion y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortizacion.

Madrid 14 de Agosto de 1883.—El vice-secretario, Vicente Santamaría de Paredes.

LA AMERICA

Año XXIII

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. F. MONTOYA Y C.ª Caños, 1